

LA CASA DE MATRIONA - NUNCA COMETEMOS ERRORES

(Matrionin dvor - Novii mir moskva,
1963)

Alexandr Solzhenitsin

ÍNDICE

La casa de Matriona-----	3
Nunca cometemos errores-----	27

LA CASA DE MATRIONA

En el kilómetro 184 antes de llegar a Moscú, y a los seis meses largos de lo ocurrido, todos los trenes aminoraban la marcha y parecían avanzar a tuestas. Los viajeros se apretujaban en las ventanillas o salían a la plataforma: «¿Qué sucede? ¿Están reparando las vías? ¿Se habrá adelantado al horario previsto?»

No. Una vez salvado el paso a nivel, el tren adquiría velocidad nuevamente y los viajeros volvían a ocupar sus asientos.

Sólo los maquinistas sabían y comprendían la razón de ello.

Y yo.

En el verano de 1953 regresaba de un desierto polvoriento y abrasador. Volvía a la ventura; a Rusia, simplemente. En ningún punto de ella me esperaba nadie, ni nadie reclamaba mi presencia, pues había demorado mi retorno unos diez añitos. Sólo deseaba afincarme en su zona central, sin excesivo calor, entre el susurro foliáceo de los bosques. Deseaba internarme, perderme en las entrañas mismas de la Rusia más genuina, si es que en algún sitio existía aún.

Un año antes, a este lado de la cordillera del Ural, no pude encontrar otro trabajo que el de porteador de angarillas. Ni siquiera me habrían aceptado como electricista en cualquier construcción de cierta importancia. Sentía atracción por la pedagogía. Gentes entendidas me dijeron que no valía la pena malgastar el dinero del billete, pues haría el viaje inútilmente.

Sin embargo, registrábanse ya incipientes cambios. Cuando subí la escalera del departamento regional de Instrucción Pública de X y pregunté por su sección de personal, vi con asombro que los funcionarios ya no se sentaban tras una puerta tapizada de cuero negro, sino tras una mampara de cristales, como en las farmacias. Me aproximé tímidamente a la ventanilla, saludé con una inclinación de cabeza, y pregunté:

—¿Haría el favor de decirme si necesitan profesores de Matemáticas en cualquier lugar apartado de las líneas férreas? Quisiera fijar mi residencia definitiva en un sitio así.

Comprobaron y repasaron cada letra de mis documentos, fueron y vinieron de un despacho a otro, telefonaron cualquiera sabe adonde. No cabía duda de que para ellos también constituía un caso raro: sabido es que todo el mundo solicita ser destinado a la ciudad, y cuanto más grande sea ésta, mejor. E insospechadamente terminaron por asignarme un lugarejo denominado Campo Alto. Su solo nombre llenó de regocijo mi corazón.

El nombre no mintió. En una colina entre vallecillos, cercados a su vez por otras colinas, totalmente rodeado de bosques, con su estanque y su presa, alzábase Campo Alto, el sitio cabal para vivir y morir sin pena. En un bosquecillo cercano permanecí largo rato sentado sobre un tocón; pensaba que desearía de todo corazón no necesitar diariamente el desayuno y la comida para poder quedarme, para escuchar por las noches el susurro de las ramas sobre mi tejado, cuando de ningún lado llega el sonido de la radio y cuando todo el mundo guarda silencio.

Pero, ¡jay! Allí no cocían pan. Allí no vendían nada comestible. La aldea entera acarreaba los sacos de viandas desde el centro regional.

Regresé nuevamente a la sección de personal y volví a suplicar ante la ventanilla. Al principio ni siquiera querían escucharme. Luego, por fin, se repitieron las idas y venidas de despacho a despacho, las llamadas telefónicas, el rasgueo de la pluma, y escribieron en mi nombramiento: *Torfoprodukt*¹.

¿*Torfoprodukt*? ¡Oh! ¡No sospecharía Turgueniev que en el idioma ruso pudieran formarse palabras como ésta!

En la estación de *Torfoprodukt*, una barraca de madera grisácea, ajada por el paso del tiempo, colgaba un cartel con este severo aviso: «¡Sólo se puede subir al tren por el lado de la estación!» Y a continuación, habían grabado con la punta de un clavo sobre la madera: «Y sin billetes.» Y ante la ventanilla, con idéntico humor mordaz, veíase esculpido para siempre a navaja: «No hay billetes.» Más tarde pude apreciar el verdadero significado de estos comentarios. A *Torfoprodukt* era fácil llegar, pero no tan fácil abandonarlo.

Desde tiempos remotos hubo en estos parajes bosques tupidos, frondosos, impenetrables, que sobrevivieron a la revolución. Más tarde fueron talados por los obreros de la explotación turbera y por el *koljós* vecino. Su presidente, Shashkov, dejó como la palma de la mano un buen número de hectáreas de bosque que vendió en la región de Odessa y le devengaron pingües beneficios.

El poblado esparcíase desordenadamente entre las depresiones turberas: uniformes barracas de los años 30, y casitas de los años 50 con fachadas talladas y galerías encristaladas. Pero en el interior de estas casitas no había tabiques que llegaran hasta el techo, de modo que no pude alquilar una habitación con cuatro paredes verdaderas.

¹ Palabra compuesta de *torf* (turba) y *produkt* (producto). (*N. de la t.*)

Sobre el poblado humeaba la chimenea de la fábrica, y un ferrocarril de vía estrecha lo cruzaba zigzagueando en ambas direcciones. Sus pequeñas locomotoras, que también despedían un humo espeso, arrastraban vagones cargados de parda turba prensada en planchas o en briquetas, y lanzaban penetrantes pitidos. Me supuse, sin equivocarme, que al atardecer, sobre las puertas del club, se desgañaría el altavoz de un tocadiscos y que por las calles andarían los borrachos de parranda, la cual culminaría a navajazos.

He ahí adonde me condujo mi ilusión de una vida plácida en un tranquilo rincón de Rusia. Y eso que en el lugar del que venía podía haber vivido en una choza de adobes, cara al desierto; por las noches soplaba en él un vientecillo fresco y sobre la cabeza sólo se abría la estrellada bóveda.

No conseguí conciliar el sueño en el banco de la estación. En cuanto se hizo de día volví a deambular por el poblado. Esta vez descubrí un mercadillo diminuto. Debido a lo temprano de la hora solamente había en él una mujer vendiendo leche. Compré una botella y me puse a bebérmela allí mismo.

El lenguaje de la mujer me sorprendió. No hablaba, más bien cantaba con ternura, y eran sus palabras las mismas por las que la añoranza habíame arrastrado desde Asia:

–Bebe, bebe si el corazón te lo pide.

Y a continuación me preguntó:

–A lo que presumo, eres forastero, ¿verdad?

–Y usted, ¿de dónde es? –quise saber, regocijado.

Así pude enterarme de que en los alrededores no todo eran explotaciones de turba, de que al otro lado de la vía férrea había una colina y tras la colina una aldea, la aldea de Talnovo, que existía desde tiempos inmemoriales, desde la época de la dama «gitana», cuando bosques tenebrosos rodeaban el lugar. Y de que más lejos se extendía toda una zona de aldeas: Chaslitzzy, Ovinzzy, Spudni, Shevertni, Shestimirovo, todas ellas apartadas, muy retiradas del ferrocarril y más próximas a los lagos.

Un hálito mitigador alentó sobre mí al escuchar estos nombres. Prometíanme una Rusia prístina.

Rogué a mi nueva conocida que después del mercado me guiara hasta Talnovo y me ayudase a buscar una casa en la que pudiera hospedarme.

Yo ofrecía una ventaja como huésped: además del salario, la escuela se había comprometido a proporcionarme gratis un camión de turba para el invierno.

La expectación que se reflejó en el semblante de la mujer ya no tenía nada de afectuosidad. En su propia casa no disponía de sitio libre (su marido y ella cuidaban de su anciana madre), de modo que me guió a casa de uno de sus parientes y luego a la de otro. Pero ninguno tenía una habitación independiente, vivían apretados y no faltos de ruido.

Así, llegamos a un riachuelo a punto de secarse, escurrido, con su puentecillo. En toda la aldea había topado con lugar tan agradable: dos o tres sauces, una pequeña isba derrengada, un estanque en el que nadaban patos, y unos gansos que salían a la orilla sacudiéndose el agua de las plumas.

–Bueno, entraremos en casa de Matriona –dijo mi guía que ya empezaba a cansarse de mí–. Sólo que no la tiene muy curiosa, vive en el mayor desaliño, pues está malucha.

La casa de Matriona estaba allí mismo, muy cerca, con sus cuatro mezquinas ventanas situadas en línea y mal orientadas al lado frío y oscuro, con tejado de ripia de dos vertientes, y con la angosta ventana del desván decorada al estilo de un *terem*². Pero la ripia se pudría; los troncos de las paredes y del portón, tan macizos y recios antaño, habíanse vuelto grises de vejez, y faltaban algunas estacas de la empalizada.

La puertecilla lateral tenía echado el cerrojo; pero mi guía no llamó, introdujo la mano por debajo y dio vuelta al pestillo (un simple recurso contra el ganado). El exiguo corral no estaba cubierto, pero la casa se componía de muchas dependencias que se comunicaban bajo un mismo techo. Tras la puerta principal partía una escalera interior que subía a un amplio corredor sombreado por elevada techumbre. A la izquierda, otra escalera conducía a la *gornitza*³, una construcción

² Parte superior de la casa donde antiguamente se hacía la vida. (*N. de la t.*)

³ A modo de sala muy espaciosa. (*N. de la t.*)

independiente, sin estufa, de la que partía otra escalera que descendía a una especie de sótano. A la derecha estaba la isba propiamente dicha, con su desván y su sótano.

Había sido construida hacía muchísimo tiempo, con solidez y para una familia numerosa, pero actualmente la habitaba una mujer solitaria que rondaba los sesenta años.

Al entrar en la isba la vi acostada sobre la estufa rusa⁴, construida allí mismo, cerca de la puerta. Se cubría con un indefinible trapo oscuro, de esos que tan socorridos son en la vida de cualquier trabajador.

La espaciosa isba, particularmente el lado en el que se abrían los huecos de las ventanas, estaba atestada de taburetes y de banquillos sobre los que había tiestos y tinajas con ficus, que llenaban la soledad del ama como silenciosa, pero viviente multitud. Habían crecido a su libre albedrío, acaparando la parca luz del lado norte. A la escasa claridad que quedaba en el interior y medio oculto, además, por la chimenea, el redondo rostro de la dueña de la casa me pareció amarillento, enfermizo. También podía apreciarse por sus enturbiados ojos que la enfermedad la estaba extenuando.

Mientras hablaba conmigo siguió acostada boca abajo, sin almohada, con la cabeza en dirección a la puerta. Yo permanecí de pie, en un plano inferior. No expresó la menor alegría ante la perspectiva de conseguir un inquilino; se quejó de la misteriosa dolencia, de una de cuyas crisis acababa de salir. El mal no la atacaba cada mes, pero cuando embestía:

—...me atenaza dos días o tres de tal modo que no puedo levantarme. Y no podría servirle a usted como es debido. Pero no me importa que se quede en la isba, puede vivir en ella.

Luego me enumeró a otras mujeres en cuyas casas estaría más tranquilo y satisfecho. Mas ya estaba claro para mí que mi sino era instalarme en aquella isba algo sombría en la que había un espejo empañado en el que apenas podía uno contemplarse, y dos chillonas láminas de a rublo, alusivas a la venta de libros y a la recogida de la cosecha, que a guisa de ornato colgaban de la pared.

Matriona Vasilievna me forzó a recorrer de nuevo la aldea y cuando aparecí por su casa la segunda vez, continuó obstinada:

—Cuando no pueda atenderte, cuando no pueda guisar, ¿cómo te las arreglarás?

Sin embargo, la hallé ya levantada y hasta creí advertir en sus ojos un destello de satisfacción por mi regreso.

Convinimos el precio y también nos pusimos de acuerdo sobre la turba que me suministraría la escuela.

Hasta más tarde no me enteré de que Matriona Vasilievna llevaba largos años sin ganar un rublo. No estaba pensionada y sus familiares apenas la ayudaban. Había trabajado en el *koljós*, más que por el dinero, por los palotes de los *trudodién*⁵ trazados en una libreta mugrienta.

Así fue como me instalé en casa de Matriona Vasilievna. No nos dividimos la estancia. Ella tenía su cama en el rincón de la puerta, junto a la estufa; yo extendí mi cama plegable bajo la ventana y, apartando de la luz los queridos ficus de Matriona, coloqué una mesita ante otra ventana. La aldea disfrutaba de luz eléctrica desde que allá por los años 20 empezaron a suministrarla desde Shatura⁶. Por aquella época los periódicos hablaban de las «lámparas de Ilich»⁷ y los labriegos abriendo desmesuradamente los ojos exclamaban: «¡La reina luz!»

Tal vez para algunos de la aldea, para los más acomodados, la isba de Matriona no fuera una buena vivienda, pero para nosotros dos fue aquel otoño y aquel invierno totalmente satisfactoria. Las lluvias aún no habían abierto goteras en ella y los vientos helados no enfriaban de golpe el calorcillo de la estufa; sólo se dejaban sentir hacia el amanecer, en particular cuando soplaban contra la pared ruinosa.

Aparte de Matriona y de mí, en la isba vivían un gato, ratones y cucarachas.

⁴ Estufa construida con ladrillos, provista de horno y con una superficie plana en la parte superior, apta para tumbarse en ella. Es típica del país y la tienen todas las casas campesinas. (*N. de la t.*)

⁵ Unidad de trabajo en un *koljós*. (*N. de la t.*)

⁶ Ciudad de la región de Moscú, en la que hay una gigantesca central termoeléctrica (*N. de la t.*)

⁷ Hace referencia a la iniciativa de Vladimir Ilich Lenin en pro de la electrificación del campo. (*N. de la t.*)

El gato ya no era joven y, además, renqueaba. Matriona lo había recogido por compasión y luego se quedó definitivamente en la casa. Aunque andaba sobre las cuatro patas, cojeaba notablemente al intentar protegerse la que tenía lesionada. Cuando brincaba de la estufa su choque con el suelo no producía un sonido suave como es habitual en los gatos, sino un ruido fuerte porque caía sobre tres patas. Tardé en acostumbrarme a él y siempre me sobresaltaba al oírlo. El animal se posaba de golpe sobre sus tres patas para resguardar a la cuarta.

Y si en la casa había ratones no se debía a que el paticojo gato fuera incapaz de ajustarles las cuentas: solía lanzarse como un rayo por los rincones, de los que salía con alguno entre los dientes. Pero había otros roedores inabordables para el gato porque alguien, en época de vida más fácil, revistió la casa de Matriona con grueso papel acanalado de un tono verdoso; y no se conformó con un solo papel, superpuso por lo menos cinco. Los papeles manteníanse perfectamente encolados unos sobre otros, pero en no pocas zonas se habían despegado de la pared, semejando una piel interna de la isba. Entre los troncos y el empapelado, los ratones habían formado pasadizos por los que corrían rumoreando con insolencia hasta el mismo techo. El gato, excitado, seguía con la vista su rumoreo, pero no podía atraparlos.

A veces, el minino comía cucarachas y luego se sentía indispuesto. Lo único que las cucarachas respetaban era el límite marcado por el tabique que separaba la sala de la boca del horno de la estufa rusa y de la exigua cocinita. Jamás pasaban a la sala. Por el contrario, por la noche pululaban en la cocina y cuando ya oscurecido entraba en ella a beber agua, al encender la luz encontraba el suelo, un banco grande que allí había y las paredes casi enteramente pardos y rebullentes. Cogí bórax del gabinete de Química de la escuela, hicimos un amasijo y lo echamos por allí para envenenarlas. Las cucarachas disminuyeron, pero Matriona temió envenenar también al gato. Cesamos, pues, de atacarlas con el tóxico y se multiplicaron nuevamente.

Por las noches, cuando Matriona dormía y yo trabajaba ante la mesa, el rápido y tenue rasguñar de los ratones bajo el papel de la pared era amortiguado por el susurro de las cucarachas al otro lado del tabique, cohesionado, unánime e ininterrumpido como el lejano rumor del océano. Pero me acostumbré a ellas, porque en ellas no cabía maldad ni falsedad. Su rumoreo suave y remiso era su vida.

También me acostumbré a la burda lámina de la beldad que desde la pared me tendía incansablemente a Belinski, a Panfierov y una pila de no sé qué otros libros, pero que se mantenía silenciosa. Me acostumbré a todo cuanto en la isba de Matriona había.

Matriona se levantaba a las cuatro o a las cinco de la mañana. El reloj de pared lo había comprado veintisiete años atrás en la cooperativa rural. Siempre iba adelantado, lo cual no inquietaba a Matriona; lo importante era que no marchara con retraso para que ella no se durmiera por la mañana. Encendía, al otro lado del tabique, la bombilla de la cocina y, cuidando de no hacer ruido, encendía la estufa rusa, iba a ordeñar la cabra (aquella cabra de un blanco dudoso y torcida cornamenta constituía su único caudal), traía agua y guisaba en tres pequeñas ollas; una para mí, otra para ella, y otra para la cabra. En el sótano elegía las patatas más menudas para la cabra, las pequeñas para ella, y las del tamaño de un huevo de gallina para mí. Su huerto de tierra arenosa, no abonado desde antes de la guerra y en el que siempre se plantaban patatas y únicamente patatas, no daba tubérculos grandes.

Yo apenas si me enteraba de su ajeteo mañanero. Dormía mucho, me despertaba a la tardía claridad invernal y me desperezaba sacando la cabeza de debajo de la manta y de la pelliza. Arropándome los pies con ambas prendas más con la chaqueta acolchada del campo de concentración, y acostado sobre un saco relleno de paja, me mantenía caliente incluso en las noches en que los crudos fríos del Norte se abatían sobre nuestras desvencijadas ventanas. Si del otro lado del tabique provenía cualquier comedido ruido, saludábala con compostura:

—¡Buenos días, Matriona Vasilievna!

E invariablemente, de allí me llegaban siempre las mismas palabras afectuosas, iniciadas con grave y cordial canturreo, como el de las abuelas de los cuentos:

—¡Mmmm..., eso mismo le deseo!

Después de una corta pausa, agregaba:

–Su desayuno está a punto.

Nunca especificaba en lo que consistía el tal desayuno, aunque era fácil adivinarlo: *papas* cocidas con su pellejo, o *paparrucha de papas* (como todos en la aldea la llamaban), o gachas de cebada perlada (aquel año, en Torfoprodukt resultaba imposible comprar otras legumbres y para adquirir la cebada había que batallar, pues como era lo más barato la compraban por sacos para alimentar a los cerdos). Este desayuno no siempre tenía la suficiente sal y, a veces, estaba quemado; después de comerlo dejaba en el paladar y en las encías una capa pegadiza y provocaba ardor de estómago.

No se podía culpar de ello a Matriona. En Torfoprodukt no había mantequilla, la margarina la arrebatában de las manos, y la grasa animal elaborada era lo único que abundaba. Por otro lado, según pude cerciorarme, la estufa rusa es incómoda para guisar: la cocinera no puede vigilar debidamente la olla porque está oculta, y el calor no llega por igual a todos los lados del recipiente. Pero la razón de que nuestros antepasados la aceptaran como herencia de la Edad de Piedra quizá resida en que, una vez encendida de madrugada, mantiene calientes durante todo el día la comida y el agua de salvado para los animales, y el alimento y el agua para el hombre. Y, además, se duerme caliente.

Comía sumisamente cuanto ella me preparaba, y apartaba con resignación cualquier cuerpo extraño: un pelo, una partícula de turba, una pata de cucaracha. Me faltaba valor para reprochárselo a Matriona. Al fin y al cabo, ella misma me había prevenido: «Cuando no pueda atenderte, cuando no pueda guisar, ¿cómo te las arreglarás?»

–Gracias –le decía con toda sinceridad al acabar de comer.

–¿Por qué? ¿No será usted demasiado indulgente?

Y me desarmaba con su radiante sonrisa.

Luego, mirándome bonachonamente con sus ojos azul-pálido, me preguntaba:

–Y para la *sonochada*, ¿qué desea?

Para la *sonochada* quería decir para la noche, para la cena. Yo comía dos veces al día, como en el frente. ¿Qué podía encargarle para la *sonochada*? Pues lo mismo: *papas* o *paparrucha*.

Me conformaba con eso porque la vida me había enseñado a no buscar en la comida el sentido de la existencia cotidiana. Concedía más valor a la sonrisa de su redondo semblante, que traté en vano de captar cuando, por fin, hube ganado para una cámara fotográfica. Ante el frío ojo del objetivo, Matriona adoptaba una expresión tensa o de excesiva seriedad.

Sólo una vez logré retratarla cuando sonreía distraída mirando a la calle a través de la ventana.

Aquel otoño tuvo Matriona un sinfín de contrariedades. Las vecinas le sugirieron la idea de reclamar una pensión. Estaba completamente sola en el mundo y la dieron de baja en el *koljós* cuando se agravó su enfermedad. Era víctima de muchas injusticias: estaba enferma y no la consideraban inválida; había trabajado un cuarto de siglo en el *koljós* y, como no había trabajado en una fábrica, no le correspondía una pensión *por sí misma*, pudiendo solicitarla únicamente *por su marido*, es decir, por pérdida del sostén de la familia. Como su marido había muerto hacía doce años, al comienzo de la guerra, ahora tropezaría con dificultades para obtener, en los diversos sitios donde él trabajó, los certificados que acreditasen el tiempo que prestó sus servicios en cada uno de ellos y el sueldo que percibía. Tendría que gestionar esos certificados; conseguir que justificaran en ellos que el hombre cobraba unos 300 rublos al mes; legalizar otro certificado atestiguando que vivía sola y no recibía ayuda de nadie; otro con la edad que tenía; después tendría que presentar todos esos documentos en la Seguridad Social; luego, seguramente, se los devolverían porque habría que corregir alguna inexactitud y, finalmente, tendría que volverlos a entregar. Y, además, debería estar pendiente de si le concedían la pensión o no.

Todas estas diligencias veíanse dificultadas por el hecho de que la Seguridad Social distaba 20 kilómetros al este de Talnovo; el Soviet Rural, 10 al oeste, y el Soviet Local estaba a una hora de camino hacia el norte. Por un punto o una coma la hicieron andar dos meses de oficina en oficina. Cada indagación la obligaba a perder la jornada entera. Si iba al Soviet Rural, resultaba que aquel día no había acudido el secretario, que no estaba sencillamente, como ocurre a menudo en los medios rurales. Y tenía que volver al día siguiente. Entonces encontraba al secretario, pero el

secretario no tenía los sellos en su poder. Y se veía precisada a volver por tercera vez. Y por cuarta, porque por defectuosidad en la vista estamparon la firma en el papel que no correspondía. Matriona los llevaba y los presentaba todos en un atadizo.

–Me están mareando, Ignatich –se lamentó un día ante mí después de tantas idas y venidas infructuosas–. ¡Estoy harta de tantas gestiones!

Pero su frente se conservaba poco tiempo sombría. Observé que tenía un remedio infalible para recobrar el buen humor: el trabajo. Agarraba al instante la pala y se ponía a extraer *papas*, o, con el saco bajo el brazo, se iba por turba; o tomaba su cesto de corteza de abedul y se internaba en el bosque en busca de bayas. Allí no se inclinaba ante los escritorios de las oficinas, sino ante los matorrales. Y con la espalda molida por la carga que llevaba a cuestras, Matriona regresaba a la isba completamente serena ya, satisfecha de todo y luciendo su sonrisa bondadosa.

–¡Ahora sí que le he echado la vista encima, Ignatich! Ya sé dónde cogerla –me dijo aludiendo a la turba–. ¡Un sitio estupendo! ¡Una maravilla!

–Pero, Matriona Vasiliévna, ¿es que no es suficiente con mi turba? ¡Es un camión entero!

–¡Bah! ¡Tu turba! Otra tanta, más otra tanta y quizá tendríamos bastante. Aquí, en cuanto el invierno apriete y bufe el cierzo tras las ventanas, por mucho que quemes siempre será poco. ¡Antaño amontonábamos cantidades enormes de turba que traíamos de las turberas! ¿Crees que ahora no sería capaz de apropiarme de tres camiones? Pero, ya ves, me detendrían. Ya han apresado a una mujer de la aldea y la han llevado ante los jueces.

En efecto, empezaron a dejarse sentir las temibles bocanadas del invierno. Rodeados de bosques, no había dónde procurarse combustible. En los pantanos rugían las excavadoras por doquier, pero no se vendía turba a la población, sólo se la facilitaban a los jefes y a los que giraban a su alrededor, y un camión a los maestros, a los médicos y a los obreros de la fábrica. Las gentes de Talnovo no tenían derecho a la turba y no era cuestión de solicitarla. Cuando el presidente del *koljós* paseaba por las calles de la aldea, mirando unas veces con ojos exigentes y otras con ojos bonachones, siempre hablaba de cualquier cosa menos del combustible. Él ya había hecho sus provisiones. Y el invierno estaba a la vuelta de la esquina.

Pues bien. Si antes robaban la leña del señor, ahora escamoteaban la turba a la empresa. Para infundirse ánimos, las mujeres se reunían en grupos de cinco o de diez y a la luz del día se iban en busca de turba. La extraída durante el verano estaba apilada al aire libre para que se secase. Eso tenía de bueno la turba, que no podían llevársela en cuanto la extraían. Tenían que dejarla secar hasta el otoño o hasta las primeras nieves si el camino no era practicable. Entonces se aprovechaban las mujeres y la robaban. Cargaban de una vez en el saco seis planchas de turba si estaban húmedas o diez si estaban secas. A veces tenían que recorrer tres kilómetros con ese saco a cuestras que pesaba sus dos *puds* y que apenas bastaba para cargar la estufa una vez. Y el invierno tenía doscientos días. Y se precisaba encender la estufa rusa por la mañana y la holandesa por la tarde.

–¡Lo que no tiene arreglo, no tiene arreglo! –enfadábase Matriona con alguien invisible–. Desde que me quedé sin caballos, lo que no acarree sobre mis costillas no entrará en casa. Tengo la espalda desollada. En invierno he de tirar del trineo, en verano he de cargar con los haces de leña. ¡Cómo hay Dios que es cierto!

Las mujeres iban más de una vez al día por turba. Los días afortunados, Matriona traía hasta seis sacos. Apilaba mi turba a la vista de todos; la suya la ocultaba en la cueva y cada noche tapaba el acceso clavando una tabla.

–Como no lo adivinen esos esquinados –decía sonriendo y enjugándose el sudor de la frente–, no serán capaces de descubrirla en toda la vida.

¿Qué podía hacer la empresa turbera? No le facilitaban el personal que hubiera necesitado para distribuir guardianes por todos los pantanos. No tendría más remedio que hacer constar en sus informes estadísticos una óptima extracción de turba y luego rebajarla achacándolo a pérdidas ocasionadas por la lluvia y el desmigajamiento. Esporádicamente organizaban patrullas que cazaban a las mujeres en la entrada de la aldea. Ellas arrojaban los sacos y huían a todo escape. Otras veces, atendiendo a una denuncia, registraban las casas, levantaban acta de la turba ilegal encontrada y amenazaban con recurrir a los tribunales. Durante cierto tiempo las mujeres suspendían los robos de

turba; pero el invierno que se avecinaba las empujaba de nuevo. Ahora efectuaban sus incursiones por la noche, con trineos.

Observando con atención a Matriona reparé en que, generalmente, aparte de la cocina y de sus quehaceres caseros, tenía también otros asuntos pendientes que realizar cada día, cuyo orden regular de ejecución llevábalo distribuido en la cabeza. Al despertarse cada mañana sabía anticipadamente en qué ocuparía la jornada. Además de la turba, además de recoger los viejos tocones arrancados por el tractor en el pantano, además de los arándanos que ponía en conserva en grandes tarros para el invierno («¡Solázate un poco, Ignatich!» –solía ofrecerme cuando hacía la confitura–), además de la recogida de las patatas, además del ajeteo por lo de la pensión, aún tenía que conseguir heno para su única cabra blanco-tiznada.

–¿Por qué no tiene una vaca, Matriona Vasilievna?

De pie en el vano de la puerta de la cocina, con su sucio delantal anudado a la cintura, volvió la mirada hacia mi mesa y me contestó:

–¡Ay, Ignatich! Me basta y me sobra con la leche de la cabra. Una vaca no tardaría en devorarme con pies y todo. No se puede cortar hierba a lo largo de la vía porque tiene sus dueños; en el bosque tampoco, su amo es la Administración Forestal, y en el *koljós* no me lo permitirían porque, ya ve, ahora ya no soy koljosiana. Aunque ha de saber usted que las propias koljosianas están obligadas a entregar al *koljós* todo lo que siegan hasta la llegada de las moscas blancas⁸, y la que necesitan para su ganado han de rebuscarla por entre la nieve.

»¿Y qué clase de hierba es ésa? En otros tiempos se ajetreaban con el heno en el estiaje, desde San Pedro hasta San Elías. ¡Aquella sí que era hierba! ¡Con un jugo como néctar!

Para Matriona, pues, representaba un trabajo ímprobo el conseguir heno para su cabra. De madrugada, con un saco y la hoz, se encaminaba a aquellos lugares en los que recordaba que la hierba crecía: en los deslindes, al borde de los caminos, en los islotes de los pantanos. Cuando había llenado el saco de fresca y pesada hierba, cargaba con él hasta casa y la extendía en el corralillo. Una vez seca, toda la hierba que llenaba el saco se quedaba reducida a una horcada de heno.

El nuevo presidente, recientemente llegado de la ciudad, la primera disposición que tomó fue la de reducir los huertos de todos los inválidos. A Matriona le dejó 150 metros cuadrados de terreno arenoso; los otros 100 metros veíanse ahora abandonados al otro lado de la valla. Sin embargo, cuando faltaban brazos, cuando las campesinas se obstinaban en no rendir, la esposa del presidente acudía a Matriona. También era mujer de ciudad, decidida, de prestancia militar con su corto abrigo gris, y su mirada autoritaria.

Entraba en la isba y, sin saludar, se quedaba mirando severamente a Matriona. Matriona se turbaba.

–¡Bien! –decía la esposa del presidente pronunciando con precisión las palabras–. ¡Camarada Grigorieva! ¡Hay que ayudar al *koljós*! ¡Mañana habrá que llevar estiércol al campo!

En el rostro de Matriona se dibujaba una semisonrisa apocada, como si se sintiera violenta porque la mujer del presidente no pudiese pagarle el trabajo.

–Bueno –respondía dubitativa–, el caso es que estoy enferma. Además, actualmente no estoy incorporada a las faenas del *koljós*.

Pero inmediatamente se enmendaba:

–¿A qué hora hay que ir?

–¡No te olvides de llevar tu bieldo! –recomendábale la mujer del presidente al marcharse, haciendo crujir a su paso el tieso paño de su falda.

–¡Esto sí que es bueno! –rezongaba Matriona en cuanto la otra desaparecía–. ¡No te olvides de llevar tu bieldo! El *koljós* no tiene palas ni bieldos, pero a mí, que vivo sin marido, ¿quién va a arreglarme el mango?

Luego se pasaba la tarde razonando:

–¡No merece la pena discutirlo, Ignatich! La verdad es que necesitan ayuda, porque ¿qué cosecha recogerían sin estiércol? Pero no trabajarán como está mandado: las mujeres estarán la mayor parte del tiempo plantadas, apoyadas en el mango de la pala, pendientes de la sirena de la fábrica que

⁸ En lenguaje popular, nieve. (*N. de la t.*)

anuncia el mediodía. Y, encima, se interesarán, llevarán la cuenta de si fulana está allí o si zutana no se ha presentado al trabajo. A mi entender, cuando se trabaja hay que poner punto en boca y abrirla sólo para decir: «¡Oh, pero si ya es la hora de la comida! ¡Oh, pero si ya se ha echado la tarde encima!»

Y a la mañana siguiente salía con su biello.

No sólo el *koljós*. Cualquier parienta lejana, o simplemente una vecina, se llegaba a casa de Matriona al anochecer y decía:

–Matriona, mañana tendrás que venir a ayudarme. Queremos terminar de arrancar las patatas.

Y Matriona no sabía negarse. Desatendía los quehaceres que tenía entre manos, iba a ayudar a la vecina y al volver a casa aún comentaba sin sombra de envidia:

–¡Oh, Ignatich! ¡Qué patatas tan gordas ha cosechado! Era un placer sacarlas de la tierra y hasta me he ido del huerto con pena. ¡Tan cierto como que existe Dios!

Con menos razón aún excluían a Matriona del arado de los huertos. Ni uno solo se labraba sin su concurso.

Las campesinas de Talnovo habían comprobado de modo concluyente que resultaba más trabajoso y lento cavar cada una su huerto con la azada que uncirse seis mujeres a un arado y arar sus seis huertos respectivos. Para esta faena también contaban con la colaboración de Matriona.

–¿Qué? ¿Le habéis pagado? –tuve ocasión de preguntarles.

–No acepta dinero. Hay que metérselo a la fuerza.

A Matriona le cayó encima otra inquietud cuando le tocó el turno de hacer la comida a los pastores de las cabras: un corpulento sordomudo, y un muchacho con un eterno cigarrillo baboseado entre los labios. Le correspondía dicho turno cada mes y medio y suponía para ella un gasto considerable. Fue al almacén de la aldea, compró conservas de pescado y se extralimitó adquiriendo azúcar y mantequilla, artículos que ella nunca comía. Sucedió que las amas de casa alardeaban entre sí y competían por ver quién alimentaba mejor a los pastores.

–Guárdate del sastre y del pastor –me aclaró Matriona–. Te difamarán por todo el pueblo si haces algo que no les satisfaga.

A esta vida llena de preocupaciones sumábanse las crisis de su pesada dolencia que la obligaban a guardar cama un par de días. No se quejaba ni gimoteaba; permanecía inmóvil. En días tales, Masha, la amiga íntima de Matriona desde sus años jóvenes, venía para atender a la cabra y encender la estufa. Matriona no comía, ni bebía, ni pedía nada. Llamar a casa al doctor del centro médico del pueblo hubiese sido en Talnovo cosa inaudita, algo inconveniente ante las vecinas que podrían comentar: «¡Qué señorona!» En cierta ocasión no tuvieron más remedio que llamar a la doctora, quien se presentó de mal talante y ordenó a Matriona que se personara ella misma en el dispensario cuando se levantase de la cama. Matriona fue a regañadientes, le hicieron unos análisis y los enviaron al hospital regional. Y eso fue todo. Matriona tenía parte de culpa.

Sus quehaceres la llamaban a la vida. Pronto empezó a levantarse, con lentos movimientos al principio, hasta que recobró su vivacidad.

–Tendrías que haberme conocido antes, Ignatich –me decía como disculpándose–. No me importaba que los sacos que cargaba pesaran sus cinco *puds*. Mi suegro me gritaba: «¡Matriona! ¡Vas a deslomarte!» Mi cuñado no tenía que ayudarme a colocar en la delantera del trineo el extremo del tronco que yo sostenía. Teníamos un caballo militar y lo llamábamos *Volchok*. Era fuerte...

–¿Por qué militar?

–A cambio de él, que estaba herido, nos requisaron el nuestro para llevárselo a la guerra. Resultó ser un tanto venático. Una vez se asustó y emprendió el galope arrastrando el trineo hacia el lago; los hombres se apartaron de él y yo, ciertamente, lo sujeté por la brida y conseguí detenerlo. Estaba alimentado con avena. A los campesinos de estas tierras les gustaba nutrir bien a los caballos. Los caballos que comían avena apechugaban con cualquier carga.

Pero Matriona no siempre era tan valiente. Temía los incendios, la asustaban las *centellas* y, sobre todo, el tren, lo cual resultaba inexplicable.

—Cuando tuve que ir a Cherusti y vi el tren que venía de Nechaevka con sus grandísimos ojos tan abiertos, y sentí vibrar los raíles, me entraron sudores y me temblaquearon las rodillas. ¡Cómo hay Dios! —me decía con encogimiento de hombros como extrañada de su propia reacción.

—¿No sería porque no les vendieron billetes, Matriona Vasilevna?

—¿En la taquilla? Sólo te ofrecen los de primera. ¡Y con el tren que estaba a punto de arrancar! Y la gente que se azacanaba de acá para allá rezongando:— «¡No se dan cuenta de lo que hacen! ¡Si tuvieran conciencia!» Los hombres treparon por la escalerilla al techo del tren. Nosotras encontramos una puerta abierta y por ella nos colamos sin billete. Vino a resultar que todos los vagones eran de segunda e iban vacíos; podías coger un asiento para ti sola y tumbarte en él. No alcanzo a comprender por qué no nos vendieron billetes esos parásitos sin compasión.

* * *

A pesar de todo, a comienzos de aquel invierno la vida de Matriona se alivió, alcanzando una prosperidad que jamás había conocido. Terminaron por asignarle una pensión de ochenta rublos y, por otro lado, cobraba ciento y pico de la escuela y de mí.

—¡Vaya! ¡Ahora Matriona no tendrá ya interés en morirse! —empezaron a envidiarla algunas vecinas—. Como ya es vieja no sabrá qué hacer con tanto dinero...

Matriona se encargó unas botas nuevas de fieltro. Se compró un chaquetón nuevo, acolchado. Y se hizo un abrigo de un capote usado de ferroviario que le había regalado un maquinista de Cherusti, marido de su antigua pupila Kira. El giboso sastre de la aldea acopló bajo el paño un grueso forro de algodón y le confeccionó una maravilla de abrigo, como Matriona nunca había usado en sus seis decenas de años.

Hacia mediados del invierno, Matriona cosió en el forro de este abrigo doscientos rublos para su entierro. Decía muy contenta:

—Por fin he conocido un poco de tranquilidad, Ignatich.

Pasó diciembre y pasó enero. Dos meses sin que el arrechucho la molestara. Empezó a ir con más frecuencia por las tardes a casa de Masha, en la que se sentaban a comer pepitas de girasol. A esas horas no invitaba a nadie a visitarla por respeto a mi trabajo. Sólo en una ocasión, por Reyes, me encontré al regresar de la escuela con que había jolgorio en la isba. Fui presentado a tres hermanas de Matriona que la llamaban «tata» o «chacha» por ser la mayor. Hasta aquel día no se mencionó en nuestra isba a sus hermanas. ¿Temían, quizá, que Matriona recurriese a su ayuda?

Tan sólo un incidente, o un presagio, ensombreció aquella festividad a Matriona: fue a la iglesia, que distaba cinco verstas, para la bendición del agua. Puso su marmita entre otras y cuando acabó la ceremonia de la bendición y las mujeres se precipitaron entre empujones a recoger sus vasijas, Matriona no pudo ser de las primeras. Cuando por fin logró acercarse descubrió que su marmita no estaba allí, ni ningún otro recipiente en su lugar. Había desaparecido como si se la hubiese llevado el diablo.

—¡Mujeres! —preguntó Matriona pasando entre las filas de devotas orantes—. ¿Quién ha cogido por error un agua bendecida que no sea la suya? Estaba en una marmita.

Ninguna se dio por aludida. A veces los chavales hacían barrabasadas y por allí andaban algunos chicos. Matriona retornó muy afligida.

No puede decirse, sin embargo, que Matriona fuese una creyente fervorosa. Tenía, más bien, algo de pagana; en ella prevalecían las supersticiones: el día de San Juan el Ayunador no se podía entrar en el huerto porque al año siguiente no daría cosecha; si se desataba una ventisca significaba que alguien se estaba ahorcando en algún lugar; y si te pillabas el pie con la puerta, presagiaba la llegada de una visita. En todo el tiempo que habité en su casa nunca la vi rezar, ni santiguarse siquiera. Pero cuando se ponía a hacer cualquier cosa solía invocar a Dios, y cuando yo salía camino de la escuela, me repetía invariablemente: «¡Vete con Dios!» Probablemente rezaba, pero no de modo ostensible, ya porque la intimidara mi presencia, ya por temor a ofenderme. En los rincones de la isba tenía iconos. Los días corrientes estaban entre sombras; los de vísperas o festivos, Matriona les encendía la lamparilla desde por la mañana.

Y eso que ella incurría en menos pecados que el gato paticojo. Éste estrangulaba a los ratones...

Apartándose un poco de su rutinario ajeteo cotidiano, Matriona empezó a escuchar con más atención mi radio (no omití instalar a mi lado un *parlador*, como llamaba al altavoz).

Al oír que habían sido inventadas nuevas máquinas, refunfuño desde la cocina:

–Nuevas, todas nuevas, y nadie quiere trabajar con las viejas. ¿Dónde vamos a amontonarlas?

Transmitieron que los aviones pueden ahuyentar a las nubes. Matriona, ante su estufa, sacudió la cabeza diciendo:

–¡Ay, ay, ay! Nos volverán algo del revés, el invierno o el verano.

Dieron canciones rusas interpretadas por Shalyapin. Matriona escuchó con atención y luego su concluyente sentencia fue:

–Extraño modo de cantar. Nosotros no lo hacemos así.

–Pero ¿qué dice, Matriona Vasilievna? ¡Escuche, escuche bien!

Volvió a escucharle y, apretando los labios, insistió:

–No. No es así. No canta a nuestro modo. Y se recrea con su voz.

En cambio, en otra ocasión me recompensó. Radiaban un concierto de romanzas de Glinka. De repente, después de oír cinco arias en música de cámara, surgió Matriona del otro lado del tabique, con el mandil entre las manos, emocionada, con sus ojos sin brillo velados por las lágrimas:

–Así, así es como cantamos nosotros... –musitó.

Matriona se habituó a mí y yo a ella, y vivíamos sin formalismos embarazosos. Nunca me importunaba con preguntas. A tal extremo carecía de curiosidad femenina o a tal punto llegaba su delicadeza, que ni una sola vez me preguntó si había estado casado. Todas las comadres de Talnovo la atosigaban para que me tirase de la lengua. Ella les decía:

—Preguntádselo vosotras mismas si tanto os interesa. Lo único que sé es que ha venido *de allá lejos*.

Y cuando mucho más tarde yo mismo le revelé que había pasado largo tiempo en la cárcel, se limitó a asentir silenciosamente con la cabeza, como si lo hubiese sospechado con anterioridad.

Yo también veía a la Matriona del presente, una vieja abatida, y tampoco traté de reavivar su pasado, ni recelaba siquiera que hubiese en él algo que buscar.

Sabía que Matriona se había casado antes de la Revolución, que inmediatamente se fue a vivir a la isba en la que ahora residíamos los dos, y que en seguida se hizo cargo de aquel *fogón* (lo que quería decir que cuando se casó, su suegra ya no estaba entre los vivos, ni tenía cuñada soltera mayor que ella; así que se convirtió en la dueña y señora de la casa desde la mañana siguiente al día de su boda). Así mismo, sabía que tuvo seis hijos, que se murieron uno tras otro en su más tierna edad, de modo que nunca le vivieron dos a un mismo tiempo. Después cuidó de su ahijada Kira. El marido de Matriona no regresó de la última guerra y tampoco fue enterrado. Los hombres de la aldea que estuvieron en su regimiento dijeron que podía haber caído prisionero o que su cadáver no pudo ser hallado. A los ocho años de finalizada la guerra, Matriona ya lo había dado definitivamente por muerto. Mejor que pensase así. Porque si él seguía con vida, lo más probable es que hubiera vuelto a casarse en cualquier rincón del Brasil o de Australia. Y se le habrían borrado de la memoria la aldea de Talnovo y hasta el idioma ruso...

* * *

Cierto día, al regresar de la escuela, me encontré en la isba con una visita: un anciano alto y moreno se hallaba sentado, con el gorro sobre las rodillas, en una silla que Matriona había dispuesto en medio de la sala frente a la estufa holandesa. Tenía el rostro cubierto de espeso y negro pelaje, con escasas canas: a su negra y amplia barba, aunábanse unos bigotes tupidos, negros también, que apenas dejaban visible la boca; unas largas patillas negras, que casi le tapaban las orejas, se enredaban con las negras greñas que le colgaban de los parietales; sus cejas también eran negras y compactas, cual dos puentes construidos uno junto al otro. Sólo la frente se elevaba como una cúpula calva que iba a perderse en la espaciosa calvicie que le llegaba hasta la coronilla. Me pareció que su porte y compostura eran signos de sabiduría y dignidad. Sentábase tieso, con las manos en el bastón, apoyado inclinadamente en el suelo, en actitud de paciente espera y, según aprecié, sin que hubiera trabado conversación con Matriona, que se atareaba tras el tabique.

Cuando entré, el anciano volvió despaciosamente su majestuosa cabeza hacia mí, y me espetó de improviso:

—¡Padrecito! Os veo mal. Mi hijo es alumno suyo, Antoshka Grigoriev...

El resto podía habérselo ahorrado... Aun sintiéndome impulsado a ayudar a aquel venerable anciano, sabía y rechazaba de antemano todas las cosas inútiles que ahora me expondría. Su Antoshka Grigoriev era un arrapiezo rollizo y coloradote de la octava clase G, con el aspecto de un gato después de un festín. Parecía asistir a la escuela sólo para holgar; sentado en su pupitre, exhibía una perenne sonrisa plácida. Jamás estudiaba las lecciones ni preparaba los deberes de casa. Pero lo más grave residía en el hecho de que, en la lucha por altos porcentajes en el rendimiento escolar, por los que eran célebres las escuelas de nuestro distrito, de nuestra región y de las regiones vecinas, al chico se le pasaba de clase un año y otro año. Él comprendía perfectamente que a pesar de las amenazas de los profesores, al final del curso terminarían por aprobarlo. Ante tal estado de cosas creía innecesario estudiar. En una palabra, se mofaba de nosotros. Estaba estudiando la octava clase y no dominaba los quebrados ni distinguía unos triángulos de otros. En los dos primeros trimestres se había ganado con creces los dos suspensos con que lo calificué, y en el tercero le esperaba lo mismo.

Pero a este anciano medio ciego que más que padre podía ser abuelo de Antoshka, que acudía a mí suplicante, ¿cómo iba a decirle que la escuela había estado engañándolo año tras año y que yo no podía hacerlo porque desdeñaría a la clase entera, me convertiría en un farsante y sería desleal a mi trabajo y a mi dignidad de profesor?

Le expliqué, pues, pacientemente, que su hijo tenía muy descuidados los estudios, que mentía en casa y en la escuela y que debía controlarle más a menudo la libreta de tareas y calificaciones. Y que en adelante no habría más remedio que apretarle más los tornillos, tanto en la escuela como en casa.

—¿Más todavía, padrecito? —repuso el visitante—. Llevo una semana zurrándole. Y le aseguro a usted que mi mano no es blanda.

En el curso de la conversación recordé que ya una vez, no sé con qué motivo, Matriona había intercedido en favor de Antoshka Grigoriev, y que entonces no le pregunté el parentesco que la unía con el chico, y que también rehusé complacerla. Matriona estaba ahora en el umbral de la puerta de la cocina en actitud de suplicante muda. Cuando Faddei Mirónovich se hubo ido tras decidir que vendría con frecuencia a informarse de la marcha de los estudios del chico, le pregunté:

—Lo que no acabo de comprender, Matriona Vasilievna, es el parentesco de usted con el muchacho.

—Es hijo de mi cuñado —me respondió secamente y se fue a ordeñar la cabra.

Después de mucho cavilar caí en la cuenta de que el moreno y obstinado viejo era hermano de su desaparecido marido.

Pasó el largo atardecer sin que Matriona volviese a mencionar aquella conversación. Por la noche, cuando había olvidado por completo al anciano y me hallaba trabajando en el silencio de la isba, únicamente alterado por el susurro de las cucarachas y el tictac del reloj, Matriona dijo inesperadamente desde su oscuro rincón:

—Hubo un tiempo, Ignatich, en que estuve a punto de casarme con él.

En aquel instante tampoco me acordaba de la existencia de Matriona, de que estaba allí mismo y casi ni me percaté de sus palabras. Pero éstas surgieron de la oscuridad impregnadas de tanta emoción como si todavía la pretendiera el anciano.

Era evidente que toda la tarde estuvo pensando en lo mismo.

Abandonó su mísero y harapiento catre y fue aproximándose lentamente a mí, como caminando tras sus propias palabras. Me recosté en el respaldo de la silla y, por primera vez, vi a Matriona de modo muy distinto.

En nuestra amplia sala, engalanada con un bosque de ficus, no pendía bombilla del techo. La luz de la lámpara de mesa sólo se extendía alrededor de los cuadernos. Y ante mis ojos, recién apartados de esa luz, la habitación apareció sumida en una penumbra rosácea. De ella surgió Matriona. Sus mejillas, siempre amarillentas, habían tomado también ese tono rosado.

—Él fue el primero que pidió mi mano... antes que Yefim... Era el hermano mayor... Yo tenía diecinueve años, Faddei veintitrés... Vivían entonces en esta misma casa, su casa. Su padre la construyó.

Miré involuntariamente a mi alrededor. Súbitamente, aquella vieja, grisácea y medio podrida isba con la verdosa piel de su tapicería tras la que retozaban los ratones, afloró a mi imaginación como acabada de edificar, no ennegrecida aún, de troncos recién cepillados, trascendiendo agradablemente a resina.

—¿Y usted le...? ¿Qué ocurrió?

—Aquel verano paseamos por el bosquecillo y nos sentábamos en él —musitó—. El bosque ocupaba el lugar en el que ahora están las caballerizas, pero lo talaron... Pensábamos casarnos en seguida, cuando estalló la guerra contra Alemania. Y Faddei partió a la guerra.

Al decir esto me figuré el junio de cielo azul, blanco y amarillento del año 14; un cielo todavía pacífico, con flotantes nubes, y a las gentes en plena actividad recolectando el grano maduro. Me los imaginé juntos: al atezado gigantón con la hoz al hombro, y a ella, rubia, con una gavilla entre los brazos. Y una canción, una canción bajo el cielo, de las que ahora, con los artilugios, ya no es posible cantar.

–Se fue a la guerra y desapareció. Pasé tres años retraída, esperándolo. Pero no llegaron noticias tuyas ni notificación de su muerte...

Tenía frente a mí el redondo rostro de Matriona, enmarcado por un viejo y descolorido pañuelo, que me miraba a la indirecta y suave luz de la lámpara. Hacíame el efecto de haberse desembarazado de sus arrugas y de la desaliñada ropa de diario, y que su rostro asustado era el de una muchachita enfrentada a un terrible dilema.

Sí. Sí... Comprendía... Cayeron las hojas, llegó la nieve y luego se fundió. De nuevo araron, de nuevo sembraron, y de nuevo segaron. Y otra vez cayeron las hojas y otra vez llegó la nieve. Y vino una revolución. Y otra revolución. Y el mundo entero se trastocó.

–Su madre murió y Yefim pidió mi mano: «Querías venir a nuestra isba, vente pues.» Yefim era un año más joven que yo. Por estas tierras hay un dicho: «La moza lista se casa después de San Pokrov, la tonta después de San Pedro»⁹. Estaban faltos de brazos. Y me decidí... Nos casamos el mismo día de San Pedro, y por San Nicolás, en el invierno, regresó... Faddei... del cautiverio húngaro.

Matriona cerró los ojos.

Yo guardé silencio.

Se volvió hacia la puerta como si ante ella se hallara un ser vivo.

–Se quedó ahí parado en el umbral. ¡Yo lancé un grito! ¡Estuve tentada de arrojarme a sus pies!... Pero no debía hacerlo... «Bien», dijo él. «¡Si no fuese mi propio hermano, os mataría a los dos a hachazos!»

Me estremecí. Por su enardecida emoción o por el miedo que aún la embargaba pude imaginarme vividamente al hombre negruzco allí de pie, entre las sombras de la puerta, amenazando con un hacha a Matriona.

Pero ella recobró la calma, se apoyó en el respaldo de la silla que tenía ante sí y siguió relatando con voz cantarina:

–¡Oh, pobrecillo! ¡Con las mozas casaderas que había en la aldea y no se casó! Anunció que buscaría una que se llamase igual que yo, una segunda Matriona. Y terminó por traerse una Matriona de Lipovka, se construyeron una isba aparte y en ella viven ahora. Cuando vas a la escuela pasas todos los días por su lado.

¡Ah! ¡Ahora comprendía! Había visto más de una vez a la segunda Matriona. No me agradaba. Siempre venía a quejarse a mi Matriona de que su marido le pegaba, de que su marido era un avaro, de que la estaba matando poco a poco; lloraba largamente y hablaba con voz quejumbrosa.

Venía a resultar, pues, que mi Matriona nada tenía que deplorar: Faddei había maltratado a su esposa toda la vida, la seguía maltratando en el presente y tenía metidos en cintura a todos los de su casa con el mismo procedimiento.

–A mí él no me pegó ni una sola vez –dijo, refiriéndose a Yefim–. Siempre andaba por la calle liado a puñetazos con los hombres; pero a mí, ni una sola vez... Bueno, sí recuerdo una ocasión en que reñí con mi cuñada y él me estampó una cuchara en la frente. Me levanté como un rayo de la mesa y les dije: «¡Así os atragantéis y os ahoguéis, zánganos de colmena!» Y huí hacia el bosque. No volvió a sentarme la mano.

Tampoco Faddei, al parecer, tenía nada que deplorar: la otra Matriona le había parido seis hijos (uno de los cuales era Antoshka, el menor, el residuo del fondón) y todos le vivían, mientras que los niños de Matriona y de Yefim se malograban y se morían antes de los tres meses sin estar enfermos.

–Una de mis hijas, Elena –prosiguió Matriona–, se murió cuando la estaban bañando nada más nacer. Así que ni siquiera hubo que hacer el lavatorio del cadáver¹⁰. Mi boda se celebró un día de San Pedro, y otro día de San Pedro enterramos a mi sexto hijo, Alexandr.

La aldea entera sentenció que Matriona era víctima de un maleficio.

–¡Si, estaba *maléfica!* –afirmaba todavía Matriona moviendo la cabeza con convicción–. Me llevaron a presencia de una mujer que había sido monja para que me ensalmase; me provocó un

⁹ San Pokrov se celebra en octubre, cuando todas las faenas del campo han finalizado. San Pedro, en junio, cuando las labores del campo están en su apogeo. (*N. de la t.*)

¹⁰ Costumbre muy arraigada de lavar el cadáver antes de amortajarlo. (*N. de la t.*)

ataque de tos y se quedó esperando a que el maleficio surgiera de mi interior en forma de rana. Pero no salió...

Y los años corrieron como el agua de los ríos... En el año 41 Faddei se libró de ir a la guerra por su ceguera. En cambio, se llevaron a Yefim. Y lo mismo que al hermano mayor le ocurriera en la primera guerra, le sucedió al menor en la segunda: desapareció. Pero él no regresó más. La isba, antaño tan bulliciosa, fue pudriéndose, deteriorándose, y hogaño no era sino una casa desierta en la que la desamparada Matriona envejecía.

Y a la otra Matriona, a la tratada a baquetazos, le pidió un trocito de sus entrañas (¿o una gotita de sangre de Faddei?), a su niña menor, Kira.

Diez años la tuvo en la isba y la cuidó como a hija propia; ocupó el lugar de sus malogrados niños. Poco antes de mi llegada la había casado con un joven maquinista de Cherusti. De ellos provenía la escasa ayuda que actualmente recibía: azúcar a veces, o manteca cuando mataban un cochino.

Cuando empezaron sus achaques y presumió que su muerte se aproximaba, Matriona reveló su última voluntad: la construcción de troncos de la *gornitza*, de la gran sala adicionada a la isba y que ahora formaba un todo con ella, se la legaba a Kira después de su muerte. En cuanto a la isba misma, nada dispuso. Sus tres hermanas aspiraban a quedarse con ella.

Así fue como aquella noche Matriona se franqueó enteramente conmigo. Y, como suele suceder, el vínculo y el sentido de su vida, apenas se hubieron hecho visibles para mí, entraron en movimiento los próximos días. Kira llegó de Cherusti y el viejo Faddei empezó a desazonarse. Para que la joven pareja pudiera recibir y conservar un trozo de terreno en Cherusti, debía imprescindiblemente construir algo en él. Y a ese propósito, la *gornitza*, la gran sala de Matriona les venía como anillo al dedo. No tenían otra solución ante la imposibilidad de procurarse troncos para edificar. Ni la misma Kira ni su marido estaban tan emperrados como el viejo Faddei por conseguir para ellos aquel terreno de Cherusti.

Y comenzó a visitarnos con frecuencia. Vino una vez, vino otra, y hablaba a Matriona con tono solemne exigiéndole que cediese en vida la gran sala. A raíz de estas visitas dejé de conceptuarlo como al anciano digno apoyado en un bastón, presto a abatirse al más ligero choque o ante cualquier palabra grosera. Aunque encorvado por sus enfermos riñones, conservaba, no obstante, su buena planta y aún tenía, a sus sesenta años bien cumplidos, el cabello recio y con negrura juvenil, y todavía era capaz en sus momentos de furia de atacar con brío.

Matriona estuvo dos noches sin dormir. No le resultaba fácil decidirse. Con igual desinterés con que trabajaba para otros o daba lo poco que tenía sin escatimarle, podía ceder su gran sala que, de todos modos, permanecía deshabitada y que, además, ya se la había destinado a Kira. Pero la angustiaba terriblemente empezar a demoler el tejado bajo el cual había vivido cuarenta años. A mí mismo, un extraño al fin, dolíame pensar en que tuvieran que desclavar tablas y arrancar troncos de la casa. Para Matriona suponía el fin de toda su vida.

Pero los que porfiaban sabían que podrían demolerla aunque ella viviese.

Y Faddei se presentó una mañana de febrero, acompañado de sus hijos y de sus yernos. Cinco hachas se pusieron a dar golpes y las tablas arrancadas empezaron a chirriar y a crujir. Los ojos de Faddei brillaban animados por la actividad. A pesar de que no podía enderezar la espalda del todo, gateaba ágilmente hasta los cabrios y luego se afanaba por bajar, lanzando gritos contra sus ayudantes. Esta isba la había construido él mismo, siendo un chaval, en compañía de su padre. Y esta *gornitza* debió ser para él, para el primogénito, pues fue edificada para que se aposentara en ella con su desposada. Ahora, enardecido, la desmontaba lleno de furia, viga por viga, para llevársela del solar ajeno.

Después que hubieron enumerado las filas horizontales de troncos y las tablas que revestían el techo, procedieron a desencajar la gran sala con su piso bajo. A la isba, que había quedado por uno de sus lados con el tablazón acortado, le adosaron una pared provisional de tablas. Dejaron en ella rendijas, lo cual demostró que los demoledores no eran constructores y que presuponían que Matriona no viviría allí por mucho tiempo.

Mientras los hombres demolían, las mujeres preparaban el *samogón*¹¹ para el día del traslado: la vodka habría resultado demasiado cara. Kira había traído de la región de Moscú un *pud* de azúcar, y Matriona Vasilievna, al amparo de la noche, les llevó ese azúcar y las redomas del destilador clandestino.

Sacaron y apilaron las vigas ante el portón y el yerno maquinista partió para Cherusti en busca de un tractor.

Pero aquel mismo día se desencadenó una ventisca como las que temía Matriona. Durante dos días y dos noches la tormenta giró y se arremolinó, cubriendo el camino de enormes montones de nieve. Luego, cuando ya se había aplanado algo por el paso de algunos camiones, el tiempo se entibió de repente, la nieve empezó a derretirse, aparecieron nieblas húmedas, rumorearon los riachuelos al abrirse paso entre la nieve, y los pies enfundados en las botas se hundían hasta la caña.

¡Dos semanas sin que la gran sala desmontada pudiera ser transportada por el tractor! En esas dos semanas Matriona anduvo como perdida. Sentíase deprimida, particularmente, porque se presentaron sus tres hermanas, la insultaron a una voz, tachándola de idiota por haber entregado la sala, y se fueron asegurando que no querían verla más.

También por aquellos días el renqueante gato tomó el portante y desapareció. Una cosa detrás de otra. También esto contribuyó al mayor abatimiento de Matriona.

Finalmente, el impracticable camino se heló. Amaneció un día soleado que llenó el corazón de contento. La noche anterior Matriona tuvo un buen sueño. Por la mañana se enteró de mi deseo de fotografiar a cualquier mujer ante un telar antiguo (todavía funcionaban en dos isbas de la aldea y tejían en ellos burdas esteras), y me dijo sonriendo tímidamente:

–Aguarda un par de días, Ignatich. En cuanto se lleven la sala, montaré mi telar, pues lo conservo en buen estado, y entonces me harás la foto. ¡Cómo hay Dios que lo haré!

Veíase que la seducía hacerse fotografiar para verse como en los viejos tiempos. El ígneo sol invernal enviaba un débil reflejo rosado al helado ventanuco del zaguán, ahora disminuido, y dicho reflejo caldeaba el rostro de Matriona. La gente que en todo momento ofrece un semblante hermoso, es porque está en paz con su conciencia.

Al volver de la escuela poco antes del anochecer advertí movimiento cerca de nuestra casa. Un trineo de tractor, grande y flamante, estaba ya cargado con las vigas; pero aún quedaba por allí mucho material que no cabía en él. La familia del viejo Faddei y la gente que había acudido a su petición de ayuda, estaban dando los últimos toques a otro trineo de improvisada fabricación. Todos trabajaban como locos, con ese ardor que suele poner la gente cuando huele que el asunto puede proporcionarle dinero, o cuando espera un gran convite. Se gritaban unos a otros. Discutían.

La discusión se centraba en si debían enganchar al tractor los dos trineos a la vez, o en si haría dos viajes. Uno de los hijos de Faddei, que era cojo, y el yerno maquinista afirmaban que el tractor no podría tirar de los dos trineos juntos. Pero el tractorista, un mozarrón hociudo y engreído, gruñía diciendo que eso era cosa suya, que el conductor era él, y que tiraría de los dos trineos a la vez. Su cálculo estaba claro: según lo convenido, el maquinista le había pagado por el transporte sin que se mencionara el número de viajes. Dos viajes de 25 kilómetros cada uno, más un regreso, era evidente que no podría hacerlos en una noche.

Al amanecer debía estar con su tractor en el garaje, de donde lo había sacado ilícitamente a fin de lucrarse.

El viejo Faddei se mostraba impaciente por llevarse toda la gran sala aquel mismo día; hizo una señal con la cabeza a los suyos para que transigiesen. Engancharon el segundo trineo, el que habían construido precipitadamente, al primero de sólida ensambladura.

Matriona corría entre los hombres, se afanaba y ayudaba a cargar las vigas en el trineo. Reparé, entonces, en que llevaba puesta mi chaqueta acolchada y en que ya había manchado las mangas con la suciedad helada de los troncos. Se lo reproché malhumorado. La chaqueta tenía para mí el valor de un recuerdo: me había prestado su calor en los años duros.

Así, pues, por primera vez me enfadé con Matriona Vasilievna.

¹¹ Aguardiente casero de mala calidad, destilado del pan de centeno o patata (*N. de la t.*)

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué cabeza la mía! Con las prisas no me he dado cuenta de que es la tuya. Perdóname, Ignatich.

Se la quitó y la colgó para que se secase.

Terminaron la carga y todos cuantos habían trabajado en ella, unos diez hombres, pasaron ruidosamente junto a mi mesa y topetando la cortina introdujéronse en la cocinita. De ella me llegaba vagamente el tintineo de los vasos y, de vez en cuando, el descorchador de una botella; las voces fueron subiendo de tono y las fanfarronadas se superaron en arrogancia. El tractorista era el más jactancioso. Llegó hasta mí la intensa tufarada del *samogón*. No prolongaron mucho las libaciones; la oscuridad los obligó a apresurarse y empezaron a desfilar. El tractorista salió muy satisfecho de sí mismo, con la rudeza pintada en el rostro. El yerno maquinista, el hijo cojo de Faddei y un sobrino se fueron a acompañar a los trineos hasta Cherusti. Los restantes regresaron a sus casas. Faddei, agitando el bastón, avivó el paso para dar alcance a uno de ellos porque, seguramente, le urgía decirle algo. El hijo cojo se detuvo un instante ante mi mesa para encender el cigarro, e inopinadamente habló de lo mucho que quería a la tía Matriona, notificándome, además, que se había casado hacía poco y que acababa de nacerle un hijo. Lo llamaron a gritos y se fue. Al otro lado de la ventana empezó a rugir el tractor.

Matriona, excitada, salió la última de la cocina. Siguió con la mirada a los que se iban y movió la cabeza con aire preocupado. Se puso su chaqueta enguantada y se echó una toquilla sobre la cabeza. Ya en la puerta comentó:

—¿Qué les hubiese costado traer dos tractores? Si uno se estropeaba, el otro tiraría de los trineos. Así, ¡sólo Dios sabe lo que ocurrirá!...

Y corrió tras ellos.

Después de la jarana del copeo, de las discusiones y de las idas y venidas, la isba quedó particularmente silenciosa y abandonada; además, estaba helada por el continuo abrir y cerrar de la puerta. En el exterior reinaba ya la más completa oscuridad. También yo me puse la chaqueta guateada y me senté a corregir los cuadernos de mis alumnos. El rugido del tractor se perdió en la lejanía.

Transcurrió una hora y otra hora. Luego, una tercera. Matriona no regresaba, lo cual no me sorprendía: después de despedir a los trineos se habría ido a casa de Masha.

Pasó otra hora. Y una más. Sobre la aldea no solamente se abatieron las tinieblas, sino también un profundo y extraño silencio. Entonces no comprendía la razón de aquel silencio. Después supe que desde el atardecer no había circulado ningún tren por la línea a una distancia de medio kilómetro de nosotros. Mi radio callaba y observé que los ratones rebullían más soliviantados que nunca: correteaban bajo el tapizado con mayor ruido e insolencia, roían y lanzaban tenues chillidos.

Me desperté. Era la una de la madrugada y Matriona seguía sin regresar.

De repente oí voces fuertes por la aldea. Aún sonaban lejanas, pero tuve el presentimiento de que se dirigían a nuestra casa.

En efecto. Pronto retumbó un golpe violento en el portón. Una voz extraña y autoritaria exigía a gritos que se abriera. Salí a la densa oscuridad provisto de una linterna eléctrica. La aldea dormía, en las ventanas no se veía luz y la nieve, que llevaba una semana derritiéndose, no despedía reflejo alguno. Descorrí el pestillo inferior y los dejé entrar. Cuatro hombres con capotes se dirigieron a la isba. Es sumamente desagradable cuando por la noche vienen a tu casa gritando y vestidos de uniforme.

Sin embargo, cuando los vi a la luz comprobé que dos de ellos llevaban uniforme de ferroviario. El de más edad, un individuo gordo, de rostro parecido al del tractorista, preguntó:

—¿Dónde está la dueña de la casa?

—No lo sé.

—¿Ha salido de aquí un tractor con dos trineos?

—Sí.

—¿Bebieron antes de partir?

Los cuatro entornaron los ojos y escudriñaron la penumbra producida por la lámpara de mesa. Entonces creí entender que habían detenido a alguien o querían detenerlo.

–Pero ¿qué ha sucedido?

–¡Responda usted a lo que le preguntan!

–Pero...

–¿Estaban borrachos cuando se fueron?

–¿Bebieron aquí?

¿Habría cometido alguno de ellos un asesinato? ¿O no tendrían, acaso, autorización para transportar la *gornitza*? Insistían demasiado. Una cosa estaba clara: a Matriona podían meterla en la cárcel por el asunto del *samogón*.

Retrocedí hacia la puertecilla de la cocina y la obstruí con mi cuerpo.

–A decir verdad, no me fijé. No vi nada.

(Ciertamente, nada vi; sólo oí.)

Y con ademán de fingida perplejidad les señalé la isba: la tranquila luz de la lámpara de mesa iluminando libros y cuadernos, el cúmulo de asustados ficus y el austero catre de ermitaño. Ni rastro de bacanal.

Por sí mismos comprobaron disgustados que allí no se había empinado el codo. Y se encaminaron a la salida, comentando entre ellos que la juerga no tuvo lugar en aquella casa, pero que sería muy conveniente alegar que la hubo. A llegar a la portezuela de la valla, uno de ellos gruñó:

–Han quedado todos destrozados. No habrá manera de reunir los miembros.

Otro agregó:

–¡Y eso no es nada comparado con lo que podría haber ocurrido! El rápido veintiuno no ha descarrilado por milagro.

Y se fueron rápidamente.

Entré en la isba trastornado. ¿A quiénes se habían referido? ¿Quiénes eran esos *todos*? ¿Dónde estaba Matriona?

Descorrí la cortina y penetré en la cocinita. La pestilencia del aguardiente me azotó el rostro. Aquello parecía una batalla inmobilizada: taburetes y bancos amontonados, botellas vacías tumbadas y una a medio apurar, vasos, restos de arenques, de cebolla y de tocino troceado.

Todo estaba muerto. Sólo las cucarachas se paseaban tranquilamente por el campo de batalla.

Habían dicho algo sobre el rápido 21. Pero ¿qué? ¿Habría sido más acertado, quizá, mostrarles todo esto? Dudaba, sin saber a qué atenerme. Y ellos, por su parte, ¿por qué tenían la maldita costumbre de no dar explicaciones a personas que no tuviesen rango o grado?

De repente, chirrió la puertecilla de la valla. Salí rápidamente al zaguán:

–¿Es usted, Matriona Vasilievna?

Se abrió la puerta del patio y entró su amiga Masha. Venía tambaleándose, retorciéndose las manos:

–Matriona... Nuestra Matriona... Ignatich...

Le hice tomar asiento y, entre lágrimas, me contó lo ocurrido.

En el paso a nivel hay un montículo de empinado declive. El paso está desprovisto de barrera. El tractor ya había pasado las vías con el primer trineo, cuando se rompió el cable que lo unía al segundo, al improvisado. Éste se atascó en los raíles y empezó a desarmarse, pues Faddei no proporcionó madera buena para su fabricación. Apartaron un poco el primero y volvieron por el segundo. El tractorista y el hijo cojo de Faddei se pusieron a arreglar el cable y allí se metió Matriona, entre el trineo y el tractor. ¿Qué ayuda podía prestarles? Siempre se inmiscuía en las cosas de los hombres, como aquella vez que un caballo casi la derribó en un agujero del lago helado. ¿Por qué tuvo que acercarse al paso a nivel? Había cedido su *gornitza*, había cumplido con su deber, y asunto concluido... El maquinista no hacía más que vigilar por si aparecía de repente el tren de Cherusti, cuyos faros se verían desde lejos. Pero de dirección opuesta, desde nuestra estación, partieron hacia ellos dos locomotoras ciegas, sin luces y marchando hacia atrás. Se ignora la razón por la que iban sin luces; además, cuando una locomotora rueda en sentido contrario, al maquinista se le llenan los ojos del polvillo de carbón que despiden el tender y se le nubla la vista. Las dos locomotoras enganchadas se abalanzaron sobre las tres personas que estaban entre el tractor

y el trineo y las destrozaron. El tractor quedó aplastado, el trineo hecho astillas, los raíles se levantaron y ambas locomotoras volcaron de costado.

—¿Cómo es posible que no oyesen acercarse a las locomotoras?

—El tractor tenía el motor en marcha y retumbaba.

—¿Y los cadáveres?

—No dejan aproximarse. Tienen aquello rodeado.

—¿Y qué sucede con el rápido...? Han hablado de un rápido...

—Del rápido de las diez que pasa por nuestra estación sin detenerse y que también atraviesa el paso a nivel. Cuando las locomotoras volcaron, los dos maquinistas, que habían quedado ilesos, saltaron de ellas y corrieron para atrás, se plantaron en medio de las vías, hicieron señales agitando los brazos y lograron detener al tren... El sobrino también está herido por el golpe de un tronco. Ahora está escondido en casa de Klava para que no se enteren de que estuvo en el paso a nivel. ¡Si no, lo traerían a mal traer como testigo!... En boca cerrada no entran moscas. El marido de Kira ha salido sin un rasguño, pero luego intentó ahorcarse. Se lo impidieron cuando ya tenía la soga al cuello. «Por mi causa», decía, «han muerto mi tía y mi cuñado». Acaba de presentarse voluntariamente para que lo arresten, aunque lo más probable será que lo metan en el manicomio y no en la cárcel: ¡Ay Matriona, Matriónushka!...

* * *

Matriona ya no existe. Un ser querido ha muerto. Y el último día de su vida le hice reproches por la chaqueta.

Y la mujer pintarrajeada de rojo y amarillo del cartel seguía sonriéndose alegremente.

La tía Masha permaneció un rato sentada, llorando. Ya se levantaba para irse, cuando de repente me preguntó:

—¡Ignatich! ¿Recuerdas... la chaqueta gris de punto que tenía Matriona..., la que había prometido dejársela a mi Tania cuando muriese? ¿Te acuerdas?

Y, en medio de la penumbra, me miraba esperanzada: ¿sería posible que lo hubiese olvidado?

Pero yo recordé:

—Cierto, se la tenía prometida.

—Oye, si no tienes nada en contra, ¿podría llevármela ahora? Esto se llenará por la mañana de parientes y me quedaría sin ella.

Volvió a mirarme suplicante y esperanzada. Era su amiga de medio siglo, la única persona de la aldea que quiso sinceramente a Matriona...

Sin duda, era justo que se la llevase.

—Naturalmente... Cójala... —accedí.

Abrió un pequeño baúl, sacó la chaqueta de él, se la introdujo entre la falda, y se marchó...

Los ratones estaban poseídos de una especie de delirio; rebullían por las paredes y casi eran perceptibles en la tapicería verde las sinuosidades de sus lomos.

Por la mañana me esperaba la escuela. Ya eran más de las dos de la madrugada. Lo único que podía hacer era echar el cerrojo y acostarme a dormir.

Sí, echar el cerrojo, porque Matriona no vendría ya.

Me acosté sin apagar la luz. Los ratones chillaban, gemían casi, y corrían, corrían sin cesar. Con la cabeza fatigada y trastornada, no conseguía librarme de una angustia instintiva: como si Matriona, invisible, vagase por allí despidiéndose de su isba.

De repente, en la semioscuridad de la puerta, me imaginé a Faddei, joven, moreno, parado en el umbral y blandiendo el hacha:

«Si no fuese mi propio hermano, os mataría a los dos a hachazos.»

Cuarenta años permaneció su amenaza arrumbada en el rincón como un viejo machete y, a la postre, había asestado el golpe...

Al romper el día, las mujeres trajeron del paso a nivel, en un trineo y cubierto con un mugriento saco, cuanto había quedado de Matriona. Retiraron el saco para proceder al lavatorio. Sólo era una masa informe: ni piernas, ni la mitad del tronco, ni el brazo izquierdo. Una de las mujeres comentó:

–El Señor le ha dejado la mano derecha. Podrá orar a Dios en la eternidad...

Y he ahí que la multitud de ficus que Matriona tanto amaba (hasta el extremo de que al despertarse una noche y ver la isba llena de humo, no se precipitó a salvar la casa, sino a sus ficus para bajarlos al suelo a fin de que el humo no los asfixiara), la desalojaron de la casa. Fregaron el suelo. Envolvieron el empañado espejo de Matriona en una larga toalla de antiguo tejido casero. Retiraron de la pared las inútiles láminas. Desplazaron mi mesa y, frente a las ventanas y bajo los iconos, colocaron sobre taburetes el féretro construido sin perifollos.

En él yacía Matriona. Su cuerpo perdido, mutilado, fue cubierto con una sábana limpia, y su cabeza envuelta en un pañuelo blanco. Mostraba el rostro intacto, sereno, con más aspecto de vivo que de muerto.

La gente de la aldea se presentó a verla; permanecía un momento de pie y se iba. Las mujeres venían con niños pequeños para que viesen a la difunta. Y si alguna iniciaba el llanto, las demás, aunque su presencia en la isba se debiera a necia curiosidad, la secundaban obligatoriamente con sus lloros, desde las que se agolpaban en la puerta hasta las que se recostaban a lo largo de las paredes, como el acompañamiento de un coro. Los hombres se mantenían silenciosos, estirados y con la cabeza descubierta.

Correspondía a los parientes preludiar el concierto de plañideras. En estas lamentaciones observé un orden fríamente meditado, instituido desde tiempo inmemorial. Los familiares más lejanos se detenían poco ante el ataúd y lloraban en voz baja. Los que se estimaban más allegados rompían en llanto desde el mismo umbral de la puerta, se acercaban a la caja y se inclinaban a plañir sobre el rostro de la difunta. Cada plañidera entonaba su melodía peculiar, expresando en ella sus pensamientos y sentimientos.

Aquí me enteré de que el llanto por un muerto no es una mera expresión de dolor, sino una política *sui generis*. Las tres hermanas de Matriona llegaron apresuradas. Se hicieron cargo de la isba, de la cabra y de la estufa, cerraron el baúl con candado, extrajeron del forro del abrigo los 200 rublos del entierro y a cuantos llegaban explicábanles que ellas eran las únicas parientes cercanas de Matriona. Y sobre el féretro se lamentaron así:

–¡Ay chacha, chacha! ¡Ay tata, tata! ¡Sólo te teníamos a ti! ¡Podías haber vivido tranquila y en paz! ¡Siempre te hubiésemos cuidado! ¡Pero tu *gornitza* ha sido tu perdición! ¡Ella ha acabado contigo, la maldita! ¿Por qué has tenido que desmontarla? ¿Por qué no escuchaste lo que te decíamos?

Así, las lamentaciones de las hermanas fueron un llanto acusador contra la familia del marido: no debieron forzar a Matriona a desmontar la sala. (Tras él ocultábase otro pensamiento: vosotros os habréis quedado con la *gornitza*, pero no os entregaremos la isba.)

La familia del marido: las cuñadas de Matriona hermanas de Yefim y de Faddei, más toda una serie de sobrinas, al llegar lloraron así:

–¡Ay tiíta, tiíta! ¿Cómo no tuviste más cuidado? ¡Ahora seguramente estarán ofendidos con nosotros! ¡Ay, querida nuestra, la culpa sólo fue tuya! ¿Qué tiene que ver la *gornitza*? ¿Para qué tuviste que ir allí donde la muerte te acechaba? ¡Nadie te dijo que fueras! ¡Y qué muerte la tuya, nunca te la hubieses imaginado! ¿Por qué no nos hiciste caso?...

(Y de todas estas lamentaciones surgía esta respuesta: No somos culpables de su muerte. En cuanto a la isba, ¡aún hay mucho que hablar!)

Pero la «segunda» Matriona, la de rostro ancho y ordinario, la Matriona sustituía, la que en otro tiempo tomara Faddei atendiendo tan sólo a su nombre, se apartó de esta política y clamó con sencillez desgañitándose ante el ataúd:

–¡Eras para mí una hermana! ¿Será posible que estés resentida conmigo? ¡Ay, madre mía! ¡Cuántas veces hemos charlado juntas! ¡Perdóname, desdichada de mí! ¡Ay, madrecita! ¡Has ido a reunirte con tu madre y creo que pronto vendrás a buscarme! ¡Ay, ay!

En estos «¡Ay, ay!» parecía exhalar su último aliento, al tiempo que golpeaba y volvía a golpear su pecho contra el costado del féretro. Cuando sus lamentaciones sobrepasaron los límites rituales, las mujeres, como si reconociesen que su llanto había estado perfecto, dijeron todas a una:

–¡Déjalo ya! ¡Déjalo ya!

Matriona se apartó; luego se acercó de nuevo a la muerta y estuvo sollozando ante ella con mayor frenesí. Entonces salió de un rincón una vieja ancianísima que, posando la mano en el hombro de Matriona, dijo con severidad:

–Dos misterios hay en el mundo: Cómo nací no lo recuerdo; cómo moriré, no lo sé.

Y Matriona enmudeció en el acto, todos los presentes callaron y se hizo un silencio absoluto.

Pero la misma vieja, mucho más anciana que todas las ancianas que allí había, que por lo visto no tenía ningún parentesco con Matriona, al cabo de cierto tiempo también se puso a llorar:

–¡Oh, dolorosa mía! ¡Oh, Vasilievna mía! ¡Ay qué harta estoy de acompañaros a todos a la tumba!

De modo que nada se parecía al del ritual, con el sencillo llanto de nuestro tiempo, no escaso de él, sollozaba la infortunada hija adoptiva de Matriona, la Kira de Cherusti para quien desmontaron y transportaron la *gornitza*. Sus pequeños bucles rizados ofrecían un lastimoso desorden y sus ojos enrojecidos parecían inyectados en sangre. Cuando salía al frío del exterior ni siquiera advertía que llevaba los brazos fuera de las mangas del abrigo y el pañuelo de la cabeza caído. Iba como una demente de una casa a otra, del ataúd de su madre adoptiva al ataúd de su hermano. Todos temían por su razón, pues además su marido sería llevado a los tribunales.

Según se presentaba el asunto, el hombre resultaba doblemente culpable. No sólo había participado en el transporte de la gran sala, sino que estaba obligado a conocer bien, como maquinista ferroviario que era, las reglas de los pasos a nivel no vigilados. Habría cumplido con su deber previniendo a la estación del paso del tractor. Aquella noche viajaban en el rápido del Ural miles de vidas humanas, que dormían apaciblemente en las literas inferiores y superiores a la mortecina luz de las lámparas de los vagones, cuya existencia pudo ser truncada. Por la mezquindad de algunos sujetos, por conseguir un pedazo de tierra, o por ahorrarse un segundo viaje con el tractor.

Por causa de la *gornitza*, sobre la que pesaba una maldición desde que las manos de Faddei se posaron en ella para dismantelarla.

Por lo demás, el tractorista ya había escapado a la justicia humana. En cuanto a la administración de la línea, tampoco estaba exenta de culpa por no poner vigilancia en un paso a nivel tan frecuentado y por permitir que las dos locomotoras acopladas maniobraran sin luces posteriores. Por eso pretendió desde un principio achacar el accidente a hombres presuntamente ebrios e intentaría ahora correr un velo sobre el asunto y distraer la atención de la justicia.

Fueron tales los desperfectos sufridos por las vías que durante tres días, mientras los féretros estuvieron en las casas, los trenes no circularon teniendo que ser desviados hacia otro ramal. Todo el viernes, el sábado y el domingo, desde que el juez ordenó el levantamiento de los cadáveres hasta los entierros, estuvieron día y noche reparando el tendido en el paso a nivel. Los obreros se helaban de frío y para calentarse y alumbrarse por la noche encendieron hogueras con las planchas de madera y las vigas gratuitas del segundo trineo, esparcidas alrededor del paso a nivel.

El primer trineo seguía allí, cargado, intacto, no lejos del otro lado del paso.

Justamente eso, el hecho de que el trineo siguiese allí, incitante, esperando que alguien se lo llevara, incluso con el cable dispuesto para ser remolcado, y el pensar que se podría haber salvado al segundo trineo del fuego de las hogueras, fue lo que desgarró el corazón del barbinegro Faddei a lo largo de todo el viernes y todo el sábado. Su hija estaba perdiendo la razón, sobre su yerno pendía la acción de la justicia, en su propia casa y por su culpa yacía muerto su hijo, en la misma calle había otra mujer muerta, también por su culpa, a la que en otros tiempos amó, y Faddei sólo estuvo ante los féretros breves instantes acariciándose la barba. Su elevada frente veíase nublada por penosos pensamientos, por cavilaciones que únicamente buscaban el modo de salvar las vigas de la *gornitza* del fuego y de las maquinaciones de las hermanas de Matriona.

Pasando revista a los habitantes de Talnovo me percaté de que Faddei no era el único de su índole en la aldea.

Porque a nuestro *acervo*, bien público o mío, el idioma lo denomina peregrinamente *nuestra propiedad*. Y perderla se considera vergonzoso y estúpido ante los hombres.

Faddei no se dio la menor tregua; anduvo recorriendo la aldea, visitó la estación, fue de una autoridad a otra, y con su espalda encorvada y apoyado en su bastón, les suplicó que se hiciesen cargo de su vejez y autorizaran la devolución de la gran sala.

Y alguien le dio esa autorización. Y Faddei reunió a los hijos, yernos y sobrinos ilesos, se procuró caballos en el *koljós* y desde el lado opuesto del destrozado paso a nivel, dando un rodeo a través de tres aldeas, transportó a su casa los restos de la *gornitza*. Concluyó esta tarea la noche del sábado al domingo.

El domingo tuvieron lugar los entierros. Los dos féretros coincidieron en el centro de la aldea y los deudos discutieron sobre cuál de ellos debía ir delante. Luego colocaron a la tía y al sobrino juntos, uno al lado del otro, en un trineo sin asientos. Y sobre la helada nieve de febrero, nuevamente húmeda, y bajo un cielo triste y anubarrado, condujeron los cadáveres al cementerio de la iglesia que estaba dos aldeas más allá de la nuestra. Hacía un tiempo ventoso, frío, y el pope y el diácono esperaron a la comitiva en la parroquia en vez de salir hacia Talnovo a su encuentro.

La gente caminó despacio, cantando a coro hasta las últimas vallas del pueblo; después se fue quedando rezagada.

* * *

La noche del sábado al domingo continuó el trajín de las mujeres en nuestra isba: una vieja estuvo canturreando salmos junto al ataúd mientras las hermanas de Matriona se atareaban ante la estufa rusa, de cuya boca salía un calor infernal producido por la incandescente turba, por la misma turba que Matriona traía en un saco sobre su espalda desde el distante pantano. Hicieron unas tortas insípidas con harina mala.

El domingo, al regresar del entierro, ya al atardecer, se reunieron para la comida de exequias. Ordenaron las mesas en hilera en el mismo lugar donde por la mañana estuvo el féretro. Comenzaron por situarse todos de pie ante la gran mesa formada, y un viejo, marido de una cuñada, rezó el Padrenuestro. Luego, sirvieron un poco de aguamiel, lo justo para cubrir el fondo de las escudillas. Nos lo tomamos con cuchara y sin acompañarlo con nada, por el reposo del alma de la difunta. Después comimos algo, bebimos vodka, y las conversaciones se animaron. Antes de tomar el *kisel*¹², todos se pusieron de pie y entonaron el *A la memoria eterna* (me explicaron que debe cantarse obligatoriamente antes de tomar el *kisel*). Se bebió de nuevo. Las conversaciones subieron más de tono y ya no se habló para nada de Matriona. El marido de la cuñada empezó a jactarse:

—¿Habéis observado, fieles ortodoxos, que la misa de cuerpo presente se ha celebrado sin apresuramientos? Ha sido debido a que el padre Mijail advirtió mi presencia. Sabe que conozco el servicio divino. De lo contrario habría pronunciado un par de rezos, nos habría sacado el dinero en nombre de los santos, ¡y se acabó!

Por fin concluyó la cena. Volvieron a ponerse todos de pie y cantaron el *Epicedio*. Y bebieron otra vez al triple grito de: «¡Por su eterna memoria! ¡Por su eterna memoria! ¡Por su eterna memoria!» Pero las voces sonaban ya enronquecidas, desacordes, y en los rostros se pintaba el embotamiento de la embriaguez, por lo que nadie puso el menor sentimiento al desear memoria eterna para la difunta.

Seguidamente el grueso de los invitados se dispersó, quedándose solamente los parientes más allegados, quienes tiraron de los cigarrillos y se pusieron a fumar entre bromas y risas. La conversación giró en torno al marido de Matriona, al desaparecido en la guerra. El marido de la cuñada, golpeándose el pecho, se dirigió al zapatero, esposo de una de las hermanas de Matriona, y a mí con ánimo de convencernos:

—¡Yefim murió, murió! De otro modo, ¿cómo se explica que no haya regresado? ¡Yo mismo, aun sabiendo que en mi patria me colgarían, habría regresado!

¹² Líquido agelatinado hecho con fécula y zumo de bayas, de frutas o de cualquier otro jugo. (*N. de la t.*)

El zapatero expresaba su aquiescencia a cabezadas. Había sido desertor, pero nunca abandonó la patria: se pasó la guerra de comienzo a fin escondido en el sótano de su madre. La severa y silenciosa vieja, la más anciana entre todos los ancianos, habíase acomodado en lo alto de la estufa para pasar la noche. Desde arriba contemplaba taciturna a los de abajo, reprobando la inapropiada animación de los jóvenes de cincuenta y sesenta años.

Sólo la desdichada hija adoptiva, que se había criado entre aquellas paredes, se retiró tras el tabique a llorar.

* * *

Faddei no asistió a la comida de exequias en honor de Matriona porque probablemente estuvo en la de su hijo. Pero en los días subsiguientes vino dos veces a la isba con aire hostil para parlamentar con las hermanas de Matriona y con el zapatero-desertor.

Estaba en litigio la isba: ¿Quién tenía derecho a quedarse con ella? ¿La hija adoptiva o una de las hermanas? Ya estaban dispuestos a querellarse ante los tribunales, pero acabaron por llegar a una reconciliación pensando que la justicia podía no adjudicar la isba a ninguna de las dos partes, sino al soviet rural. Y el trato se llevó a efecto: una de las hermanas de Matriona se quedó con la cabra; el zapatero y su mujer, con la isba; y Faddei, en consideración a que había «arrullado entre sus brazos a cada una de aquellas vigas», la *gornitza* que ya estaba en su poder, y cedióle, además, el cobertizo de la cabra y todo el vallado interior que separaba el patio de la huerta.

Y nuevamente, superando sus achaques y el dolor de sus huesos, el insaciable viejo se animó y rejuveneció. Reunió otra vez a los hijos y yernos que le quedaban disponibles, desmontaron entre todos el cobertizo y la valla, y él mismo fue llevándose tablón tras tablón en un pequeño trineo, ayudado al final sólo por Antoshka, el de la octava clase G, que entonces no daba muestras de la menor pereza.

* * *

Condenaron la casa de Matriona hasta la primavera y yo me mudé a la de una de sus cuñadas que vivía cerca. Después, por un motivo cualquiera, esta cuñada solía recordar a Matriona y a través de sus palabras me parecía ver a la difunta desde un ángulo nuevo.

—Yefim no la amaba. Decía: «Me gusta ir bien vestido, pero ella va de cualquier manera, siempre al estilo campesino.» De modo que, como ella no necesitaba nada, él empezó a beberse el dinero que les sobraba. Una vez que fuimos a la ciudad a ganarnos un buen jornal, él se buscó una amante y luego no quería volver con Matriona.

Todos sus juicios sobre Matriona siempre eran reprobatorios: que no era aseada; que no procuraba la prosperidad de su hogar; que no era ahorrativa; que ni siquiera criaba un cochinito porque, inexplicablemente, no le gustaba cebarlos; y que era una tonta porque ayudaba a gentes extrañas sin cobrarles nada (en esta ocasión evocó a Matriona porque no tenía a quién recurrir para que la acompañara a arar su huerto).

Hasta cuando se refería a la bondad y sencillez de Matriona, que su cuñada le reconocía, hablaba con desdeñosa compasión.

Sólo al oír las opiniones condenatorias de su cuñada surgió ante mí la imagen de Matriona, la que yo no había alcanzado a comprender ni aun viviendo a su lado.

¡En efecto! ¡En cada isba se cría un cerdito! Pero ella no lo tenía. ¿Puede haber cosa más fácil que cebar un cerdo voraz que sólo reconoce en el mundo la comida? Hay que cocérsela tres veces al día, vivir pendiente de él y finalmente matarlo para tener tocino.

Y ella no lo tenía...

No procuraba la prosperidad de su hogar... No se desvivía por comprar objetos para luego reverenciarlos y tenerlos en más aprecio que a su propia vida.

No tuvo afán de emperifollarse, por el atuendo ostentoso que engalana a deformes y malvados.

Incomprendida, abandonada por su propio marido, que enterró a seis hijos sin perder su carácter sociable, extraña para hermanas y cuñadas, ridícula, que trabajaba estúpidamente gratis para otros, a la hora de su muerte no tenía ningún bien acumulado. Una cabra cenicienta, un gato paticojo, los ficus...

Todos vivíamos a su lado sin comprender que ella fue ese ser justo sin el cual, según dice el proverbio, no hay aldea que exista.

Ni ciudad.

Ni nuestra tierra entera.

NUNCA COMETEMOS ERRORES

UN INCIDENTE EN LA ESTACIÓN DE KRECHETOVKA

–Aló. ¿El jefe de la estación?

–¿Bueno?

–¿Quién habla? ¿Dyachichin?

–¿Bueno?

–No me salga con «buenos». Le pregunto si es usted Dyachichin.

–Conduzca aquella cisterna del andén siete al tres. Sí, soy Dyachichin.

–Aquí el auxiliar del comandante del ejército, el teniente Zotov. Escuche, quiero saber qué está usted haciendo. ¿Por qué no ha enviado el convoy a Lipetsk? El número seiscientos setenta... ejem... ¿cuál es el último número, Valya?

–Ocho.

–El número seiscientos setenta y ocho.

–No tenemos nada con qué arrastrarlo.

–¿Qué quiere decir con eso de «nada con qué arrastrarlo»?

–Estamos sin locomotoras, ¿no es así, Varnakoff? ¡Varnakoff! ¿Ve aquellos cuatro vagones con carbón en el andén seis? Buenos, tráigalos aquí.

–Oiga, si no tiene locomotoras, ¿qué son entonces esas seis que veo alineadas desde mi ventana?

–Esas son máquinas de enganche.

–¿Qué?... ¿Máquinas de enganche?

–Sí, para las locomotoras. De los depósitos. Están evacuando.

–¿Bueno! Entonces tiene usted dos locomotoras funcionando.

–¿Camarada teniente? Sobre las máquinas de los depósitos, vi... ¡tres!

–Muy bien, está aquí a mi lado el comandante de este transporte, él pondrá todo en claro...

Contamos con tres locomotoras. ¡Páseme una de ellas!

–No puedo.

–¿Qué quiere decir con eso de que no puede? ¿No ha percibido usted la importancia de este cargamento? No debe retrasarse un solo minuto, y usted. ..

–Acérquenla a ese terraplén.

–...¡usted!, le ha hecho perder casi doce horas.

–Oh, no han sido doce horas.

–¿Qué dirige usted, un jardín de infancia o una estación de ferrocarril? ¿Por qué gritan esos chicos?

–Porque se amontonan en esta habitación. Camarada, ¿cuántas veces debo repetirlo? ¡Desalojad este lugar! No puedo atender a nadie en medio de esta confusión. Hasta un cargamento del ejército tendría que ser detenido.

–¡Pero este convoy transporta un cargamento de plasma sanguíneo! ¡Para los hospitales! ¿Me entiende usted?

–Lo entiendo todo. ¿Varnakov? Ahora, dése prisa, vaya a la bomba de agua y tome diez.

–Escuche... si en media hora no despacha usted este convoy, notificaré a sus superiores. ¡No son bromas! ¡Tendrá usted que responder por esto!

–¡Vasili Vasilich! Páseme el teléfono... yo mismo. ..

–Haré responsable de esta situación a las comunicaciones del Ejército.

–¿Nikolai Petrovich? Aquí, Podshebyakina. ¿Qué es lo que ocurre en su almacén? Usted lo sabe, sólo al tren del Directorio Médico se le proporcionó combustible.

–Sí, camarada sargento, vaya al convoy y, si en cuarenta minutos... No, si para las seis y media no lo ha expedido usted... tendrá que venir y reportarse inmediatamente.

–Sí, señor, vendré a reportarme ante usted. ¿Puedo salir?

–Puede retirarse.

El responsable del convoy dio media vuelta marcialmente y al dar el primer paso, se llevó la mano al kepi y salió.

El teniente Zotov se ajustó los lentes, intensificó la dureza de expresión de su rostro y miró a la responsable de vías militares, Podshebyakina, una joven vestida en uniforme de empleada ferroviaria. Sus abundantes rizos rubios se le desbordaban sobre la frente; hablaba en ese momento por el micrófono de un teléfono anticuado. Atravesó la pequeña oficina y se metió en la suya, que sólo tenía esa puerta de ingreso.

La oficina del comandante de la estación estaba en una esquina del primer piso. Encima, es decir, directamente sobre esa esquina había un tanque de agua descompuesto. De atrás de la pared una pesada corriente de agua azotaba ruidosamente ante cada embestida del viento helado que la levantaba y la desparramaba por todas partes con ruido ensordecedor... ora frente a la ventana izquierda hasta la plataforma, ora frente a la derecha. Después de la primera helada de octubre, la mañana encontró toda la estación cubierta de escarcha; el tiempo durante los últimos días había ido empeorando. A partir de ayer, una lluvia fría había caído tan fuerte y tan incesantemente que uno se preguntaba cómo el cielo entero podía contener tanta agua.

Por otra parte, con la lluvia se había establecido cierto orden. El estúpido y desordenado revoloteo de gente y la continua invasión de civiles a las plataformas había cesado. Estos habían perturbado el trabajo y las operaciones propias de la estación. No había nadie a la vista. Nadie que estuviera hurgando abajo o encima de los furgones. No había personas de la localidad vendiendo patatas hervidas. Los pasajeros de los trenes de carga ya habían dejado de merodear entre los carros con sus atados de lencería, sus vestidos y sus prendas de estambre colgados de los brazos, o sobre los hombros, como si fueran al mercado. (Todo eso perturbaba al teniente Zotov. No estaba permitido, pero no había tenido el corazón para prohibirlo ya que las raciones para los evacuados no habían sido expedidas.)

Sólo las personas que trabajaban en la estación no se habían retirado debido a la lluvia. A través de la ventana podía ver a un guardaguasas en la plataforma cerca del convoy, empapado por la lluvia. Cubierto con una pesada manta alquitranada, permanecía allí, empapado y cegado por la lluvia sin siquiera intentar sacudírsela de encima. En el tercer andén, la locomotora movía lentamente un carro cisterna, mientras que el maquinista, envuelto en una manta, lo saludaba con su banderín. Se podía ver también la silueta oscura y espectral del garrotero caminando a lo largo del tren en formación en el andén número dos, revisando la parte inferior de cada carro.

Y así... ¡todo estaba pertrechado a prueba de lluvia! Bajo un persistente viento frío, la lluvia azotaba los techos y las paredes de los furgones y de las locomotoras. Caía a raudales a lo largo de las anillas metálicas color rojo fuego de los esqueletos de trenes de dos o de diez carros (algunos de los vagones se habían incendiado debido a los bombardeos aéreos, pero las partes útiles que habían logrado salvarse habían sido llevadas al depósito). Allí estaban las cuatro piezas de artillería colocadas en plataformas rodantes; se confundían con el próximo crepúsculo; comenzó a advertirse en el verde y pequeño círculo del semáforo, y en el lívido, centelleo rojo púrpura que procedía de las chimeneas de los carros «calentados» (éstos eran vagones adaptados para el transporte de tropas que en invierno se acondicionaban con estufas caseras con largos tubos delgados como chimeneas que se extendían por el techo). Todo el asfalto del primer andén estaba cubierto con charcos de aguas cristalinas, que aún no habían tenido tiempo de secarse. Aun en la oscuridad los rieles relucían y centelleaban y en todas las lonas grises impermeables relucían charquitos de agua.

Había un ligero ruido producido por un permanente temblor de tierra, y el débil sonido del corno del maquinista. (Los silbatos de las máquinas habían sido prohibidos desde el primer día de la guerra.) Sólo la lluvia trompeteaba a través de las tuberías rotas.

Del otro lado de la ventana del cuarto del comandante, en el camino a lo largo de los depósitos, crecía un joven encino. Sus ramas empapadas y temblorosas habían retenido unas cuantas hojas de un verde oscuro, pero ahora hasta las últimas habían volado.

Sin embargo, no había tiempo para detenerse y mirar alrededor. Era necesario enrollar el papel oscuro que cegaba las ventanas, encender la lámpara y volver al trabajo. Aún más importante, era necesario mostrar algún adelanto antes de que llegara el relevo de las diez de la noche.

Zotov no desenrolló sus persianas inmediatamente, sino que se quitó la gorra de comandante con su banda verde, que siempre usaba cuando estaba en servicio, aun en la oficina. Cansado de copiar

incesantemente los números en clave de los transportes de una lista a otra, se quitó los lentes y lentamente se restregó los ojos. No, no era fatiga, sino soledad y melancolía lo que fue apoderándose de él en esa oscuridad que antecedía al crepúsculo.

Tal soledad no era a causa de la ausencia de su esposa, quien con su hijo por nacer, había permanecido en la remota Bielorrusia, ahora bajo el dominio de los alemanes. No era a causa de un pasado perdido, porque Zotov todavía no tenía ninguno. No era por una fortuna perdida, que nunca había tenido... y que en cualquier caso no hubiera querido tener.

La depresión se apoderó de Zotov. Surgía de la necesidad de lamentar con alguien el curso de la guerra, que le resultaba del todo inconcebible. Por los reportes de la Oficina de Información no podía deducir dónde se hallaban las líneas del frente. Uno podía adivinar que habían tomado Jarkov o que retenían Kaluga, porque entre los ferroviarios se sabía que no se enviaba ningún tren por el enlace ferrocarrilero de Uzlov con rumbo a Tula, sino que en Eletz regresaban hasta Berhova. La aviación enemiga había penetrado la línea Ryazan-Voronezh, dejando caer unas cuantas bombas aquí y allá, llegando algunas veces hasta a bombardear Krechetovka. Hacía diez días, nadie sabía de dónde, habían aparecido en Krechetovka dos alemanes extraviados, en motocicletas, disparando bárbaramente sus ametralladoras. Uno había sido muerto y el otro había escapado, y en la estación todo quedó en medio de la confusión y el desorden. El dirigente del servicio especial a cargo de explosivos en caso de evacuación, acertó al alejar el carro cisterna cargado con TNT. Lo había añadido al tren de reconstrucciones que había trabajado allí durante tres días.

Lo que realmente le preocupaba a Zotov no era la situación en Krechetovka, sino el por qué la guerra seguía el camino que seguía. No sólo no había estallado la revolución en toda Europa, y no sólo su país no invadía Europa para desbaratar cualquier combinación de los agresores con pocas pérdidas de vidas, sino que había que ver lo que en verdad estaba ocurriendo. ¿Qué tiempo duraría aún eso? Aunque hiciera cualquier cosa durante el día, aunque se hubiese acostado a dormir, Zotov continuaba pensando: «¿Cuánto irá a durar esto?» Por las mañanas, cuando no estaba de servicio, sino que dormía en su cuarto, despertaba con la radio a las seis en punto. Despertaba con la esperanza de que ese día llegarían las noticias de la victoria. Pero del negro altavoz sólo salían desesperanzadas noticias sobre los frentes de Vyazma y de Volokolamsk, y su corazón se agitaba: «¿Acaso llegarán hasta Moscú?», se preguntaba. (No en voz alta, era peligroso hacerse en voz alta esta pregunta aun para sus adentros.) Zotov tenía miedo de responder esa pregunta en la que pensaba todo el tiempo, aunque se esforzara por no hacerlo.

Pero esta oscura pregunta no era la peor. La rendición de Moscú podía no ser el término de todas sus desgracias. Moscú había caído ante Napoleón. Podía ser nuevamente quemada y eso no significaría nada. ¿Pero qué ocurriría si el enemigo llegaba a los Urales?

Vasya Zotov se sentía culpable por permitirse abrigar pensamientos tan desesperanzados. Eran un insulto al previsor y todopoderoso Padre y Maestro... que siempre estaba en su sitio, que lo preveía todo, que tomaba todas las medidas necesarias, que no lo permitiría.

Algunos obreros ferroviarios llegaron de Moscú. Habían estado allí a mediados de octubre, y hablaron de cosas monstruosas e inauditas... de la huida de directores de industrias, de la destrucción de bancos y de tiendas, y un dolor silencioso nuevamente volvió a apoderarse del corazón del teniente Zotov.

No hacía mucho, en su camino a Krechetovka, Zotov había pasado un par de días en los cuarteles generales de las unidades de reserva. Habían celebrado una pequeña reunión, y un joven teniente muy pálido y delgado con una cabellera enmarañada les había leído algunos poemas, que no habían pasado censura y expresaban abiertamente sus sentimientos. En aquella ocasión Zotov no pensó que recordaría aquellos versos, pero éstos siguieron rondando su mente. Y ahora, cuando caminaba por las calles de Krechetovka, mientras viajaba en tren a la comandancia central o en una carreta al pueblo fortificado donde había sido designado para impartir instrucción militar a los jóvenes y los inválidos, Zotov volvía a recoger estas palabras y las repetía como si fueran suyas:

*«¡Arden nuestras aldeas, nuestras ciudades se cubren de humo!
Uno piensa sólo en torturas: ¿Cuándo? ¿Cuándo?»*

¿Cuándo podremos detener sus ataques?»

Y luego venían los versos:

*«Porque si en estos días se derrumbara la obra de Lenin,
¿qué sentido tendrían entonces nuestras vidas?»*

Desde el comienzo de la guerra Zotov no había querido ser eximido del frente. Para él su vida no tenía otro sentido que el de ayudar a la Revolución. ¡Cómo había suplicado que lo enviaran a las líneas de fuego! Y sin embargo allí estaba, desperdiciándose en una central *de* ferrocarriles. Ser eximido para su propio provecho no tenía sentido. Ser eximido del frente por el de su mujer y el de su hijo futuro tampoco tenía demasiado sentido. Pero si los alemanes llegaran al lago Baikal y Zotov estuviese aún vivo, sabe que escaparía, a pie si era necesario, por Kyakhta, hacia China o la India, ¡o aún a través del océano! Lograría escapar sólo a fin de reunir nuevos refuerzos y volver con armas a Rusia y a Europa.

Y así permaneció en el crepúsculo, bajo la lluvia constante que el viento lanzaba contra las ventanas. Sintió un escalofrío, y repitió el poema del joven teniente.

Mientras más oscura se volvía la habitación, más brillante parecía la puerta de color rojo cereza de la estufa, y un reflejo amarillo de luz cayó por los vidrios de la ventana en la puerta del cuarto vecino donde la asistente militar de la NKPS (Comisariado de comunicaciones populares) en servicio estaba sentada con la luz encendida.

Aunque Podshebyakina como auxiliar en servicio no estuviera directamente bajo el mando militar, no podía desempeñar sus funciones sin él porque no le estaba permitido conocer ni el contenido ni la destinación de los trenes consignados, sólo los números de los vagones. Esos números le eran proporcionados por su ayudante conocida como «Tía Frosia», quien entraba en ese momento en el cuarto, arrastrando los pies pesadamente.

–¡Ay qué temporal! –se quejaba–. ¡Ay qué temporal! Ni parece calmarse.

–Tenemos que volver a anotar el número 765, tía Frosia –dijo Valya Podshebyakina.

–Muy bien, volveré a anotarlo. Deje sólo que encienda mi linterna.

La puerta no era muy gruesa ni estaba perfectamente cerrada. Zotov podía oír la conversación.

–Bueno, pronto recibiré un poco de carbón –decía tía Frosia–. Ahora ya no le tengo miedo a nada. Alimentaré a los niños con patatas hervidas. Pero todavía no han desenterrado las patatas en el terreno de Dashka Melentev. ¡Quién se atreve a cavar en ese lodazal!

–Dicen que ha comenzado a helar. Parece que el frío ha empezado.

–Tendremos pronto el invierno este año. ¡Ay, esa guerra... y el invierno a la puerta! Y usted, ¿cuántas patatas recogió?

Zotov bostezó y comenzó a desenrollar las persianas de papel colocándolas cuidadosamente en los marcos de la ventana para que no fuera posible ver ninguna luz desde afuera.

Ése era el tipo de cosas que él no acababa de entender, y eso intensificó sus sentimientos de frustración y soledad. Todos los trabajadores que lo rodeaban oían lúgubrementemente los noticieros, cuando eran transmitidos por los altavoces con la misma clase de sufrimiento silencioso. Pero Zotov percibía una diferencia. La gente que lo rodeaba parecía vivir con algo además de las noticias del frente. Algunos recogían patatas, otros ordeñaban vacas, otros cortaban leña, otros reparaban sus ventanas. Y a veces esas personas hablaban más sobre esas cosas y se ocupaban más con ellas que con las noticias llegadas del frente.

¡Aquella estúpida anciana! Iba a conseguir algo de carbón, ¡así que ahora no le temía a nada! ¿Ni siquiera a los tanques de Guderian?

El viento sacudió el pequeño encino contra el almacén y en la ventana de su oficina tembló un panel.

Zotov bajó la última de las persianas y encendió la lámpara. De pronto, en esa caliente y limpia oficina, vacía pero confortable, sintió renacer la esperanza y comenzó a sentirse menos desgraciado.

Exactamente debajo de la lámpara, en medio del cuarto, había una mesa para un hombre en servicio. Detrás de Zotov, junto a la estufa, había una caja fuerte. Cerca de la ventana había un anticuado banco de estación, de madera, con tres asientos y respaldos en los que constaba con grandes letras el nombre del ferrocarril. En ese banco podía tumbarse y descansar un poco durante la noche, aunque raramente lo hacía, porque siempre había demasiado trabajo. Había también dos toscas sillas. Entre las dos ventanas colgaba un retrato en color de Kaganovich en uniforme de oficial de ferrocarriles. Un enorme mapa de las líneas ferroviarias había estado ahí, pero el capitán, el comandante de la estación, había ordenado que lo quitaran porque en esa oficina entraban muchas personas y en el caso de haber algún agente enemigo entre ellos, fácilmente se podía orientar y descubrir qué ferrocarriles corrían por la región.

–Tengo unas medias –se jactaba en el cuarto de al lado tía Frosia–. Un par de medias de seda que cambié por cinco tortillas de patatas. No volverá a haber medias hasta que termine la guerra. Dile a tu madre que no debe dejar perder esta oportunidad. Debería hervir sus patatas y traerlas a la estación. ¡No sabes cómo te las arrancan de las manos! Grunka Mostrukova obtuvo una especie de bata de dormir extraña... sí, de mujer... para pasar la noche... ¡qué cosas!... con encajes... oye... ¡en unos lugares! Es divertido de veras. Las mujeres se reúnen en su *izba* para verla cuando se la pone. Se ríen a carcajadas hasta que les duele el estómago. También puedes obtener jabón... ¡Y barato! El jabón se ha vuelto un producto tan escaso... no se puede comprar. Dile a tu madre que no deje pasar la oportunidad.

–Yo no sé nada de eso, tía Frosia...

–¿Qué? ¿No necesitas medias?

–Las necesito mucho, pero de cualquier manera me parece una vergüenza... aceptarlas de los evacuados.

–¿Quieres decir que las tomarías de los que no llevan nada? Estos llevan maletas cargadas de ropa... llevan vestidos... llevan jabones... llevan de todo. Van vestidos como si asistieran a una fiesta en el campo. ¡Qué caras tan horribles ponen esos viajeros! Quieren pollo hervido, ¿me oyes? ¡No aceptan ninguna otra cosa! He oído decir que algunos de ellos llevan billetes de cien rublos atados en paquetes, y maletas llenas de ellos. ¿Crees que hayan robado un banco? Pero nosotros no necesitamos dinero... ¡pueden llevarse el suyo a donde quieran!

–¿Y qué me cuenta de la gente instalada en su casa?

–No los compares con los demás. Estos son pobres, llegaron descalzos. Llegaron huyendo de Kiev sólo con lo que llevaban puesto. ¿Cómo pudieron lograrlo? Fue un milagro. Paulina trabaja en correos pero su sueldo es muy bajo, y además, ¿de qué sirve hoy un salario? Yo llevé a la anciana y abrí el sótano. «Tenga», le dije, «tome unas patatas y un poco de col agria, y en cuanto al cuarto no le cobraré nada». La gente pobre me da pena, Valya, pero a los ricos, ¡no los dejes pedir misericordia!

En el despacho de Zotov había dos teléfonos. Uno comunicaba con el ferrocarril, era un antiguo modelo de percha, colocado en una vieja caja amarilla, igual que el del jefe de estación. El otro era el suyo propio, un aparato del tipo usado en el campo de batalla, que conectaba con la oficina del capitán y con el velador del puesto de distribución de raciones de la estación. Los soldados del puesto de distribución eran las únicas tropas militares en la comandancia de Krechetovka. Aunque su propósito principal era el de mantener los abastecimientos y provisiones, también limpiaban y calentaban el lugar y precisamente ahora frente a la estufa yacía un montón de carbón para ser usado a discreción.

Sonó el timbre del teléfono de la estación. El triste sentimiento de soledad de inmediato desapareció mientras Zotov corría rápidamente al teléfono y tomaba el auricular con una mano mientras con otra se ponía el gorro en la cabeza. Comenzó a gritar por el teléfono. Gritaba siempre que se trataba de llamadas de larga distancia, a veces porque las líneas eran malas, pero principalmente porque estaba acostumbrado a hablar a grito pelado.

Era una llamada de Bogoyavlensk; querían verificar qué órdenes de ruta había recibido y cuáles no. Las órdenes habían sido enviadas por telégrafo junto con las instrucciones en clave de la comandancia anterior sobre los transportes que estaban en ruta y la dirección que debían seguir.

Apenas una hora antes, Zotov mismo había enviado varios telegramas y recibido otros. Por los mensajes recibidos él determinaba rápidamente en qué convoy colocar los transportes, y a qué estaciones enviarlos, cuáles carros debían ser enganchados, y luego dar las instrucciones pertinentes al jefe de la estación militar. Tenía también que preparar y enviar las nuevas direcciones quedándose con una copia para su archivo.

Al colgar el teléfono, Zotov se sentó rápidamente, se inclinó pesadamente sobre el escritorio y comenzó a hurgar entre sus órdenes de ruta.

Otra vez las dos mujeres en el cuarto vecino lo distrajeron. Un hombre entró a grandes zancadas y tiró al suelo un saco de cuero lleno de instrumentos metálicos. Tía Frosia le preguntó algo sobre la lluvia... ¿Estaba amainando? El hombre masculló una respuesta y al parecer se sentó.

(Era posible advertir, por el tanque descompuesto, que la lluvia no era tan fuerte como antes, pero el viento era cada vez peor y azotaba los paneles de la ventana.)

–¿Qué dice usted, anciano? –oyó que preguntaba Valya Podshebyakina.

–Digo que cada vez hace más frío –contestó el viejo con una voz profunda.

–¿Puedes oír, Gavrila Nikitich? –preguntó tía Frosia en voz alta.

–Oigo –contestó el viejo–. Hay sólo un pequeño silbido en mis oídos.

–Entonces, ¿cómo puedes comprobar si los carros van llenos o vacíos, abuelo? Sabes que hay que golpear la pared como si fueran melones.

–Eso lo puedo afirmar después de verlos.

–No sé si lo sabes, Valya, pero él es nativo de esta región. Es de Kordubailo. Muchos jefes de estación han sido sus discípulos. Durante diez años antes de la guerra anduvo arriba de una máquina de vapor. Y ahora, ya lo ves, lo han retirado.

Una y otra vez tía Frosia volvió a hablar sobre tal o cual tema y Zotov comenzó a fastidiarse de esa charla. Pero realmente estuvo a punto de levantarse y reprenderla cuando comenzó a hablar del incidente que había tenido lugar ayer con un convoy de soldados rezagados.

Zotov había sabido lo ocurrido por su sustituto en el otro turno, que era también auxiliar de la Comandancia Militar. Habían tenido que substituirlo el día anterior porque el equipo regular de Krechetovka estaba ausente de la estación. Ayer por la mañana habían llegado dos convoyes con soldados rezagados¹. Un convoy venía de Stchiger por la ruta de Otrozhka y llevaba treinta vagones de soldados, y para estos treinta vagones de seres desesperados había sólo una escolta de cinco miembros de la NKVD, que por supuesto no lograban controlarlos. El otro convoy, de Rtistchev, iba cargado con harina. Una parte de la harina se transportaba en carros cerrados, otra en plataformas abiertas, en sacos. Los rezagados inmediatamente aprovecharon la situación y atacaron los carros abiertos. Se subieron hasta el tope, rasgaron los sacos de harina, y llenaron sus cacerolas. Convirtieron también sus chaquetas en maletas improvisadas y las llenaron también. Con el convoy de harina iban dos guardías, uno a la cabeza del tren otro en el último furgón. El guardia que iba a la cabeza del tren, un muchacho apenas, ordenó a los rezagados varias veces que dejaran de robar la harina, pero nadie le prestó la menor atención, y nadie fue en su ayuda desde el otro tren. Entonces levantó el rifle, disparó, y de un solo disparo mató a uno de los rezagados que se hallaba arriba de un carro abierto.

Zotov escuchó y escuchó la conversación de la mujer. Se suponía que aquello había ocurrido de esta y de aquella manera. No pudo resistir más; tuvo que levantarse e ir a explicar cómo había ocurrido realmente el incidente. Al abrir la puerta, miró a los tres a través de sus lentes planos y redondos.

Del lado derecho de la mesa estaba sentada la delgada Valya, haciendo sus listas y sumas, poniendo las papeletas en cajas de distintos colores.

Junto a la ventana, cubierta por una persiana de papel azul, había un sencillo banco de madera en el que estaba sentada tía Frosia. Era una mujer ya no joven, tenía un aire áspero y esa estructura fornida y masculina, usual en las mujeres rusas acostumbradas a trabajos duros dentro o fuera de la

¹ Durante la ofensiva nazi de 1941, varios cientos de miles de soldados rusos quedaron aislados de sus batallones; muchos se rindieron. Otros lograron escapar. La palabra «rezagado» se usó para referirse a tales personas, tanto civiles como militares. (*N. del t.*)

casa. La chaqueta gris verdoso que llevaba cuando estaba de servicio colgaba empapada y sin forma de la pared. Estaba sentada, con las botas puestas, envuelta en un abrigo raído y negro de civil, y trataba de ajustar el cristal inferior que le había quitado a su linterna manual de cuatro caras.

A la entrada había colocado un cartel de color rosado (cubrían todo Krechetovka) que decía «Cuidado con el tifus». Aquellos papeles de color rosado eran como una enfermedad, como una lepra, en los retorcidos esqueletos de hierro de los trenes bombardeados.

El anciano se sentaba en cuclillas en el suelo, no lejos de la puerta para no dejar marcadas sus huellas, un poco a la derecha de la estufa, y recostado sobre la pared. Junto a él estaba su viejo saco de cuero con pesados instrumentos. Llevaba unos guantes sucios de grasa. No se había preocupado por sacudirse un poco el agua, y tanto las botas como su gabán dejaban charcos de agua en el suelo a su alrededor. Una linterna apagada, del mismo tipo que el de la tía Frosia, yacía entre sus piernas, a la altura de las rodillas. Bajo el gabán impermeabilizado, el anciano llevaba una túnica pesada, larga, negra y remendada que se ataba a la cintura con un cinturón gris sucio. Llevaba un capuchón desatado, caído hacia la espalda. En la cabeza, cubierta aún por un pelo rizado, llevaba una gorra de ferrocarrilero ajustada y muy vieja, con una visera. La visera le protegía los ojos de la luz, pero la punta de su nariz roja podía verse, así como sus labios abultados, con los que en ese momento humedecía un cigarrillo que había enrollado con papel de periódico. Comenzó a fumar. Su barba enredada estaba mezclada con pelos grises, pero daba la impresión de ser aún muy negra.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Valya, golpeando con su lápiz—. Por supuesto era su deber... era el vigilante.

—Sí, tienes razón —asintió el anciano, dejando que la ceniza roja del cigarrillo cayera en la linterna y el suelo—. Tienes razón. Todo el mundo quiere comer...

—¿Por qué dice usted eso? —respondió la muchacha—. ¿Quién es... todo el mundo?

—Usted y yo podíamos estar incluidos —suspiró Kordubailo.

—¡Oh, es usted un viejo incoherente! ¿Por qué debían tener hambre esos rezagados? Habían obtenido sus raciones del Estado. ¿Cree usted que iban a viajar sin raciones de alimento?

—Bueno, así es, tiene usted razón —convino el anciano, y otras cenizas cayeron del cigarrillo, esta vez sobre su rodilla y su túnica.

—¡Cuidado!... ¡Vas a arder vivo, Gavrila Nikitich! —le previno tía Frosia.

El anciano observó con calma, sin hacer ningún movimiento, hasta que la ceniza roja se convirtió en gris en sus oscuros, mojados y raídos pantalones, y cuando desapareció, levantó la cabeza gris y enmarañada bajo la gorra con visera.

—¿Han comido alguna vez harina cruda mezclada con agua?

—¿Cómo cruda? —preguntó sorprendida tía Frosia—. Hay que preparar la masa y luego hornearla.

El anciano frunció sus pálidos y gruesos labios y no respondió de inmediato. Cuando al fin lo hizo las palabras salieron de golpe pero parecían fluir lentamente como un oleaje suave:

—Es evidente, queridas mías, que nunca han sabido lo que es el hambre.

El teniente Zotov entró en el cuarto e interrumpió la conversación:

—Escucha, anciano, ¿sabes lo que significa un juramento? Podrás imaginártelo, supongo —Zotov acentuó pesadamente las vocales.

El anciano miró con dureza al joven teniente. Kordubailo no era un hombre corpulento, pero sus botas eran grandes y pesadas, llenas de agua y, en ciertos lugares, cubiertas de fango.

—¿Qué más? —refunfuñó—. Yo he hecho cinco veces un juramento.

—¿A nombre de quién juraste? ¿Del zar Nicolás?

El anciano movió la cabeza.

—Todavía antes que eso...

—Bueno, ¿de Alejandro III, entonces?

El anciano hizo un triste chasquido con los labios, continuó fumando y dijo:

—¡Eso es! ¡Y ahora juran en nombre del «pueblo»! ¿Hay alguna diferencia?

Las cenizas del cigarrillo volvieron a caerle en las rodillas.

Valya lo interrumpió con enfado, sacudiendo los rizos que le caían sobre la cara.

—¿De quién es esa harina? ¿Acaso no pertenece al pueblo? ¿Para quién estaban transportando esa harina? ¿Para los alemanes?

—Muy bien, tiene usted razón —el anciano no discutió—. Pero los rezagados, esos jóvenes que asaltaron el furgón no eran alemanes; eran gente nuestra.

Terminó de fumar el cigarrillo hecho con periódico, luego lo apagó en la punta de su linterna.

Zotov estaba indignado:

—Este anciano se equivoca. ¿Saben ustedes lo que es una orden oficial? Si todo el mundo tomara lo que quiere, si yo tomara, tú tomaras... ¿Podríamos ganar acaso la guerra de esa manera?

—¿Por qué tenían que vaciar esos sacos de harina? —interrumpió Valya con vivacidad—. ¿Qué ayuda es ésta? ¿Es ésta nuestra gente?

—Tal vez porque estaban hambrientos —replicó Kordubailo, sonándose la nariz con la mano.

La tía Frosia estaba perturbada:

—¿Pero por qué pelear? ¿Porque tiraron un poco de harina en los andenes? ¿Cuántos sacos habrán podido vaciar? ¿Cuánto desperdiciaron, camarada teniente? ¿Cuántos niños hubieran podido ser alimentados con ella?

—Cierto... cierto —dijo el anciano—. Y además con esta lluvia la que quedó en los carros abiertos se habrá echado a perder.

«¿Qué puede uno decirle?», pensó Zotov y comenzó a sentirse más y más a disgusto consigo mismo por verse envuelto en esta inútil y vacua discusión. Al fin dijo en voz alta:

—¡No hagan mucho ruido aquí! No puedo concentrarme en el trabajo.

La tía Frosia terminó de limpiar el cristal y lo volvió a cerrar a presión en la linterna. Se levantó y tomó su chaqueta alquitranada.

—Bueno, Valya, afilame un lápiz que voy a ir a copiar los números a partir del 765.

Zotov se dirigió a su oficina.

La historia de ayer hubiera podido tener un final peor. Cuando los rezagados vieron que uno de los suyos caía muerto, dejaron los sacos de harina, y con un rugido profundo se arrojaron sobre el vigilante. Le arrancaron el rifle; parece que él lo entregó sin oponer mayor resistencia, y comenzaron a golpearlo; lo hubieran literalmente despedazado si en ese momento no hubiera llegado el cabo de guardia. Vio la situación, arrestó al vigilante, y lo sacó de allí.

Cuando los trenes conducen rezagados, cada comandancia trata de deshacerse de ellos con la mayor rapidez posible. La noche anterior había llegado otro convoy, el 245413, de Paveliz a Archeda. Zotov lo recibió y lo expidió inmediatamente. El convoy permaneció en Krechetovka apenas unos veinte minutos. Los rezagados dormían, así que no salieron de los furgones. Cuando están en grupos numerosos se vuelven audaces y peligrosos. No forman parte del ejército; no tienen armas; pero se consideran parte del ejército de ayer. Son los mismos muchachos que en julio estuvieron cerca de Bobruisk, en agosto en Kiev, y en Orel en septiembre.

Zotov les tenía cierto temor... Ese fue probablemente el sentimiento que hizo que el joven vigilante les entregara el rifle sin disparar una vez más. Zotov se sentía avergonzado de su situación en un puesto administrativo. Sentía envidia de los rezagados y estaba hasta dispuesto a asumir alguna de sus faltas, sólo con saber que tras él quedaba el combate, los disparos, el cruce de líneas.

Todos los amigos y compañeros de escuela de Zotov se hallaban en el frente.

Y él se hallaba sumido... ¡allí!

Era una razón más para trabajar con tesón. Trabajar duro, no sólo mantener las cosas al día en las gavetas, sino también darse tiempo para hacer otras cosas. Debía trabajar hasta el máximo de su capacidad y sus fuerzas durante esos días, porque ese otoño se celebraba el vigésimo cuarto aniversario de la Revolución. Ese era en otros tiempos su día favorito, un día feliz independientemente del clima, pero ahora sólo pensar en la fecha le incendiaba las entrañas.

Además de sus obligaciones diarias, un incidente especial había pesado gravemente sobre Zotov en la última semana. El acontecimiento tuvo lugar durante su turno. Había habido un bombardeo aéreo en la estación, y los alemanes habían destruido un tren con un cargamento del ejército y algunos furgones también de alimentos. Si lo hubiesen destruido completamente el incidente hubiera terminado allí. Pero, por fortuna, buena parte del cargamento se había salvado. Así que se le

exigió a Zotov la preparación de un informe completo por cuadruplicado de todo aquello que no había sido destruido: qué parte del cargamento estaba inutilizada y cuál era aprovechable. Las unidades debían clasificarse de acuerdo con su utilidad y, en caso de destrucción, ser reemplazadas por nuevos productos. Por ejemplo, mercancías destruidas de un cuarenta a un ochenta por cien requerían una decisión especial sobre su disponibilidad. Los productos que estuvieran dañados de un diez a un cuarenta por cien podrían ser enviados a su lugar de destino. Finalmente, estaban los productos totalmente echados a perder. Para complicar el asunto, no todas las mercancías podían almacenarse a la vez en los locales de la estación. Debido a que muchas personas que no eran empleados deambulaban por allí libremente, era fácil sospechar que se llevarían lo que pudieran. Además, con el fin de determinar el porcentaje de utilización satisfactoriamente, era necesario llamar a expertos. Estos llegaron de Voronezh y, como no pudieron conseguir ayudantes, perdieron mucho tiempo inspeccionando las cajas en los almacenes.

Hasta un idiota es capaz de arrojar bombas, ¡pero trate usted de volver a poner en orden las cosas!

No obstante Zotov era muy ordenado y escrupuloso en todo lo que hacía, y por esa razón hizo grandes progresos en sus listas. Trabajaría tesoneramente en ellas y en una semana terminaría el trabajo.

Además de todo eso tenía que atender sus labores diarias. Pero Zotov se veía también en perspectiva al hacer tales trabajos. Ahí estaba él, un hombre bien educado con una mente organizada y sistemática que hacía un trabajo administrativo y obtenía una buena experiencia. Ahora podía ver con claridad todos los errores habidos con las órdenes de movilización cuando los sorprendió la guerra, y las deficiencias en la organización del aprovisionamiento del ejército. Pero también podía ver muchas mejoras evidentes que podían realizarse en el trabajo administrativo. ¿No era su labor observar, anotar, corregir, luego enviar sus informes al Comisariado de Defensa Popular? Aunque sus esfuerzos no fueron utilizados en esta guerra podrían tomarse en consideración en la siguiente.

Así, para cualquier clase de trabajo sólo había que encontrar el tiempo y la energía (aunque si se le decía eso al capitán de la comandancia del enclave ferroviario –hombre de corta visión– no haría sino reírse).

¡Tenía que hacer las órdenes de ruta tan rápidamente como pudiera! Zotov se frotó los dedos cortos, y regordetes, tomó un rotulador y, de acuerdo con la clave, transcribió en varias otras listas los números del cargamento y sus respectivos furgones. A veces los números eran pequeños, otras llevaban varias cifras. Escribió con letra clara y redonda, ya que no podían cometerse errores en ese trabajo. Debía ser tan preciso como un fusil apuntado a un blanco.

Se dedicó por completo a su trabajo, con el ceño ligeramente fruncido y el labio inferior protuberante.

Alguien tocó suavemente la puerta, y entró Podshebyakina.

–¿Puedo entrar, Vasili Vasilich?

Entró sin esperar una respuesta, llevando una lista en las manos.

Estaba entendido que por regla general ella no debía entrar allí. Era siempre posible resolver un problema desde el umbral de la puerta y desde su despacho. Pero nunca habían tenido ninguna dificultad en el trabajo, y era sencillamente demasiado educado como para prohibirle el ingreso. Por consiguiente, guardó la clave y, de una manera que pareciera accidental, cubrió la columna de números que estaba escribiendo con una hoja limpia de papel.

–Vasili Vasilich, tengo un problema aquí, mire...

No había otra silla junto a él, de modo que la muchacha se inclinó sobre el borde del escritorio, mostrándole a Zotov una lista, con su desigual columna de números.

–En el convoy 446 tengo anotado el furgón número 57831. ¿A dónde se supone que va?

–Ahora se lo diré –abrió un cajón de su escritorio, y decidió cuál de las tres carpetas debía sacar, la abrió (pero de modo que ella no pudiera ver nada) y encontró lo que quería–. El 57831 va en dirección a Pachelma.

–¡Aja! –dijo Valya. Escribió *Pach*, pero no hizo ningún ademán de salir.

Con el lápiz en los labios continuó mirando su lista, que yacía todavía en el escritorio.

–No escribió usted bien el nombre del poblado –la reconvino Zotov–. Lo va usted a leer equivocadamente cuando se lo pidan y el furgón va a ir a dar a otro lugar.

–Realmente –respondió tranquilamente Valya–, déjelo así, Vasili Vasilich. No se enfade conmigo –lo miró a través de un rizo rubio, pero corrigió el nombre–. Tengo además otra cosa que preguntarle... –continuó, y nuevamente se llevó el lápiz a los labios. Sus espesos rizos le caían sobre la frente y le cubrían los ojos, pero ella no los apartó. ¡Estaban tan limpios, se veían tan suaves! Zotov pudo imaginarse lo agradable que sería acariciarlos–. Bueno... es algo sobre el carro plataforma 105110.

–¿Es un carro pequeño?

–No muy grande.

–Lo dudo.

–¿Por qué?

–Falta aquí un dígito.

–¿Qué voy a hacer ahora? –ella se apartó el pelo de la cara. Sus cejas eran casi tan rubias como su cabellera.

–Búsquelo, ¿qué otra cosa puede hacer? Debe usted poner mayor atención, Valya. ¿Venía en el mismo convoy?

–Sí.

Mirando nuevamente en su carpeta, Zotov comenzó a buscar el número.

Valya observaba al teniente, contemplaba sus cómicas orejas que se despegaban de la cabeza, su nariz que era igual a una papa. Podía ver claramente sus ojos a través de las gafas; eran de un azul pálido, con chispazos grises. En el trabajo era rígido y estricto, pero no era una mala persona el tal Vasili Vasilich. Lo que a ella le gustaba sobre todo era que fuese tranquilo y bien educado.

–¡Eh! –Zotov comenzaba a indignarse–. ¡Yo a usted le daría una azotaina! No es uno cero cinco sino doble cero cinco, ¡cabeza de alcorcho!

–¡Dos ceros! –ella escribió el cero faltante muy sorprendida.

–Hizo usted diez años de escuela; ¿no le da vergüenza?

–Oh, por favor, Vasili Vasilich, ¿qué tienen que ver con esto mis diez años de escuela? ¿Y dónde se supone que va?

–A Kirsanov.

–Muy bien –Valya tomó nota.

Pero ni siquiera entonces salió. Permaneció en la misma posición, no lejos de donde se encontraba él; parecía perdida en sus pensamientos, y con un dedo comenzó a jugar con un trocito de madera sobre el escritorio.

Los ojos del joven involuntariamente se fijaron en los senos de la muchacha ahora claramente perceptibles, por lo general ocultos bajo la pesada chaqueta de empleada ferroviaria.

–Pronto terminará la jornada de trabajo –Valya frunció los labios que eran jóvenes, frescos, de color rosado.

–¡Hasta que no termine tengo muchísimo que hacer! –refunfuñó Zotov mientras apartaba la vista del cuerpo de la muchacha.

–Va usted a regresar a casa de la vieja, ¿no es así?

–¿Qué otra cosa puedo hacer?

–¿Nunca hace usted alguna visita?

–¡Como si tuviera tiempo para visitas!

–¿Cómo puede sentirse bien en casa de la vieja? Ni siquiera tiene usted una buena cama. Duerme usted en un cofre.

–¿Cómo lo sabe?

–Todo el mundo lo sabe y lo comenta.

–No es éste el tiempo para dormir en un lugar blando, Valya. Especialmente para mí. ¡Me siento avergonzado de no estar en el frente!

—¿Por qué? ¿No está usted acaso trabajando muy duro? ¿De qué tiene que avergonzarse? No se preocupe, llegará el tiempo en que también irá a las trincheras, si es que aún para entonces está vivo. Pero mientras llega ese día debería, debemos, vivir como seres humanos.

Zotov se quitó la gorra que le había irritado la frente (era demasiado pequeña para él pero no pudo encontrar otra en el depósito de mercancías).

Valya se contorneaba perezosamente con el lápiz en la comisura de la boca.

—¿Por qué dejó usted la casa de Avdaeva? Estaba usted mucho mejor allí.

Zotov bajó los párpados y se ruborizó profundamente.

—La dejé... eso es todo. (¿Sería posible que también todo el mundo conociera sus dificultades en casa de la señora Avdaeva?)

Valya continuó balanceándose.

Ambos permanecían en silencio.

Valya examinaba su cabeza redonda. Sin los lentes la cabeza tenía un aspecto infantil con sus mechones de cabello fino y rubio que parecían formar signos de interrogación.

—Ni siquiera va usted al cine. Posiblemente tiene muchos libros interesantes. Tal vez me pueda prestar alguno.

Zotov volvió a sentir una rigidez en los músculos. El color no abandonaba su rostro.

—¿Cómo sabe usted lo de los libros?

—Me lo imaginé.

—No traje conmigo ningún libro. Los dejé en mi casa.

—Lo que pasa es que no quiere prestármelos.

—No. Le he dicho que no los tengo conmigo. ¿Dónde los metería? Un soldado debe llevar sólo su mochila... nada más le está permitido.

—Entonces, pídanos alguno para leer.

—¿Tiene usted muchos?

—Sí, una estantería llena.

—¿Qué tipo de libros?

—*Los altos hornos*, *El príncipe de plata* y otros más.

—¿Los ha leído todos?

—Unos cuantos —de pronto levantó la cabeza, lo miró directamente a los ojos, suspiró y exclamó—: ¡Vasili Vasilich! ¡Venga a vivir con nosotras! El cuarto de Vovka está vacío, podría ser el suyo. Tiene una estufa cerca que lo mantiene caliente. Mamá cocinará para usted. ¿Por qué sigue usted viviendo en casa de la vieja?

Se miraron a la cara, cada uno tratando de reprimir los propios pensamientos.

Valya vio que el teniente dudaba, que pronto accedería. ¿Y por qué no había de acceder ese hombre extraño? Todos los otros soldados decían siempre que no estaban casados. Él era el único en admitirlo. Todos los soldados estaban instalados entre las buenas familias de la aldea, con cuartos calientes y buena atención. Valya quería que viviera un hombre en su casa desde que su padre y su hermano habían marchado al frente. Cuando terminaran el trabajo en la noche, podrían volver juntos a casa en medio de la oscuridad y los caminos fangosos (¡sería necesario asirle la mano!), y entonces podrían sentarse felices a cenar, y bromear, y conversar sobre esto y aquello...

Pero Vasya Zotov estaba casi asustado de mirar a esa joven que lo invitaba abiertamente a vivir en su casa. Era tres años apenas más joven que él y cuando se dirigía a él con su patronímico, y decía «Señor», no era debido a la diferencia de edad, sino al respeto por su rango de teniente. Sabía que aquello no terminaría sólo con una cena sabrosa preparada con sus raciones y con el calor de la estufa. Comenzaba a excitarse. Pronto desearía tenerla entre los brazos y acariciar su abundante cabellera rubia y rizada.

Pero... eso era imposible.

Aunque en verdad no le molestara, se ajustó el cuello con el cuadrado rojo sobre un fondo verde, y se ajustó los lentes.

—No, Valya, no me mudaré por ahora. Mire, el trabajo nos está esperando. ¿Qué hacemos aquí sentados, conversando?

Se volvió a poner la gorra en la cabeza, mientras la expresión de su cara abierta, chata, se hizo aún más acerada.

La muchacha lo miró severamente y aceptó:

–Muy bien, de acuerdo, Vasili Vasilich.

Suspiró. Con gran dificultad abandonó su posición, dejó de inclinarse sobre el escritorio, se irguió, tomó las listas en la mano y volvió a salir.

Él parpadeó, confuso y perplejo. Tal vez si ella regresara y le volviera a hacer la misma petición, con firmeza, aceptaría.

Pero ella no volvió a entrar.

Zotov no podía explicarle a nadie por qué vivía en aquella cabaña escasamente calentada y sucia con la anciana y sus tres nietos, y por qué dormía en un pequeño, duro e incómodo arcón. La cruel multitud de las barracas donde vivió en 1941 se había reído en las pocas ocasiones en que dijo que amaba a su mujer y que le seguiría siendo fiel durante toda la guerra, y que también él tenía entera confianza en ella. Sus amigos realistas se reían bárbaramente, le daban palmaditas en el hombro, y le aconsejaban que no desperdiciara una buena oportunidad cuando se presentara. Desde entonces, no había vuelto a hablar con nadie de esos asuntos, pero se sentía muy solitario, especialmente cuando despertaba a mitad de la noche y pensaba en su mujer, y en como se le presentarían allá las cosas, lejos, lejos, mientras esperaba a su hijo, bajo la ocupación alemana.

Pero no fue por su mujer por la que rechazó a Valya; fue debido a Paulina.

No sólo debido a Paulina, sino también... realmente no sabía explicar el porqué.

Paulina era una mujer morena de pelo corto de Kiev, con una cara severa y ascética; era la mujer que vivía con la tía Frosia y trabajaba en la oficina de correos. Cada vez que tenía tiempo, Vasili se dirigía a la oficina de correos para leer los últimos periódicos (los paquetes llegaban con varios días de retraso). Con frecuencia leía las noticias en todos los periódicos, no sólo en uno o dos. Por supuesto que la oficina de correos no era una biblioteca y nadie estaba obligado a permitirle que entrara a leer, pero Paulina comprendía cómo se sentía y siempre le llevaba los periódicos a un extremo del mostrador donde él los leía de pie en medio del frío. Igual que para Zotov, también para Paulina la vida no era el insensato balanceo de un timón en constante oscilación; por el contrario tocaba el centro vital de su vida presente y futura. A fin de adivinar qué podía depararle el futuro, Paulina desplegaba ansiosamente el periódico con manos temblorosas y buscaba los cabos de información que le permitían enterarse del progreso de la guerra. A menudo leían juntos y se mostraban las columnas más importantes de los periódicos. Para ambos esos periódicos reemplazaban las cartas que no recibían. Paulina reía cuidadosamente todos los reportajes militares, tratando de saber si su marido estaba implicado en ellos. Por consejo de Zotov leía hasta los artículos sobre armamento y tácticas de tanques en *Estrella Roja* (el periódico del ejército), frunciendo su tersa frente sobre ellos. Vasili le leía en voz alta, con exaltación, los artículos de Ilya Ehrenburg. A veces le preguntaba a Paulina si podía recortar algunos artículos de periódicos que no eran entregados.

Se enamoró de Paulina, de su hijo, de su madre, en un modo en que la gente que nunca ha conocido el infortunio no podría entender. Siempre llevaba un poco de azúcar de sus propias raciones para su hijo pequeño. Durante todo el tiempo que leían juntos los periódicos, nunca se atrevió a tocar sus pálidas manos, no debido al marido, ni a su esposa, sino por el sagrado dolor que los unía.

Paulina era la persona más cercana a él en Krechetovka... No, ¡era la más cercana a él en todo este lado del frente! Representaba los ojos de su conciencia y su verdad. ¿Cómo podía irse a vivir con Valya? ¿Qué hubiera pensado Paulina?

Aun sin Paulina, no habría encontrado ningún consuelo en cualquier mujer casual ya que todo lo que amaba estaba en peligro de perderse.

Tampoco era fácil admitir ante Valya ni ante los tenientes del archivo que había noches en que se pasaba leyendo un libro especial, el único que había tomado de una biblioteca durante sus incesantes viajes ese año, y que llevaba siempre en su mochila de soldado.

El libro era el gordo primer volumen, empastado en tela azul, de *El Capital* de Karl Marx, impreso en el papel corriente de los treintas, que se había vuelto oscuro con los años.

Durante sus cinco años de estudiante, había soñado con poder leer ese libro, que deseaba más que ningún otro. Más de una vez lo había sacado de la biblioteca del instituto y había tratado de hacer una sinopsis. Guardó el libro durante un semestre, durante un año, pero nunca tuvo tiempo. Siempre había reuniones políticas a las que asistir, compromisos sociales, y exámenes. Sin haber terminado una sola página de su sumario devolvió el libro, en la época de los exámenes de junio. Aun cuando estudió economía política, la mejor ocasión para leer *El Capital*, el maestro le dijo que se perdería en él y le aconsejó en cambio que usara un libro de texto y que tomara apuntes durante las clases. En verdad no le quedaba tiempo para nada más.

Ahora en el otoño de 1941, en medio de una gran ansiedad, Zotov pudo encontrar tiempo aquí, en aquel agujero, para leer *El Capital*. Lo hizo en las horas de asueto, en el tiempo que le dejaban libre sus obligaciones educativas y las tareas del Comité de Distrito del Partido. En su cuarto, en la casa de Avdaeva, en la sala que estaba llena de pequeños pinos y áloes, se sentaba ante una pequeña mesa. Leía a la luz de una lámpara de keroseno (la pequeña planta de diesel no lograba proveer de luz eléctrica a todas las casas del campamento), acariciando las rugosas páginas con los dedos. Leyó el volumen una primera vez para su comprensión general, la segunda para marcar y subrayar algunos párrafos y la tercera para hacer un rápido sumario, tratando finalmente de memorizar esa síntesis. Como peores eran las noticias del frente, más se enterraba en aquel gordo volumen azul. Vasili pensaba que si podía asimilar todo lo que contenía ese libro y memorizarlo de una manera ordenada, resultaría invencible, invulnerable, y no sería derrotado en ninguna discusión ideológica.

Pero tenía pocas horas y pocas noches para lograr ese propósito; no pudo anotar sino unas cuantas páginas debido a las intromisiones de Antonia Ivanova.

También ella vivía en la misma casa. Procedía de Lysok y había fijado su residencia en Krechetovka. Pronto se convirtió en la administradora de un comedor. Era muy emprendedora; era una mujer tan fuerte y jovial que no permitía muchos escándalos en su comedor. Como después descubrió Zotov, a cambio de un rublo ella llenaba hasta los topes un cuenco de barro con un agua caliente, gris, sin grasa, en la que nadaban unos cuantos fideos. Si se depositaba otro rublo aquellos que no querían beber directamente del cuenco podían usar una resquebrajada cuchara de madera. Por lo que a ella se refiere, Antonia Ivanova le pedía a Avdaeva que le preparara el samovar, y luego llevaba pan y mantequilla fresca a la mesa de su patrona. No debía tener más de veinticinco años, pero tenía la apariencia de una mujer madura con el pelo rubio estirado hacia atrás. Siempre saludaba con efusividad y cordialidad al teniente; él le respondía distraídamente, y durante largo tiempo pensó que ella era un familiar cercano de la dueña de la casa. Inclinado sobre su volumen no la oía volver del trabajo, y no advertía que ella entraba a la sala que tenía acceso a su propio dormitorio, de allí se dirigía al cuarto de Avdaeva y luego volvía al suyo.

Un día se le acercó repentinamente y le preguntó:

—¿Qué es lo que lee usted siempre, camarada teniente?

Él cubrió el volumen con su cuaderno y le respondió algo de mala gana.

En otra ocasión ella le preguntó:

—¿Qué cree usted: no será peligroso que deje mi puerta sin cerrojo durante las noches?

Zotov le respondió:

—¿De qué puede usted tener miedo? Aquí estoy yo... con mi pistola.

Nuevamente, unos cuantos días después, sentado con su libro, advirtió que el incesante caminar de un lado a otro había cesado como si ella hubiese abandonado la casa. De pronto miró y se quedó estupefacto. Estaba precisamente allí, en su cuarto, tendida en el diván; el pelo caía sobre la almohada y sobre sus blancos hombros desnudos. La contempló y durante un rato no supo qué hacer.

—Me imagino que no le molesto si estoy aquí, ¿verdad? —preguntó ella emitiendo una risita.

Vasili se levantó; su paciencia había terminado. Caminó rápidamente hacia ella, pero se detuvo ante la contemplación de aquella cara regordeta y rapaz. Sintió náuseas.

No pudo hablar. Su garganta se cerró con asco. Se dio la vuelta, cerró el volumen de *El Capital*, encontró el tiempo y la fuerza necesarios para ponerlo en su mochila militar, y se apresuró a descolgar de un clavo de la pared su chaqueta y su gorra. En el camino recogió su cinto de donde pendía la pistola, la tomó en la mano, cerró la puerta con violencia sin dirigir una mirada hacia atrás.

Se vio sumergido en una oscuridad profunda. No se podía ver el menor reflejo de luz, ni de las ventanas cubiertas con papel oscuro ni del cielo espesamente encapotado; y el frío y húmedo viento otoñal azotaba y penetraba como lo había hecho durante todo el día. Trastabillando entre charcos, agujeros y fango, Vasili pudo llegar a una entrada lateral de la estación, sin darse cuenta en un principio que llevaba en la mano el cinturón y la pistola. Estaba agitado con un resentimiento tan amargo que casi sollozó, como arrastrado por el oscuro cauce de sus emociones.

Después de eso, la vida se volvió casi imposible en la casa. Por supuesto, Antonia Ivanova no volvió a saludarlo, pero comenzó a invitar a su habitación a un perro de enorme vientre, un civil que llevaba botas y chaqueta del ejército como era lo usual entre los civiles en aquellos tiempos. Zotov trataba de estudiar, ponía en ello todo su esfuerzo. Ella deliberadamente no cerraba su puerta así que él no podía impedir tener que oír sus bromas, sus gritos y sus gemidos.

Por eso fue que se cambió a la casa de aquella vieja medio sorda, donde ahora vivía; ahí encontró sólo un pequeño y duro arcón donde dormir.

Las murmuraciones no tardaron en extenderse por toda Krechetovka. ¿También habrían llegado hasta Paulina? Sería bastante embarazoso.

Estos pensamientos lo habían logrado distraer de su trabajo. Tomó el rotulador y se obligó a sumirse en los asuntos de las rutas ferroviarias. Una vez establecidas las nuevas rutas, transcribió los números de los transportes y los lugares de destino a sus listas en duplicado con letra firme y clara. Debía haber terminado el trabajo, pero había algunos problemas sobre cómo dividir un transporte que venía en numerosos furgones desde Kamishin. Sólo el comandante podía decidir la cuestión de cómo se podían repartir esos furgones. Zotov tomó el teléfono, marcó un número y aguardó. Volvió a marcar una y otra vez con impaciencia. El capitán no respondía. Evidentemente no estaba en la oficina. Tal vez se había ido a casa después de cenar. Pero ya debería haber regresado para oír los informes antes de que llegara el oficial del siguiente turno.

Del otro lado de la puerta, Podshebyakina hablaba por teléfono con el jefe de estación. La tía Frosia había regresado y vuelto a salir.

Entonces oyó las pesadas pisadas de cuatro botas. Se detuvieron en la puerta, alguien la abrió y una voz clara y fuerte preguntó:

—¿Podemos entrar?

Sin esperar una respuesta, entraron. El primero era un joven espigado con un rostro fino y sonrosado y cuerpo musculoso; se detuvo en el centro de la habitación, saludó, hizo sonar sus tacones, e informó:

—Soy comandante del convoy de transportes 95505, sargento Gaidukov. Treinta y ocho vagones, todos en perfecto estado, listos para salir.

Estaba vestido con una nueva gorra de invierno, y una larga chaqueta de tipo comando, cortada a su medida. Alrededor de su cintura llevaba un ancho cinturón de cuero con una hebilla en forma de estrella. Sus botas estaban secas y brillantes.

Junto a él, otro hombre, más corpulento, con una cara morena y ennegrecida, avanzó ligeramente, quedándose cerca de la puerta. Con algo de disgusto se llevó los cinco dedos a su gorra de campo, confeccionada según el modelo del casco del mariscal Budenny, con orejeras de piel y sin botones. Sin saludar militarmente, dijo:

—Soy dirigente del convoy de transporte 71628, sargento Digen. Cuatro furgones de dieciséis toneladas.

Su abrigo militar estaba atado con un delgado cinto de cuerda. Una de las mangas estaba desgarrada, como si una máquina la hubiera triturado; sus botas de cuero, arrugadas como un acordeón, estaban gastadas y rotas. El rostro del sargento Digen tenía cejas y pómulos semejantes a las de Chkalov (un héroe de la aviación rusa). Sin embargo, no era la cara del joven y valiente

Chkalov muerto recientemente, sino la que hubiera tenido en el caso de haber llegado a ser un anciano vencido por la fatiga.

–Bueno, estoy muy contento, muy contento –dijo Zotov, poniéndose de pie.

Ni por su rango, ni por la naturaleza de su trabajo, estaba obligado a levantarse y a saludar a cada sargento que entrara. Pero se sentía sinceramente feliz al ver a cada uno de ellos, y siempre trataba de hacer todo lo que pudiera para facilitarles el trabajo. No tenían ningún subordinado asignado directamente a sus órdenes, y esos hombres, ya fuera que permaneciesen allí cinco minutos o dos días, eran los únicos ante quienes Zotov podía mostrar su preocupación de comandante.

–Ya sabía, ya sabía que sus cargamentos acaban de llegar –dijo mientras iba al escritorio y miraba los papeles–. Aquí están, 95505 y 71628 –dirigió una mirada cordial a los sargentos.

Sus gorras y chaquetas estaban ligeramente mojadas, con unas cuantas gotas de lluvia brillando aquí y allá sobre la lana.

–¡Cómo! ¡Están casi secos! ¿Ha dejado de llover?

–Sólo intermitentemente –Gaidukov sacudió la cabeza, sonriendo, parado no en una actitud marcial sino más bien de descanso–. Pero el viento del Norte sopla cada vez más fuerte.

Tendría sólo unos diecinueve años pero sus rasgos tenían la madurez y la confianza derivadas de haber servido en las líneas del frente, igual que el color bronceado revela el sol (era este aire de madurez de frente de batalla el que le hacía desear a Zotov abandonar su escritorio).

Zotov tenía pocos asistentes en la estación. En la mayoría de los casos, no valía la pena confiarles la atención de un cargamento, porque podían ir a los furgones y él no podría saber qué cosas extraerían de ellos. ¡En cambio hombres como éstos! Le impresionaron, uno por su cara radiante, el otro por su aire lúgubre.

Gaidukov quería saber si el comandante, a quien no trató como una rata de las secciones de retaguardia, quería ir a examinar su convoy y la carga de inmediato. No es que tuviera miedo de nada referente al cargamento. No solamente tenía buen cuidado de él, sino que lo amaba. Consistía en varios cientos de hermosos caballos, y en el cuartel central había provisto al convoy con bastante heno y avena, sabiendo que era difícil que encontraran forraje a lo largo de la ruta. Gaidukov se había criado en una granja y estaba familiarizado con los caballos desde la niñez. Caminó entre ellos como si se tratara de viejos amigos. Era más un placer que una obligación para él hacerse cargo de ellos, y siempre ayudaba a sus soldados a darles de beber, alimentarlos y cuidarlos. Podía abrir la puerta y subir por una escalera de alambre hasta el furgón, llevando una linterna de pilas en la mano. Los dieciséis caballos en el carro –marrones, rojos, negros, grises– podían volver sus largas, atentas, inteligentes caras hacia él y mirarlo con sus ojos grandes y tristes, moviendo las orejas agudas lentamente de atrás hacia adelante no sólo como si estuvieran pidiendo heno, sino como si le preguntaran adonde se dirigían en esa caja grande y ruidosa y por qué. Gaidukov se paseaba entre ellos, empujando sus cuerpos calientes cubiertos con un pelo sudoroso, les daba palmadas en los belfos blandos y les decía palabras afectuosas. Era más duro para los caballos ir hacia el frente que para los hombres. ¡Los caballos necesitaban el frente de batalla tanto como si necesitaran una quinta pierna!

Gaidukov temía que el joven comandante pudiera asomarse a su propio carro, pero evidentemente el teniente era un buen tipo y no le crearía problemas. Aunque los soldados del convoy eran todos jóvenes pertenecientes a tropas recién formadas, Gaidukov había estado ya en el frente principal de resistencia, y había sido herido en julio en el río Dnieper. Había pasado dos meses en un hospital, había trabajado allí en los almacenes y ahora regresaba al frente. Por consiguiente estaba del todo familiarizado con las reglas y regulaciones militares y sabía cómo debían cumplirse.

Con los caballos había sólo veinte jóvenes soldados que debían regresar a sus divisiones después de conducir los caballos a su destino. En unos cuantos días todos aquellos hombres en sus nuevos uniformes estarían empapados, metidos en las sucias trincheras del frente. Y ellos podrían considerarse afortunados si iban a parar a las trincheras en vez de estar apostados en las colinas, tratando de ocultar las cabezas y hombros del fuego de mortero de los alemanes que tratarían de tenerlos a raya. El último verano, los morteros pesados de los alemanes, habían molestado a

Gaidukov más que cualquier otra cosa. Pero ahora, durante estos pocos días, quería vivir cálida, amistosa, felizmente.

En su amplio carro dormitorio, dos estufas de hierro batido quemaban constantemente grandes trozos de excelente carbón que había obtenido de otros convoyes. Su tren viajaba rápidamente, sin problemas, pues hasta ahora no habían sido detenidos en ninguna parte. Se detenían una vez cada veinticuatro horas para alimentar los caballos y una vez cada tres días para hacer efectivos sus certificados de racionamiento.

Debido a que el convoy se movía rápidamente, la gente les pedía permiso para ir con ellos. Aunque las reglas eran estrictas y prohibían que los civiles viajaran con los guardias de un convoy, Gaidukov y sus ayudantes eran cordiales y bondadosos y no podían ver caminar a la gente, temblando de frío, al lado de los rieles. No podían transportar a todos quienes se lo pedían, pero no a todos les decían que no. A un individuo, una especie de inspector, se le permitió subir a cambio de un litro de vodka casero; otro, un anciano de pelo rojizo, subió a cambio de un poco de cidra. Otros eran tomados a cambio de una pieza de sebo, otros por lo que pudieran dar, y aun otros por nada. Especialmente recogían a las muchachas de las que nunca parecían fatigarse. Las ayudaban a trepar al furgón calentado. Aquellas mujeres y muchachas viajaban y viajaban sin saber por qué ni adonde. Precisamente ahora en aquel comfortable vagón, el anciano pelirrojo les contaba muchas historias de la primera guerra mundial y cómo por poco había ganado la Cruz de Georgia. Una de las jóvenes que era casi intocable, gemía como un búho y se mantenía muy cerca de la estufa. Las otras, que habían recibido ya bastante calor, se habían quitado los abrigos, chaquetas y hasta las blusas. Una de las muchachas, con la cara tan roja como su combinación, había accedido a lavar las camisas de un soldado y las tendía ahora con su ayudante. Decía que le golpearía con la ropa mojada si se acercaba demasiado. Dos muchachas más preparaban la comida para los soldados, dando a sus raciones militares cierto sabor casero. Otra estaba sentada cosiendo todo lo que encontrara por remendar. Cambiaban de posiciones, comían un poco, y seguían sentadas alrededor del fuego. Cantaban canciones en la áspera atmósfera del convoy mientras el tren viajaba a toda velocidad.

Más tarde, sin establecer ningún relevo regular sobre quiénes debían mantener la vigilancia y quiénes descansar (todos quedaban igualmente rendidos después de dar de beber a los caballos) se tumbaban a dormir en pequeñas literas hechas de mimbre y paja. Un grupo de jóvenes mujeres casadas había despedido apenas ayer a sus hombres que iban a la guerra. Pero las muchachas, que eran menos exigentes, yacían en la penumbra en los brazos de esos muchachos y entre las sombras que producía la linterna. ¡Cómo no sentir lástima por un joven soldado que viajaba con un destacamento de avanzadilla hacia las primeras líneas del frente de batalla! ¡Esos podían ser los últimos días de su vida!

Lo que Gaidukov deseaba sobre todas las cosas era que el comandante de la estación le permitiera ponerse en marcha lo más pronto posible. También quería recabar alguna información sobre el itinerario. ¿Dónde debía dejar los pasajeros? En cuanto a él, quería saber en qué sector del frente se estaba combatiendo ahora. ¿Pasaría por su aldea en el camino hacia el frente?

—Pero —dijo el joven teniente, mirando a los viajeros—, ustedes no han estado viajando juntos, ¿no es así? ¿No fueron sus convoyes enganchados en uno solo muy recientemente?

—Así es, apenas unas cuantas estaciones atrás.

Mirando rápidamente sus papeles, Zotov apretó los labios.

—¿Por qué lo han enviado acá? —le preguntó a Digen—. ¿No estaban ustedes en Ryazhsk?

—Así es —contestó ásperamente Digen.

—¿Por qué diablos lo han enviado a través de Ryazhsk? ¿No le sorprendió tanta estupidez?

—¿Podemos marcharnos ahora? —preguntó Gaidukov (por cierto había obtenido de Digen la dirección a la que se dirigían, pero deseaba tener una confirmación).

—Irán a Gryazi.

—¿Y después?

—Eso es un secreto militar —replicó Zotov, acentuando agradablemente las vocales. Volvió la cabeza y, mirando por encima de sus lentes, contempló al esbelto sargento.

–¿Por qué ha de serlo? Cruzaremos por el ramal de Kastorna, ¿no es así? –preguntó Gaidukov, tratando de obtener una respuesta e inclinándose ligeramente ante el teniente.

–Eso todavía no lo sabemos –Zotov quería parecer duro, pero sus labios casi sonreían y Gaidukov supo que viajarían por el ramal de Kastorna.

–¿Podremos salir esta misma tarde?

–Seguro. No tengo ninguna razón para detenerlos aquí.

–Yo... yo... no puedo salir –graznó Digen con un tono de voz nada amistoso.

–¿Por qué? ¿Qué le pasa? ¿Se siente enfermo?

–El convoy entero no podrá salir.

–¿Qué quiere decir con eso? ¿Por qué no puede salir?

–Porque nosotros... ¡nosotros no somos perros! –estalló Digen con los ojos resplandecientes de furia.

–¿Qué modo de hablar es ése? –replicó Zotov, adoptando de inmediato una postura marcial–. Mire, sargento, tenga más cuidado con lo que dice.

Furioso y hosco, Digen contempló al teniente. Luego con voz estrangulada, masculló:

–No podemos salir porque... durante once días... hemos estado padeciendo hambre.

–¡Qué! –el teniente movió la cabeza con tanta vehemencia que los lentes se le desajustaron en una oreja. Tosió y se los volvió a colocar correctamente–. ¿Cómo puede ser eso?

–Ahí ha sido... eso es todo.

–¿No tienen certificados de racionamiento?

–Uno no puede comer papel.

–¿Entonces, cómo es que aún están vivos? ¿Cómo es posible?

–Sencillamente así es.

–¿Cómo pueden aún estar vivos? –esa pregunta vacía e infantil realmente enfureció a Digen.

¡Pensar que durante un rato había pensado que lograría obtener alguna ayuda de él en la estación de Krechetovka! «¿Cómo pueden aún estar vivos!» El no estaba solo. El hambre y la amargura habían trabado sus mandíbulas, y ahora, semejante a un lobo, contemplaba ferozmente al pálido auxiliar del Comando Militar en este claro y caldeado cuarto. Siete días atrás habían conseguido unas remolachas en una de las estaciones. Habían recogido dos sacos en un montón de basura. Durante toda la semana habían hervido remolachas en unas palanganas... las habían hervido y se las habían comido. Ya habían comenzado a vomitar... sus estómagos no las toleraban más.

Anteanoche, cuando su convoy estaba en Alexandro-Nevsk, Digen miró a sus macilentos soldados durante un rato –todos eran mayores que él; él mismo ya no era joven– y tomó una decisión y la llevó a cabo. El viento soplabá con violencia abajo de los carros y silbaba por entre las hendeduras. De cualquier modo, tenía que apaciguar sus entrañas, aunque fuese por un tiempo. Desapareció en la oscuridad. Cuando volvió, después de hora y media, dejó caer tres grandes hogazas de pan sobre un banco de dormir. Un soldado, sentado cerca de ahí, se quedó estupefacto.

–Mirad, uno de los panes es blanco.

–¿Realmente? –Digen miró indiferentemente las hogazas–. No lo había advertido.

Pero no le podía decir nada de eso al comandante ahora.

«¿Cómo pueden aún estar vivos!» Durante diez días los cuatro habían viajado a través de su país natal como si estuvieran atravesando un desierto. Llevaban un cargamento de veinte mil palas de mango largo empacadas con aceite industrial. Se suponía que debían llevarlas (Digen conocía su destino) de Gorki a Tiflis. Pero evidentemente todos los otros cargamentos eran más urgentes que sus malditas palas empacadas en grasa congelada.

Al comienzo de la tercera semana no habían logrado llegar siquiera a la mitad del camino. En la última estación un comandante había ordenado desenganchar cuatro de sus carros y dejarlos en espera de otra oportunidad. Con sus certificados de racionamiento habían logrado abastecerse de alimentos para tres días en Gorki, y para uno más en Saransk. A partir de entonces, no habían logrado encontrar un puesto de racionamiento abierto. Sin embargo, podrían resistir el hambre aún cinco días más, si sólo supieran que después lograrían obtener las raciones de los quince días que se les adeudaban. Pero tanto su espíritu como su estómago languidecían debido a la ley de acero que

encontraban en todos los sitios distribuidores: no se podían repartir raciones por los días que habían pasado. El pasado era un agua pantanosa.

–¿Por qué no les dieron sus raciones? –preguntó el teniente.

–Hable de usted. ¿Nos dará algunas? –las mandíbulas de Digen parecieron destrabarse.

Tan pronto como se había bajado del tren, Digen se enteró por un soldado que existía un puesto de racionamiento en esa estación. Pero había comenzado a oscurecer, y, de acuerdo con el reglamento, sería inútil acercarse a la ventanilla.

El sargento Gaidukov perdió la actitud satisfecha que había mantenido en presencia del comandante de la estación y volviéndose hacia Digen, se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

–¡Hermano! ¿Por qué no me habías dicho nada de esto? Te conseguiremos algo que comer.

Digen no se movió al sentir la palmada en su hombro, sino que continuó mirando a Zotov como un cadáver. En cuanto al sargento Gaidukov, sintió náuseas al pensar que un hombre tan estúpido fuera uno de los suyos. Durante once días no había tenido que pedir alimento ni a las autoridades militares ni a las civiles. Sabía que en estos tiempos no había una migaja de comida que desperdiciar. Nadie había pensado en entrar a su vagón «caliente» que había sido desmantelado y abandonado. Hasta el tabaco se les había terminado. Los vagones eran viejos, llenos de grietas, habían clausurado tres de cada cuatro ventanillas así que aún durante el día el lugar permanecía a oscuras. Los hombres de Digen habían consumido todo lo que podían para mantener el fuego, y así, durante las largas paradas de veinticuatro o cuarenta y ocho horas, se sentaban alrededor de la estufa oscura, hervían las remolachas en sus platos y, en silencio, trataban de comerlas, rebanándolas con sus cuchillos.

Gaidukov chasqueó los labios con petulancia juvenil y preguntó:

–¿Me concede permiso para retirarme, camarada teniente?

–Puede retirarse. Salió corriendo.

¡Con sus propias manos les podría conseguir a esos soldados un poco de carne seca y tabaco! No le habían pedido nada a esa anciana lacrimosa a cambio de su pasaje. Bueno, que compartiera el alimento con los muchachos. ¡No debía ser tan rapaz! Otro pasajero, el inspector, podría contribuir con algo de la comida que guardaba en su maleta.

Zotov reflexionó:

–Ya son las siete. Nuestra oficina de distribución está cerrada.

–¡Siempre las hemos encontrado cerradas! –exclamó Digen–. Sólo están abiertas de diez a cinco. En Penza estaba esperando mi turno en la cola cuando oí que alguien me gritaba que el convoy estaba por partir. Cuando llegamos a Morshansk era ya de noche. Pasamos por Ryazhsk también de noche y todo estaba cerrado.

–Espere, espere un minuto –comenzó a decir el teniente–. No voy a permitir que continúe esta situación. .. Va usted a ver.

Levantó el auricular del teléfono de campo y dio un fuerte golpe.

Nadie respondió. Llamó tres veces. No obtuvo ninguna respuesta.

–¡Maldita sea! –Al fin contestaron después de otra llamada–. ¿Es usted, Guskov?

–Soy yo, camarada teniente.

–¿Por qué no hay un soldado de guardia en el teléfono?

–Acaba de salir. Yo fui a conseguir un poco de manteca. ¿Me permite que le lleve una poca, camarada teniente?

–¡Qué tonterías! No necesito ninguna.

No respondió de esa manera sencillamente porque Digen estuviera presente. A fin de mantener relaciones comerciales en un plan estrictamente oficial, nunca bebía siquiera con él después de las labores. Por el contrario, le había informado ya al capitán que Guskov se le estaba saliendo de control.

–¡Guskov! ¿Qué le parece esto? Ha llegado un tren con cuatro personas que no han recibido alimentos en los últimos once días...

Guskov emitió un silbido:

–Debe ser gente realmente distraída.

–No, pero los hechos son éstos. Tenemos que ayudarlos. Escuche, debemos ponernos en contacto con Chichishev y con Samorukov y darles algo de alimento a cambio de sus certificados de racionamiento.

–¿Dónde piensa usted que podamos encontrarlos? No va a ser nada fácil.

–¿Dónde? ¡En sus casas por supuesto! El fango es tan espeso que llega hasta las rodillas. Y está tan oscuro... como el agujero negro de Calcuta. Chichishev vive cerca.

–Pero Samorukov vive más allá de las vías. No va a querer venir, camarada teniente.

–Chichishev irá.

El archivista Chichishev estaba en servicio militar y a cargo del almacén de abastecimientos. Había recibido el rango de sargento, pero no tenía nada de militar. Era un archivista ordinario, ya no joven, que desempeñaba bien su trabajo. A duras penas podía hablar sin su máquina calculadora. Si alguien le preguntaba a las cinco de la tarde qué hora era, oíría cinco golpecitos en el ábaco a manera de respuesta. O si alguien decía: «Cuando un hombre (un golpecito en el ábaco) vive solo, la vida le resulta difícil. Él (¡clic!... ¡clic!) debería entonces casarse».

Trabajaba detrás de una ventana clausurada con sólo un pequeño espacio abierto a través del cual la fila de soldados bulliciosos le pasaba sus certificados de racionamiento. Chichishev era muy duro. Les gritaba a los soldados, rechazaba sus manos, y trataba de cerrar aquel agujero a fin (decía) de evitar que volaran sus papeles. Pero si tenía que tratar directamente con una multitud o cuando se presentaban algunos oficiales en su cubículo, entonces enterraba la cabeza en los hombros, se dirigía a ellos como «Hermanos», y sellaba sus papeles de inmediato. Estaba tan ansioso de agradar a las autoridades que no se atrevía a negarle nada a alguien que tuviera una insignia de oficial.

Zotov pensó que aunque el puesto de distribución no estaba bajo su jurisdicción, Chichishev no se atrevería a rechazar su solicitud.

–Pero le digo que Samorukov no va a querer venir –insistió Guskov.

Samorukov tenía el rango de primer sargento, pero miraba con desprecio a todos los tenientes. Era una bestia saludable y bien alimentada; era almacenista y cajero del puesto de racionamiento, pero consideraba que sus labores equivalían al rango de capitán. Llegaba con quince minutos de retraso con una expresión de dignidad, examinaba los anaqueles, abría los cerrojos y levantaba las persianas. Hacía todo eso con la expresión desagradable de quien hace un favor. Cuando llegaban los soldados, fuera individualmente o en grupos de los trenes de transporte o de los comandos del ejército, incluso si eran inválidos, no importaba cuántos se amontonaran alrededor de la ventanilla, maldiciendo y gritando, tratando de acercarse aún más, Samorukov se enrollaba lentamente las mangas hasta los codos, mostraba sus brazos grandes, rollizos y sin vello, semejante a los de un carnicero y hacía un comentario desagradable mientras verificaba el sello del archivista Chichishev en los arrugados y sucios certificados de racionamiento. Pesaba lentamente las raciones (lo más probable era que hiciera trampas con el peso), no se preocupaba en absoluto si los hombres perdían o no el tren. Había buscado deliberadamente una habitación lejos de la estación para no ser molestado por nadie ni por nada durante sus horas libres, en casa de un agricultor con un jardín y una vaca.

Un sentimiento de repulsión se apoderó de Zotov cuando pensó en Samorukov. Detestaba a la gente como él. Eran iguales que los fascistas y la amenaza que uno y otro significaban era la misma. No sabía por qué Stalin no lanzaba un decreto para que las personas como Samorukov fueran ejecutadas frente a los puestos de distribución y en presencia del público.

«No, Samorukov no irá», se dijo Zotov.

Samorukov lo enfurecía pero a la vez de cierta manera lo intimidaba, y no se hubiera decidido a molestarlo de no ser por los cuatro soldados desfallecientes que no habían tenido nada que comer, no sólo durante tres o cinco días, ¡sino once!

–Óigame bien, Guskov. No envíe a un soldado a buscarlo, sino vaya usted mismo. No le hable de los cuatro soldados hambrientos, dígame sólo que el capitán quiere verlo inmediatamente, ¿me entiende? Hágalo venir acá. Yo hablaré con él.

Guskov permanecía silencioso.

–¿Qué es lo que ocurre? ¿No entiende mis órdenes? Diga: «Sí, señor», y póngase inmediatamente en marcha.

–¿Ha hablado usted con el capitán sobre este asunto?

–Eso no es asunto suyo. ¡Yo soy el responsable aquí! El capitán ha salido. Yo estoy ahora en sus funciones.

–Pero –razonó Guskov– ni siquiera el capitán le ordenaría hacer eso. No hay nada en los reglamentos que ordene cambiar los sellos en la noche y abrir las estanterías para sacar dos hogazas de pan y tres arenques...

Y eso era cierto.

Guskov continuó:

–¿Y por qué tanta prisa? ¿No pueden esperar hasta las diez de la mañana? Se trata sólo de una noche. Dígales que duerman sobre los estómagos, de esa manera no sentirán tanto el hambre.

–Sí, pero su tren está por salir. Es un tren rápido, sería una lástima que tuvieran que desenganchar, y además ya van con mucho retraso. Se espera este cargamento... lo necesitan.

–Bueno, si el tren está por salir, entonces Samorukov no podrá llegar a tiempo. Llegar allí y regresar en medio de este lodazal, aún con una linterna, me llevará no menos de hora y media, tal vez dos.

Guskov tenía razón de nuevo.

Digen permanecía de pie con los dientes trabados, su triste cara azotada por el viento circundante con las orejas de piel de su gorro militar y sus ojos hipnotizados frente al teléfono. Entendió lo que estaba ocurriendo del otro lado de la línea. Meneó la cabeza con perplejidad y murmuró:

–Así que tampoco hoy es posible...

Zotov suspiró, cubrió el micrófono para que Guskov no pudiera oír, y se volvió a Digen.

–¿Qué puedo hacer, hombre? No se conseguirán raciones esta noche. ¿No podrían seguir hasta Graza? El tren es muy bueno, y estarán ustedes allí por la mañana.

Digen no lo dijo, pero sintió que el joven teniente no era lo bastante firme.

–¡Yo no iré!... ¡Puede arrestarme, pero no iré!

Alguien estaba llamando a la puerta. Un corpulento civil estaba de pie allí llevando un ancho kepi de lana con manchas de un color gris oscuro. Con una reverencia cortés, pidió permiso para entrar.

–¡Entre! ¡Entre, entre! –gritó Zotov, presionando el auricular del teléfono–. Muy bien, Guskov, cuelgue usted. Ya pensaré sobre este asunto.

El hombre de atrás de la puerta no había entendido a Zotov, así que abrió ligeramente la puerta y volvió a preguntar:

–¿Puedo entrar?

Su voz sorprendió a Zotov. Era una voz profunda, rica, agradablemente modulada, sin ninguna jactancia. El hombre estaba vestido con una especie de abrigo largo, pesado, rojizo, no de tipo militar, con mangas que le quedaban demasiado cortas. Calzaba botas del Ejército Rojo con las suelas cubiertas de lodo. Llevaba en una mano una pequeña grasienta mochila del ejército. Con la otra se quitó aquel impresionante kepi y saludó a ambos hombres al entrar:

–Buenas noches.

–Buenas noches.

El extraño se comportaba como si su atavío fuera del todo natural y no la estrambótica mezcla de prendas que en realidad era.

–¿Me podría decir, por favor –preguntó con toda cortesía–, quién es aquí el comandante militar?

–Yo soy el auxiliar en servicio.

–Entonces usted tal vez sea la persona que debo ver.

Buscó a su alrededor un sitio para poner su kepi manchado, que estaba cubierto con polvo de carbón y al no encontrar ninguno se lo puso bajo el brazo. Con la mano libre comenzó a desabotonarse el largo abrigo rojizo. No tenía cuello, o más bien el cuello le había sido arrancado. Bajo aquel abrigo había una chaquetilla de verano del Ejército Rojo, rasgada y sucia. Comenzó a desabotonar un bolsillo de la camisa.

Zotov le hizo una señal a aquel individuo de que esperara.

–Le diré lo que... –se volvió hacia el triste e inmóvil Digen, y continuó–. Haré todo lo que pueda. Haré que desenganchen sus carros ahora. Mañana a las diez recibirá sus raciones.

–Gracias –dijo Digen, y miró al teniente con los ojos llenos de lágrimas.

–No tiene nada que agradecerme. Es todo lo que puedo hacer. Han perdido ustedes un magnífico tren. No puedo asegurarle cómo va a ser el siguiente.

Digen comenzaba a revivir.

–Un día más o menos... Hemos estado en camino desde hace dos semanas. Puedo ver que mi cargamento...

–Nada de eso –Zotov levantó un dedo en señal admonitoria–. No somos nosotros quienes debemos juzgar –miró al extranjero, luego se volvió hacia Digen y dijo en una voz profunda, pero apenas audible, recalcando notoriamente las vocales–. Cada vez que vea su cargamento... piense. Piense en la cantidad de vidas que podrían ser salvadas con esas palas. ¡Dos divisiones! Cavar es la única manera de salvar vidas. ¡Veinte mil palas! ¡Eso significa veinte mil vidas del Ejército Rojo! ¿No estoy en lo cierto?

Zotov volvió nuevamente a mirar al hombre que había entrado. El extranjero comprendió que le tocaba su turno y se acercó a la pared, se dio la vuelta y con su mano libre comenzó a cubrirse un oído, luego el otro, y a restregárselos.

–¿Qué es lo que ocurre? ¿Se le han comenzado a helar? –preguntó Zotov en voz alta y se rió.

El extraño se volvió hacia él y sonrió.

–Sabe usted, ha comenzado a hacer un frío endemoniado. El viento es terrible... y un poco húmedo.

Y, en efecto, soplaba el viento y aullaba alrededor de la esquina del edificio, y azotaba el panel roto de la ventana de la derecha, detrás de la persiana. El estruendo del agua del tanque averiado era cada vez más notorio.

La cara sin afeitar del extranjero mostraba una sonrisa confiada y agradable. No tenía un corte de pelo militar. Su cabeza poderosa estaba cubierta con un pelo delicado bastante corto, con algunos mechones grises. No parecía ni un soldado ni un civil.

–Aquí... –puso en sus manos un pedazo de papel que había extraído del bolsillo–. Aquí está.

–Un minuto, un minuto –Zotov tomó el papel sin apenas mirarlo–. Siéntese. Puede tomar esa silla.

Volvió a contemplar el grotesco atavío de aquel hombre, luego se dio la vuelta, se dirigió a su escritorio, tomó su clave y el libro de registro, los guardó en la caja fuerte, saludó a Digen y se dirigió a la otra habitación. Podshebyakina hablaba por teléfono, mientras la tía Frosia alimentaba la estufa y trataba de entrar en calor. Zotov se dirigió hacia Podshebyakina, y puso su mano sobre las suyas mientras ella sostenía todavía el teléfono.

–Valusha...

La joven se volvió rápidamente y lo miró sorprendida, pues por el modo en que le había tomado y sostenía la mano, pensó que se la estaba acariciando. Pero siguió hablando:

–...mil para el siguiente cargamento... no tenemos nada para él, Petrovich. Envíelo a Tambovsk.

–¡Valechka! –continuó Zotov–. Envíe rápidamente a la tía Frosia a cambiar las órdenes, o muéstrela directamente cómo desconectar esos cuatro furgones. Este joven sargento irá con ella. Indíquele al jefe de estación que se desengancharán del resto del convoy y que les busque una vía para permanecer hasta mañana.

Desde la estufa la tía Frosia volvió hacia él una cara larga y agria y masculló algo en voz baja.

–Muy bien, Vasili Vasilich –dijo Valya con una sonrisa. No había apartado la mano del teléfono porque estaba aún bajo la del teniente–. Me encargaré de ello inmediatamente.

–Envíe este convoy con la primera máquina que haya disponible. Haga todo lo que pueda.

–Por supuesto, Vasili Vasilich –Valya sonrió, felizmente.

–Bueno, eso es todo lo que podemos hacer –le anunció el teniente a Digen.

La tía Frosia resopló como un fuelle y se incorporó entre gruñidos.

Sin una palabra Digen se llevó la mano a la gorra y la mantuvo allí. Parecía un lobo bajo aquella gorra militar con orejeras, de ninguna manera un soldado, y el teniente le preguntó:

–¿Ha ingresado usted recientemente al ejército? –le preguntó–. ¿Qué era? Obrero, me imagino.

–Así es– dijo Digen, mirando firmemente y con gratitud al teniente.

–Arregle usted el otro triángulo –Zotov le señaló el cuello vacío donde faltaba la insignia.

–No puedo –respondió Digen–. Se me ha roto.

–¡Y ese gorro!... O se abotona las orejeras o las enrolla... ¿me entiende usted?

–¿Y cómo va a poder enrollarlas? –gruñó la tía Frosia, ya con el impermeable puesto–. ¡El material no es bueno! ¡Vamos, muchacho!

–Bueno, adiós y buena suerte. Mañana por la mañana habrá otro oficial de servicio. Insístale para que los haga salir mañana mismo.

Zotov volvió a su oficina, cerró la puerta detrás de él. Recordó que hacía cuatro meses él no sabía cómo ajustarse el cinto ni cómo hacer un buen saludo militar, y aquello le pareció absurdo y cómico.

Al volver Zotov, el visitante no se levantó del todo, pero indicó que podía hacerlo si era necesario. Su mochila yacía en el suelo con el kepi blanduzco y manchado encima de ella.

–Por favor, permanezca sentado –dijo Zotov mientras se sentaba en su escritorio–. Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo? –en ese momento desdobló el pedazo de papel que el hombre le había entregado.

–Yo... he perdido mi tren –el extranjero sonrió culpablemente.

Zotov leyó el papel. Era una lista de rezagados enviados por el comandante militar de Ryazhsk. Miró al extranjero y comenzó a hacerle las preguntas obligatorias del control de seguridad.

–¿Apellido?

–Tveritinov.

–¿Nombre propio?

–Igor Dementevich.

–¿Tiene más de cincuenta años?

–No, tengo cuarenta y nueve.

–¿Cuál era el número de su convoy?

–No puedo recordar.

–¿No le dijeron el número?

–No.

–Entonces, ¿por qué está aquí en sus papeles? ¿Lo escribió usted?

(El número de convoy era 245413... el mismo que Zotov había despachado la noche anterior.)

–No. Lo que pasa es que en la estación de Ryazhsk les dije de donde venía el convoy y adonde iba. El comandante probablemente lo adivinó.

–¿Dónde perdió el tren?

–En Skopin.

–¿Cómo ocurrió?

–Si puedo decirlo francamente (la misma sonrisa de culpabilidad volvió a aparecer en los labios generosos de Tveritinov), salía a cambiar algo de ropa... para tratar de obtener alimento en cualquier parte, y en ese tiempo el tren se marchó. En estas épocas se ponen en movimiento sin ninguna señal, ni campanadas, ni anuncios por los altavoces. Se marchan silenciosamente.

–¿Cuándo ocurrió esto?

–Anteayer.

–¿Y no trató usted de alcanzarlo?

–Bueno, por supuesto que no. ¿Cómo iba a poder alcanzarlo? Estaba lloviendo en la estación. Es terriblemente peligroso tratar de subirse a los carros plataformas, sabe usted, ésos sin techo; por otra parte el vigilante no me hubiera permitido subir a un carro cubierto. Nunca nos dejan, a veces porque no tenemos derecho otras porque no hay sitio. En una ocasión, fue como un milagro... vi un tren de pasajeros. Pero el conductor, que estaba de pie en la escalerilla comenzó a empujar con fuerza a todos los que trataban de subir. En cuanto a los trenes de carga, una vez que se ponen en

marcha lo hacen a toda velocidad y cuando están parados, sin máquina, uno nunca puede saber qué dirección seguirán. No hay ningún anuncio esmaltado que diga: «Moscú, aguas termales» en los vagones, y uno no puede preguntar nada a nadie porque entonces lo acusan de espía. Y además... ¡mire mi ropa! Para nosotros los rezagados es especialmente peligroso hacer preguntas.

–Durante la guerra, desde luego.

–Sí, y antes de la guerra también era así.

–Bueno, yo nunca lo advertí.

–Yo sí –respondió Tveritinov, entrecerrando los ojos–. Después de 1937...

–¿Sí? ¿Qué pasó en 1937? –Zotov estaba sorprendido–. ¿Qué fue lo que ocurrió en 1937? ¿La guerra española?

–Bueno, no... –replicó Tveritinov con los ojos gachos y nuevamente una pequeña sonrisa de culpabilidad– no fue eso...

Su blanda bufanda de lana gris se le había resbalado descuidadamente y le colgaba bajo el cinturón.

–¿Por qué no está usted en uniforme? ¿Dónde está su abrigo?

–No tengo ninguno. No nos dieron abrigos –sonrió Tveritinov.

–¿Dónde consiguió usted ese chaquetón?

–Unas gentes caritativas me lo dieron.

–Bueno... –Zotov se quedó pensativo–. Debo decirle que me parece que llegó usted aquí con bastante rapidez. Ayer en la mañana estaba usted en el cuartel general de Ryazhsk y esta noche está usted aquí. ¿Cómo viajó usted?

Tveritinov miró a Zotov con sus ojos grandes, dulces y confiados. A Zotov le gustaba la brevedad de las respuestas de ese extraño y la manera en que hablaba, el modo en que dejaba que la otra persona preguntara primero, el hecho de que no gesticulara con las manos, sino sólo con leves movimientos de los dedos mientras conversaba.

El extraño continuó:

–Fui especialmente afortunado. En una estación me subí en un carro góndola. Después de dos días comencé a descifrar la terminología ferroviaria. Vi la inscripción «góndola», y supuse que se trataría de un furgón que por lo menos estaría cubierto. Subí por la escalerilla y allí no había sino un agujero metálico... una trampa... sin ningún lugar para sentarse, sin nada en qué poder recargar la espalda. La góndola había acarreado antes carbón y, cuando el tren comenzó a moverse, una tormenta de polvo negro se levantó y lo invadió todo, me envolvió. Y entonces comenzó a llover...

Zotov comenzó a reír a carcajadas.

–Así que a eso le llama usted tener suerte. No veo en que consiste. ¡Ahora me explico por qué está tan sucia su ropa! –cuando se reía dos grandes líneas de júbilo se marcaban en las comisuras de su boca llegándole hasta la ancha nariz.

–Así es. Después de bajarme de la góndola, me quité algo del polvo, me lavé y comencé a vagar. Entonces vi algo. Estaban enganchando una máquina a un convoy que iba hacia el Sur, y yo corrí hasta alcanzarlo. Bueno, no había un solo carro con estufa en todo el tren y todas las puertas estaban selladas. De repente vi que un hombre salía de uno de los vagones. Fue a orinar y luego volvió a un vagón abierto y frío, y yo lo seguí. Y allí dentro, debe creerme, había un cargamento de sábanas de algodón.

–¿Y el carro no estaba cerrado?

–No. Por supuesto las sábanas habían sido atadas en bultos de cinco o diez, pero muchos de los bultos habían sido desatados y en verdad resultaba muy cómodo enterrarse entre sábanas. Había allí varias personas durmiendo.

–¡Ay, ay, ay!

–Me cubrí con tres o cuatro sábanas y dormí como un tronco. Así volaron veinticuatro horas. No recuerdo nada de ellas. Ni siquiera si hicimos alguna parada. El tercer día ni siquiera probé mis raciones, me dediqué a dormir y dormir. Me olvidé completamente de la guerra, me olvidé de los rezagados. ¡Hasta llegué a ver a mi familia en sueños! –su cara sin afeitarse, y sin aseo, resplandecía.

–¡Un momento! –Zotov recordó de pronto algo, y saltó de su silla–; ¿viajó usted en ese convoy?
¿Llegó usted en él hasta aquí? ¿Cuándo?

–¡Cómo! Hace apenas unos cuantos minutos... Vine aquí directamente.

Zotov llegó de dos o tres zancadas a la puerta, la abrió de un empujón y exclamó:

–¡Valya! ¡Valya! Ese tren que iba a Balashov, el mil y pico de su lista.

–Mil dos.

–¿Está aún aquí?

–No. Se ha ido.

–¿Está usted segura?

–Absolutamente segura.

–¡Oh! ¡Maldita sea! –Zotov se llevó las manos a la cabeza–. Permanecemos sentados aquí, como un atajo de burócratas condenados, revisando nuestros papeles y no nos damos cuenta de nada.

Comemos nuestro pan sin merecerlo. Bueno, ahora, llame inmediatamente a Michurinsk-Uralsk.

Volvió deprisa a su oficina y le preguntó a Tveritinov:

–¿Recuerda el número del furgón?

–No –Tveritinov sonrió.

–¿Era un furgón de dos o de cuatro ejes?

–No entiendo qué quiere usted decir.

–Bueno, ¿cómo no entiende? ¿Grande o pequeño? ¿De cuántas toneladas de capacidad?

–Era uno de aquellos de los que se acostumbraba a decir durante la revolución: Para cuarenta personas u ocho caballos.

–Lo que significa dieciséis toneladas. ¿No había ningún vigilante en el convoy?

–Parecía no haberlo.

–¡Vasili Vasilich! –gritó Valya–. La estación militar al teléfono. ¿Quiere usted hablar con la comandancia?

–Podría hacerlo o no hacerlo. Es posible que la carga no sea militar.

–¿Qué les digo mientras se decide usted?

–Bueno, piense lo que quiera, Valya. Tal vez están evacuando esas sábanas, sólo el diablo sabe.

Dígalas que busquen cuidadosamente hasta que encuentren el furgón, que vean a quién pertenece, y que lo cierren. ¡Y dígalas que se den prisa!

–Muy bien, Vasili Vasilich.

–Ahora, por favor, Valechka. Quiero decirle que usted es... usted es muy... buena empleada.

Valya le sonrió, los rizos le cayeron en cascada por la cara.

–¿Aló? ¿Michurinsk-Uralsk?

Zotov cerró la puerta y aún excitado caminó hasta su oficina, frotándose las manos.

–Estamos empantanados de trabajo –exclamó, pronunciando cuidadosamente las vocales–. Y nunca se nos presta la ayuda suficiente. Pensar que esas sábanas podrían ser robadas fácilmente. ¡Tal vez ya lo hayan sido!

Caminó de un lado a otro durante unos cuantos minutos y luego se sentó. Se quitó los lentes y comenzó a limpiarlos con un pequeño trapo. Su cara perdió de golpe su aire de eficiencia y de decisión y, sombreado sólo por su gorro verde de servicio, pareció joven e infantil.

Tveritinov esperaba pacientemente. Miraba las persianas de papel oscuro, el retrato en colores de Kaganovitch en su uniforme de mariscal de ferrocarriles, la estufa, y la carbonera con su pequeña pala. En aquel cálido cuarto, su chaqueta, cubierta con el polvo de carbón, comenzó a molestarle. Se alzó varias veces de hombros, y se quitó la bufanda.

El teniente volvió a ponerse los lentes, y nuevamente contempló la lista de rezagados que Tveritinov le había pasado. No se trataba de un documento oficial ya que estaba basado sólo en la palabra del individuo que la solicitaba, quien podía decir la verdad o no. Tenía instrucciones estrictas de interrogar cuidadosamente a los rezagados, especialmente cuando se trataba de casos individuales. Tveritinov no podía jurar que lo había dejado su tren en Skopin. ¿O tal vez en Pavelitz? ¿Y entre Skopin y Pavelitz había tenido tiempo suficiente para llegar hasta Moscú –o cualquier otro lugar– y cumplir una misión? Según lo que decía había llegado a Krechetovka muy

rápidamente. Por otra parte, ¿qué garantía había de que en efecto había llegado hasta allí en ese convoy?

—¿Así que esa vez tuvo usted un viaje agradable y caliente?

—¡Desde luego! Hubiera sido un placer continuar de ese modo.

—¿Por qué dejó usted ese tren?

—A fin de reportarme ante usted. Me dijeron que lo hiciera en Ryazhsk.

En la cara larga de Tveritinov todos los rasgos eran prominentes: una frente amplia, cejas espesas y protuberantes, y una gran nariz. El mentón y las mejillas estaban cubiertos por una barba gris de unos cuantos días.

—¿Cómo supo usted que esa estación era Krechetovka?

—Me lo dijo un georgiano que estaba durmiendo junto a mí.

—¿Estaba en el ejército? ¿Qué rango tenía?

—No lo sé. Apenas sacaba la cabeza de entre las sábanas —Tveritinov respondía con cierta tristeza, como si después de cada pregunta perdiera algo.

—Bueno, ahora, dígame —preguntó Zotov mientras ponía el papel a un lado—; ¿qué otros documentos lleva consigo?

—Ninguno —respondió Tveritinov tristemente—. ¿Dónde iba yo a poder conseguir documentos?

—Hmmm... ¿nada más?

—Cuando el enemigo nos cercó, deliberadamente destruimos todos los que teníamos.

—Pero cuando lo recibieron en territorio soviético, ¿no le dieron nada con qué identificarse?

—Nada. Hicieron una lista, nos dividieron en grupos de cuarenta soldados y nos enviaron en el tren.

Era cierto que bien podía haber sido así. Mientras un hombre permaneciera dentro de su grupo no necesitaba ninguna clase de documentación.

La favorable inclinación que Zotov sintió hacia ese hombre de buenas maneras y educación le hizo desear tener algo más que poder examinar como una evidencia material.

—¿No tiene usted nada entonces? ¿No lleva papeles personales de ninguna especie en los bolsillos?

—Sólo unas cuantas fotografías de mi familia.

—Muéstremelas —exigió el teniente, o más bien suplicó.

Tveritinov alzó ligeramente las cejas. Tenía aún la sonrisa triste en los labios. Del mismo bolsillo de su camisa (el otro no podía cerrarse por carecer de botón) sacó un pequeño paquete envuelto en un papel anaranjado. Lo abrió sobre sus rodillas, y tomó dos fotografías de cuatro por cinco centímetros, las contempló un momento, e hizo un ademán de levantarse para mostrárselas al comandante. Pero desde el escritorio hasta la silla había sólo una corta distancia, y Zotov se inclinó, tomó las fotografías y comenzó a observarlas. Tveritinov continuaba con el papel en las rodillas, irguió el cuello y trató de ver también desde su posición.

Una de las fotos debió haber sido tomada en un pequeño jardín en un día soleado, posiblemente a comienzos de la primavera, pensó Zotov, ya que las hojas eran aún pequeñas y rizadas. Sobre un fondo de árboles casi desnudos estaba una joven, de unos catorce años, con un vestido gris a rayas y un cinturón. Llevaba el cuello abierto, y era posible ver su cuello largo y delgado. La cara era fina y bien delineada. Aunque en la foto estaba inmóvil, parecía como si estuviera por moverse, por saltar. La foto tenía un aire de aficionado, de obra inacabada, y le produjo un efecto conmovedor que le llegó al corazón.

A Zotov le gustó la expresión de la joven. Su rostro se ablandó.

—¿Cómo se llama? —preguntó con voz queda.

Tveritinov continuaba sentado con los ojos cerrados.

—Lyalya —respondió, suavemente. Un momento después volvió a abrir los ojos y se corrigió—. Irene.

—¿Cuándo fue tomada?

—Este año.

—¿Y dónde?

–Cerca de Moscú.

¡Seis meses! Sólo seis meses habían pasado desde el día en que él le había dicho: «Lyalenka, mira hacia acá», y había oprimido el botón.

A partir de entonces, decenas de millares de fusiles habían disparado, convirtiendo la tierra negra en millones de fuentes, y millones de personas habían sido desarraigadas de sus lugares nativos para girar en ese enloquecido carrusel, algunos a pie desde Lituania, otros en tren desde Irkustk. Y ahora en las estaciones de ferrocarril donde el viento frío azotaba con una mezcla de lluvia y nieve, ellos esperaban los transportes de rezagados que se arremolinaban miserablemente durante el día y dormían amontonados en los suelos sucios por la noche. ¿Cómo podía alguien creer que en el mundo entero hubiera existido alguna vez ese jardín, esa joven, ese vestido?

La segunda fotografía era de una mujer y un niño sentados en un sofá contemplando un gran libro. La madre era también delgada, fina y bastante alta, pero el niño de siete años tenía una cara llena y redonda, con una expresión entre adusta y jocosa. Tenía los mismos grandes ojos que el padre, y no miraba el libro sino a la madre que parecía estarle explicando algo.

Había una especie de calidad especial en torno a toda la familia. El mismo Zotov no había conocido nunca familias de ese tipo, sino en reproducciones de cuadros de la Galería Tetriakov, o en el escenario de algún teatro, o en ciertas lecturas que le hacían saber que esa clase de personas existían. Ambas fotografías reflejaban un sentimiento de cálida inteligencia y comodidad que Zotov supo apreciar.

Al devolverle las fotos, le dijo:

–Tiene usted calor, ¿por qué no se quita la chaqueta?

–Sí –convino Tveritinov, quitándose y buscando un sitio cerca de él donde ponerla.

–Allí, en el banco –señaló Zotov, haciendo un ademán para coger la chaqueta.

Ahora podía ver claramente la desgarrada y remendada chaqueta militar de verano, con sus botones descabalados y el bolsillo arrancado. Tveritinov no había logrado quitar el fango de sus botas. Todo su atavío parecía una mofa a esa cabeza grande e inteligente.

Zotov educado, por el que sin ninguna razón había sentido un súbito afecto.

–¿Puedo preguntarle cual es su profesión?–pregunto Zotov respetuosamente.

Poniendo una vez más las fotos en su envoltura de papel anaranjado, Tveritinov respondió, con una risita:

–Soy actor.

–¿De veras? –preguntó Zotov, sorprendido–. ¡Cómo no lo adiviné inmediatamente! ¡Por supuesto que tiene usted la apariencia de un actor!

(Precisamente en ese momento el extranjero lo parecía más que nunca.)

–¿Sí?

–¿...Un actor famoso?

–No.

–¿Dónde actuaba usted?

–En el Teatro Dramático de Moscú.

–Yo estuve sólo una vez en el MXAT de Moscú (Teatro de Arte Académico de Moscú). Fuimos en una excursión. Pero en Ivanov iba al teatro con bastante frecuencia. ¿Ha visto usted el nuevo teatro de Ivanov?

–No.

–Desde el exterior parece una gran caja gris de cemento armado, pero el interior es realmente maravilloso. Me gustaba mucho ir al teatro. No lo considero sólo un placer, sino un medio de educación, ¿no es verdad?

(Por supuesto que el trabajo relacionado con el transporte rápido de los convoyes y la disposición de los cargamentos exigía a gritos ser realizado, pero aunque le llevara otros dos días completos, le daba lo mismo. Era maravilloso encontrarse y conversar un rato con un gran artista.)

–¿Qué papeles interpretó usted?

–Muchos –Tveritinov sonrió melancólicamente–. Han sido tantos años... No le podría decir...

–¿Por ejemplo?

–Bueno, hice el teniente coronel Vershinin, el doctor Rank...

–¡Ahhh! (Zotov no recordaba esos personajes.) ¿Actuó usted en alguna obra de Gorki?

–Por supuesto, naturalmente.

–Las obras de Gorki me gustan más que cualquier otra. ¡No hay nadie como Gorki! Es nuestro escritor más sabio, el más humano, el más grande. ¿No está usted de acuerdo?

Tveritinov frunció el ceño, parecía buscar una respuesta, pero al no poder encontrar ninguna permaneció en silencio.

–Me parece recordar su nombre. ¿Está usted seguro de que no es un actor famoso? –la cara de Zotov se había animado y coloreado ligeramente por el placer que obtenía de la conversación.

–Si fuera yo famoso –Tveritinov hizo un vago gesto con las manos–, lo más probable es que no estuviera aquí.

–¿Por qué? Oh, ya entiendo, quiere decir que no hubiera sido movilizado.

–No fuimos movilizados. Nos alistamos como voluntarios por propia convicción.

–¿Y los artistas famosos no se alistaron como voluntarios?

–Todo el mundo lo hizo, desde los directores más importantes hasta los actores menores. Luego alguien trazó una línea: quienes quedaban arriba de la línea se quedaban, los de abajo marcharían al frente.

–¿Recibió usted entrenamiento militar?

–Sólo durante unos cuantos días... pasos de bayonetas con bastones de madera; y cómo tirar granadas... también de madera.

Los ojos de Tveritinov miraban tan fijamente un sitio en el suelo que parecían haberse cristalizado.

–¿Y después usó usted armas?

–Sí, cuando estábamos en la marcha, nos dieron rifles modelo 901. Caminamos hasta llegar a Vyazma. Fuimos a caer precisamente en una ratonera.

–¿Hubo muchos muertos?

–Me imagino que sí, pero la mayoría fue capturada por el enemigo. Yo estaba con un pequeño grupo que se había rendido; nos unimos con otros rezagados que venían del frente. Nos ayudaron a escapar. Ni siquiera sé ahora dónde queda el frente. ¿No tiene usted un mapa?

–No, no lo tengo, y los informes no son nada claros, pero le puedo decir lo siguiente: Sebastopol es nuestro, Taganrog es nuestro, y toda la cuenca del Don está en nuestras manos. Pero ellos tienen Orel y Kursk.

–¡Ay, ay, ay!... ¿Y Moscú?

–Yo precisamente no entiendo nada sobre Moscú. Todos los trenes llegan sólo a los suburbios. Y Leningrado está completamente aislado –los ojos y las cejas fruncidas de Zotov reflejaban su dolor y sufrimiento–. ¡Y yo no puedo ir al frente!

–De cualquier manera ya le tocará.

–Sí, pero sólo si la guerra dura más de un año.

–¿Era usted estudiante?

–Sí, acababa de presentar mi tesis cuando estalló la guerra. ¡Qué tiempos aquéllos! Teníamos que estar listos para diciembre. Nos dijeron que lleváramos todo lo que pudiésemos: proyectos, presupuestos, planos, etc. –Zotov habló casi sin aliento en su prisa por decir todo de una sola vez–. Bueno de eso hace ya cinco años. Entramos a la Universidad más o menos en la fecha del levantamiento de Franco. Luego cayó Austria... luego Checoslovaquia. ¡Luego comenzó la Guerra Mundial! Tuvimos la guerra de invierno con Finlandia. ¡Hitler invadió Francia! ¡Grecia! ¡Yugoslavia! ¿Cómo íbamos a poder estudiar sobre maquinaria textil? Eso no era todo. Después de presentar la tesis, los estudiantes eran enviados a seguir cursos especiales a la Academia de motorización y mecanización... A mí me fue imposible debido a mi vista. Soy muy miope. Todos los días armaba un gran escándalo en la Comisaría Militar. Yo tenía experiencia en eso desde 1937, lo único que pude obtener fue que me enviaran a la Academia Central. Muy bien... con esas órdenes me dirigí a Moscú y me lancé al Comisariado Popular de la Defensa. Me enviaron con un viejo coronel, que tenía una prisa enorme por irse de ahí. Ya tenía hasta el maletín cerrado. Le dije que

era ingeniero, que no quería trabajar con el cuerpo de la Academia. Me dijo que le mostrara mi diploma; no lo llevaba conmigo. «Bueno, entonces», me dijo, «voy a hacerle una pregunta. Por su respuesta sabré si realmente es ingeniero. ¿Qué cosa es un cigüeñal?» Parado en el umbral de la puerta yo le recité de memoria: «Un cigüeñal es un artefacto que rueda sobre un eje o una articulación conectada con el pistón que...» Él tachó Academia Central y escribió: Transportes. Luego tomó su portafolio y se marchó. ¡Hombre, de qué manera celebré aquello! Luego fui a la Academia de Transportes. Allí no había reclutamiento, ni principiantes, eran cursos de adiestramiento para el trabajo en las comandancias militares. Mi cigüeñal no me ayudó.

Vasili sabía que no era el momento para charlar ni para entregarse a reminiscencias, pero era una ocasión muy rara la de descargar el espíritu en un interlocutor tan atento e inteligente.

–Fuma usted, ¿verdad? –preguntó Zotov–. Puede usted fumar si quiere –contempló nuevamente el papel que el rezagado le había entregado–. Aquí tiene usted, Igor Dementevich, algo de tabaco y papel. Me lo han enviado, pero yo no fumo.

Sacó del cajón un paquete de tabaco que apenas había sido usado, y se lo pasó a Igor Dementevich.

–Yo sí fumo –confesó Igor Dementevich, y su cara se iluminó de placer anticipado. Tomó el paquete de tabaco, pero antes de tocarlo se llenó las narices con el aroma delicioso y pareció extasiarse silenciosamente. Luego leyó la etiqueta–. Es armenio –dijo, sacudiendo la cabeza.

Enrolló un cigarrillo y lo humedeció con la lengua.

Vasili le encendió un cigarrillo, y le preguntó:

–¿No fumaba nadie en el furgón de las sábanas de algodón?

–No me di cuenta –Igor Dementevich se recostó embebido de placer sobre el respaldo de su silla–. Lo más probable es que nadie tuviera tabaco –tenía los ojos semicerrados. Luego le preguntó a Zotov con voz apagada–: ¿Y qué me decía de 1937?

–¡Usted debe recordar lo que pasó ese verano! –respondió impacientemente Vasili–. ¡La guerra española continuaba! Los fascistas habían tomado la ciudad universitaria. ¿Se acuerda usted de la Brigada Internacional? ¿Guadalajara, Jarama, Teruel? ¿Podíamos permanecer sentados tranquilamente? Pedimos que nos enseñaran español, pero no, nos enseñaron alemán. Yo conseguí un libro de texto y un diccionario. No seguí con mucha atención mis cursos y exámenes, pero llegué a aprender el español. Aquella guerra me conmovía, sabía que desempeñábamos allí una parte importante, y que nuestra conciencia revolucionaria no nos permitía quedarnos al margen. Pero nada de esto aparecía en los periódicos. ¿Cómo podía yo llegar allí? Evidentemente lo más sencillo era ir a Odessa y embarcarme. Pero eso hubiera sido infantil y, además, existía el control de fronteras. Así que me dirigí a las direcciones de los Comisariados Militares en el cuarto, en el tercero, en el segundo y en el primer distritos. «Enviadme a España», les pedía. Ellos se reían. «¿Está usted loco? No tenemos gente allá. ¿Qué quiere usted ir a hacer?»... Ve usted, yo puedo darme cuenta de lo mucho que disfruta del tabaco. Quédese con el paquete. Lo tenía aquí para quienes fumaban. Tengo un poco más en mi cuarto. No, por favor, póngalo en su mochila, ciérrela... así sabré que lo tiene usted. El tabaco en estos días es como un pasaporte. Le será útil en el camino... Sí, y repentinamente, recuerda usted, leí en *Estrella Roja* (leo todos los periódicos de la primera a la última página)... citaban a un periodista francés que decía entre otras cosas: «Alemania y la URSS consideran a España como un campo de experimentos.» Así que yo había tenido razón. Fui a la biblioteca, pedí una copia de ese número y esperé tres días para tener la seguridad de que los editores no refutaran aquella afirmación. No lo hicieron. Entonces volví al Comisariado Militar y dije: «Lean ustedes esto. No ha sido refutado, lo que quiere decir que es cierto que estamos combatiendo allá. Les pido que me envíen a España, aunque sea con carácter privado». El comisario dio un golpe en la mesa. «No trate de provocarme», dijo, «¿quién le ha enviado aquí? Si lo necesitamos lo llamaremos. ¡Vaya descaro el suyo!»

Zotov se rió cordialmente al recordar el incidente. Las profundas líneas en torno a la comisura de su boca hicieron resplandecer nuevamente su rostro. Podía hablar sin ningún embarazo con aquel artista, y quería decirlo todo sobre los marinos españoles y su conversación con ellos en español.

Quería también preguntarle cuáles eran las condiciones reales de los rezagados; sobre todo, quería hablar con este hombre culto e inteligente sobre el desarrollo de la guerra.

Pero en ese momento Podshebyakina abrió parcialmente la puerta.

—¡Vasili Vasilich! El jefe de estación quiere saber si tiene furgones para el 794. Para comenzar a preparar el enganche.

Zotov miró en sus documentos.

—¿Cuál es? ¿El que va a Povorin?

—Sí.

—¿Está ya aquí?

—Llegará dentro de diez minutos.

—Tenemos un pequeño cargamento. ¿Qué trae el tren?

—Un cargamento industrial y varios vagones de pasajeros.

—Eso es maravilloso... ¡maravilloso! ¡Igor Dementevich, se irá usted en este tren! Es excelente.

No tendrá usted que transbordar. No, Valushka, el cargamento debe ir todo junto. Pídales que acerquen el tren al primero o al segundo andén.

—Muy bien, Vasili Vasilich.

—¿Les dijo usted algo de las sábanas?

—Les dije todo, exactamente como usted me indicó, Vasili Vasilich —y se marchó.

—Siento mucho no tener alimentos que darle, no tengo siquiera un poco de azúcar aquí en la oficina —Zotov abrió el cajón del escritorio como para convencerse de que realmente no había nada. Su ración era pequeña, y el pan, que traía siempre cuando estaba de servicio, se lo había comido por la mañana—. ¿Ha comido usted algo después de haber perdido el convoy?

—No se preocupe. No es nada, Vasili Vasilich —Tveritinov colocó una larga mano con los dedos abiertos como un abanico sobre su sucia camisa casi sin botones—. Le estoy eternamente agradecido —su expresión y su voz habían dejado de ser tristes—. Me ha dado usted calor tanto literal como simbólicamente. Usted es un hombre bueno. En tiempos difíciles como éstos, eso no tiene precio. Y ahora, por favor, ¿explíqueme dónde voy a ir y qué debo hacer?

Zotov comenzó a explicarle con satisfacción:

—Primero irá usted a la estación de Gryaz. Lo siento, pero no tengo un mapa. ¿Tiene usted idea de dónde está eso?

—No exactamente, aunque creo haber oído antes ese nombre.

—¡Es una estación muy famosa! Si permanece usted en Gryaz durante el día, tome su papel... tenga, le pondré una marca para mostrar que estuvo usted conmigo... y vaya a la comandancia militar. Allí le entregarán una orden para el puesto distribuidor de alimentos y le entregarán raciones para un par de días.

—Le estoy muy agradecido.

—Pero si llega usted de noche, no se mueva. ¡Quédese dentro del tren! Hubiera usted tenido dificultades con esas sábanas si no despierta, ¡lo hubieran arrestado! Desde Gryaz el tren seguirá hasta Povorino; en Povorino vaya también al puesto de racionamiento, pero cuide que no lo deje el tren. Este lo llevará hasta Archeda. En Archeda, se le asignará a un convoy con el número 245413.

Zotov le entregó el papel con la lista de rezagados a Tveritinov.

Mientras se guardaba el papel en el bolsillo izquierdo de su camisa, Tveritinov preguntó:

—¿Acheda? Nunca oí hablar de ese lugar... ¿Dónde queda?

—Estará usted cerca de Stalingrado.

—Cerca de Stalingrado —asintió Tveritinov. Su ceño se frunció. Hizo un esfuerzo de memoria y al fin preguntó—: Permítame... Ese Stalingrado... ¿Cómo se llamaba antes?

Para Zotov todo aquello tuvo un abrupto fin. ¡Se quedó helado! ¿Sería posible? ¿Un ciudadano soviético que no supiera lo que era Stalingrado? ¡No! ¡Aquello no podía ser posible! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Aquello era inconcebible! Sin embargo, logró controlarse, hizo un esfuerzo y se ajustó los lentes. Cuando contestó lo hizo con voz bastante tranquila:

—Antes se llamaba Zaritsin.

(Así, pues, no era un rezagado. ¡Alguien lo había enviado! ¡Era un agente! Probablemente un ruso blanco emigrado; a eso se debía que tuviera maneras tan refinadas.)

–Ah, sí, sí, Zaritsin. La batalla de Zaritsin.

¿Sería acaso un oficial disfrazado? Había querido ver un mapa... había seguramente exagerado con el vestuario.

«Oficial» era una palabra enemiga desaparecida desde hacía mucho del vocabulario ruso. Simplemente al pronunciar la palabra le pareció ver el relampagueo de una bayoneta a su lado.

«¡Oh, qué crédulo! ¡Qué crédulo he sido! Ahora, debo recordar la consigna: *¡Permanecer tranquilo y siempre vigilante!* ¿Pero qué acción debo seguir?»

Zotov oprimió el timbre de su teléfono. Se llevó el auricular al oído, esperando que el capitán respondiera inmediatamente.

El capitán no respondió.

–Vasili Vasilich, me siento culpable de llevarme todo su tabaco.

–No se preocupe, por favor –lo tranquilizó Zotov.

(«¡Qué idiota he sido al bajar la guardia! He dejado que el enemigo me pisotee. ¡No he hecho sino esfuerzos por resultarle agradable!»)

–Bueno, entonces con su permiso, me fumaré otro cigarrillo. ¿O debo salir a fumar afuera?

(«¡Cómo! ¿Salir? ¡Ha advertido su error!... Ahora quiere escabullirse.»)

–No. No. Fume aquí. Me gusta el olor del tabaco.

(«¿Qué pensar del asunto? ¿Cuál es la mejor manera de manejar esta situación?») Oprimió tres veces el timbre del teléfono.

Alguien levantó el auricular en el otro extremo:

–Puesto de guardia.

–Aquí habla Zotov.

–Le escucho, camarada teniente.

–¿Dónde está Guskov?

–Ha... salido, camarada teniente.

–¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Adónde ha ido? ¿No es su turno de servicio? ¡Hágalo regresar a su puesto en cinco minutos!

(«¡Posiblemente ha salido con una hembra, el rufián!»)

–Sí, camarada teniente, al instante.

(«¿Qué puedo hacer entre tanto?»)

Tomó un pedazo de papel, lo colocó de un modo en que Tveritinov no pudiera verlo, y escribió con letra grande: «¡Valya! Entre a mi oficina y diga que el 794 llegará con una hora de retraso».

Dobló el papel, fue hasta la puerta y desde allí, extendiendo la mano hacia ella, dijo:

–¡Camarada Podshebyakina! Tome esto, es sobre el transporte del que hablábamos.

–¿Qué transporte, Vasili Vasilich?

–Ahí está escrito el número.

Podshebyakina estaba sorprendida. Se acercó y tomó el papel, sin esperar, Zotov cerró la puerta y volvió a su puesto.

Tveritinov estaba ya poniéndose el abrigo.

–¿No iré a perder el tren? –preguntó con una sonrisa cordial.

–No. Tendrán que avisarnos.

Zotov atravesó el cuarto sin mirar a Tveritinov. Se ajustó la camisa abajo del cinto con la pistola y se colocó el arma en el lado derecho. Se enderezó la visera verde de la gorra. No había absolutamente nada que hacer, y nada más que hablar.

Zotov no sabía mentir. Pensaba en esos momentos: «¡Si sólo Tveritinov dijera algo!» Pero el otro permanecía modestamente silencioso.

Afuera de la ventana, el agua escurría del tanque averiado, y era sacudida y agitada por el viento.

El teniente permaneció en la esquina de su escritorio examinándose los dedos.

(A fin de evitar que el extraño sospechara algo, era necesario tratarlo como antes... pero no se podía forzar a hacerlo.)

–Bueno... dentro de unos días... habrá una fiesta² –dijo, con una mirada vaga.

(«¡Eso es! Pregúntale... pregúntale: ¿Qué clase de fiesta? Entonces no te quedará ninguna duda.»)

–Sí –respondió el huésped.

Zotov le lanzó una mirada rápida, Tveritinov continuó asintiendo mientras fumaba su cigarro.

–Muy interesante –dijo–. ¿Habrá un desfile en la Plaza Roja?

(¡Cómo iba a haber un desfile! Ni siquiera pensaba ya en lo que decía, sencillamente quería ganar tiempo.)

Alguien golpeó quedamente en la puerta:

–¿Me permite entrar, Vasili Vasilich?

Valya asomó la cabeza. Tveritinov la vio y recogió su mochila.

–El tren número 794 fue detenido en el último cambio de vías; llegará con una hora de retraso.

–¡Oh, no! ¡Qué desgracia! (Hasta él mismo se sorprendió por la horrible falsedad de su voz.)

Gracias, camarada Podshebyakina.

Valya desapareció.

A través de la ventana se oyó la respiración espasmódica de una locomotora que se detenía en un andén cercano. Todos los demás ruidos se opacaron.

–¿Qué debo hacer? –pensó Zotov en voz alta–. Tengo que ir al puesto de distribución.

–Yo también saldré. Iré adonde usted me diga –respondió Tveritinov con una sonrisa de aquiescencia. Ya estaba de pie, con su arrugada mochila en la mano.

Zotov tomó la chaqueta del clavo.

–¿Para qué va usted a salir a congelarse? No podrá usted entrar siquiera a la sala de espera porque la gente está durmiendo en el suelo. ¿No quiere usted ir conmigo al punto de distribución de alimentos? –esto sonaba a falso, y añadió, sintiendo que la sangre le subía al rostro–: Tal vez yo... pueda... conseguirle algo para comer.

(¡Si tan sólo Tveritinov no se hubiera mostrado encantado con esa idea!) Pero Tveritinov estaba feliz y respondió:

–¡Ésa sería de su parte la mayor bondad! No me hubiese atrevido a pedirselo.

Zotov se dio la vuelta, miró el escritorio, comprobó que los cajones estuvieran cerrados, y apagó la luz.

–Bueno, vamos.

Miró hacia la puerta y luego le dijo a Valya:

–Si hay alguna llamada de larga distancia diga que vuelvo dentro de un momento.

Tveritinov con su atavío de bufón, y sus botas cubiertas de fango se adelantó para salir.

Caminaron por un corredor frío y oscuro, iluminado por unas mortecinas lámparas azules, hasta llegar a la plataforma de carga y descarga.

A través de la oscuridad de la noche, desde un cielo que no podían ver, caía una pesada nube gris de copos desmayados que no eran ni lluvia ni nieve. El tren se hallaba detenido en el primer andén. Todo estaba a oscuras, un poco más negro aún que el cielo sobre ellos, así que era imposible adivinar dónde comenzaban o terminaban los furgones. A la izquierda estaba la locomotora con sus chimeneas humeantes diseminando en torno suyo una ceniza caliente y brillante que caía a ambos lados de la vía. A una altura un poco mayor, como si estuviera suspendida a mitad del aire, había una luz verde y redonda. A la derecha, hacia el final del tren, furibundas centellas caían aquí y allá bajo los carros. En medio de este chisporroteo de centellas, unas figuras oscuras, en su mayoría mujeres ancianas, merodeaban en torno a los vagones. La respiración asesante de esas mujeres formaba un coro, más grave aún por los pesados bultos invisibles que cargaban. Algunas llevaban niños, llorosos unos, silenciosos otros. Dos de esas figuras, cargando una gran caja pesada, se atravesaron en el camino de Zotov. Detrás de ellos alguien empujaba con grandes dificultades en la plataforma un carro de dos ruedas con algo todavía más pesado. (En una época como ésa en que viajar era como la muerte tenían que llevar niños con ellos, y a sus abuelas, y sacos que eran

² El 7 de noviembre es el aniversario de la Revolución Bolchevique de 1917, que se celebra por lo general con un impresionante desfile militar en Moscú. (N. del t.)

demasiado pesados para poder subirlos, y canastas del tamaño de un sofá, y cajas del tamaño de un armario.)

De no haber sido por los cilindros brillantes abajo de los trenes, los semáforos, las centellas que salían de las chimeneas, las luces de las linternas, las luces relampagueantes de los trenes que pasaban a toda velocidad al lado de los distintos andenes, nadie hubiera podido creer que aquel sitio era un depósito ferroviario. Fuera de esos fenómenos, la estación hubiera podido ser confundida con un espeso bosque, o un oscuro campo roturado que sufría el agobiante tránsito del otoño al invierno.

Había muchos ruidos alrededor de ellos: cadenas que se arrastraban, el débil corno del guardagujas, el resoplido de los trenes, la algarabía de las multitudes.

–¡Hemos llegado! –dijo Zotov en un pasadizo al lado de la plataforma.

Continuó moviendo suavemente su linterna de mano de un lado a otro para iluminarle el camino a Tveritinov.

–Oh, algo casi me desgarró el gorro –se quejó Tveritinov.

El teniente caminaba en silencio.

–Toda esta nieve me entra por el cuello –continuó diciendo Tveritinov, tratando de animar la conversación. Su abrigo no tenía siquiera cuello.

–Cuidado aquí con el fango –lo previno el teniente.

Se detuvieron frente a un fango espeso que hacía el camino casi intransitable. No había un solo lugar seco en aquella parte.

–¡Alto! ¿Quién va ahí? –se oyó muy cerca el grito ensordecedor de un centinela.

Tveritinov se detuvo bruscamente.

–¡El teniente Zotov!

Caminaron entre un fango espeso que les llegaba hasta los tobillos, hasta llegar a una esquina del edificio de distribución, le dieron la vuelta hasta llegar al portón que se hallaba en el lado contrario. Se sacudieron ruidosamente las botas para quitarse el lodo, y con una mano se quitaron el agua de los hombros. Con la linterna aún encendida en los corredores, el teniente condujo a Tveritinov hasta una sala de espera general en la que había una mesa vacía y dos bancos. (Era el sitio donde comían los guardias del puesto de distribución.) Durante un buen rato buscaron un botón de la luz sin encontrarlo.

Mientras tanto los gruesos tabloncillos del cuarto estaban pobre y desigualmente iluminados por la linterna que colocaron encima de la mesa desnuda. Los rincones de la habitación se perdían en la oscuridad.

Se abrió la puerta de otra habitación. Un hombre uniformado, apareció como una silueta en el umbral, debido a la intensa luz eléctrica que venía del interior.

–¿Dónde está Guskov? –preguntó Zotov con tono vigoroso.

–¡Alto! ¿Quién está ahí? –resonó una voz desde afuera.

Guskov entró al fin, azotando fuertemente las botas; detrás de él, corría apresuradamente un soldado del Ejército Rojo.

–¿Qué pasa, camarada teniente? –Guskov hizo sólo un ligero movimiento como si estuviese devolviendo un saludo.

En aquella escasa luz Zotov advirtió una mueca involuntaria en la cara de Guskov que siempre parecía un poco hosca e insolente. La mueca era posiblemente el resultado del hecho de que el teniente lo hubiese encontrado fuera de su oficina.

De pronto, Zotov gritó con furia:

–¡Sargento Guskov! ¿Cuántos puestos de vigilancia tiene usted a su cargo?

Guskov no estaba atemorizado sino sorprendido. Zotov jamás había gritado.

Respondió con calma:

–Dos puestos... aunque usted sabe que...

–¡Yo no sé nada! Póngase inmediatamente al trabajo, de acuerdo con el instructivo de vigilancia. Nuevamente apareció la mueca en la boca de Guskov.

–¡Cabo Bobnev! ¡Tome usted su fusil! ¡Ocupe usted su puesto!

El soldado, que había venido con Guskov, caminó tras de su dirigente, dando fuertes taconazos en el suelo, y se dirigió al sitio que le correspondía.

–Y usted, sargento, vaya conmigo a la comandancia.

El soldado del Ejército Rojo que llevaba un rifle con la bayoneta, caminó rápidamente y asumió su posición a la entrada de la habitación.

(¡Y fue entonces cuando Zotov fue dominado por la incertidumbre! No pronunció las palabras en el tono en que se lo había propuesto.)

–Usted... Yo... –Zotov habló muy suavemente, y con grandes dificultades levantó la vista hasta Tveritinov–, por ahora debo atender otras preocupaciones... (pronunciaba muy claramente ahora las vocales)... por favor, quédese sentado aquí durante un rato y espere...

La cabeza de Tveritinov parecía realmente extraña con su enorme gorro que producía una sombra vacilante en la pared y en el techo. Su larga bufanda tejida estaba enrollada alrededor del cuello.

–¿Me va a dejar aquí? Pero, Vasili Vasilich, voy a perder mi tren. ¡Me dijo que fuera al andén!

–No... no... debe quedarse aquí –Zotov se dirigió de prisa hacia la puerta.

Entonces Tveritinov entendió y gritó:

–¿Me está usted arrestando? ¿Por qué, camarada teniente? ¡Por favor, déjeme ir a reunirme con mi convoy!

Con el mismo movimiento ligero que había hecho para darle las gracias a Zotov, se llevó las manos al pecho, con los dedos abiertos como un abanico. Dio dos rápidos pasos hacia el teniente, pero el guardián muy alerta bajó rápidamente el rifle con la bayoneta calada, enfrente de él.

Contra su voluntad, Zotov tuvo que mirar una vez más –y por última vez en su vida– la cara del extranjero en la luz mortecina de la linterna. Lo que vio fue la cara desesperada del rey Lear en aquellos contornos espectrales.

–¿Qué hace usted? ¿Qué hace usted? –gritó Tveritinov con una voz resonante–. Usted sabe que nunca se va a perdonar haber hecho esto.

Extendía los brazos, que parecían desprenderse de aquellas mangas cortas. La mano que sostenía su mochila hizo que su sombra en las paredes pareciera un ala desproporcionada, así que el mismo techo parecía estarle oprimiendo la cabeza.

–No se preocupe... no se preocupe –dijo Zotov con un pie ya en el corredor–. Se trata sólo de aclarar un punto...

Salió y Guskov lo siguió. Cuando se acercaron a la oficina del jefe de estación, el teniente dijo:

–Detenga este tren hasta nueva orden.

En su oficina se sentó en el escritorio y escribió:

«Central de distrito de la NKVD:

»Junto con la presente envío a ustedes a un rezagado que dice llamarse Tveritinov, Igor Dementevich, que supuestamente perdió el tren N. 245413 en Skopin. Al conversar con él...»

–Dése prisa –le dijo después a Guskov–. Lleve con usted a un soldado y escolte al prisionero a la Central.

Pasaron varios días y las vacaciones terminaron.

Zotov no podía apartar de su mente el recuerdo de aquel hombre con su sonrisa acosada, y la fotografía de su hija con el vestido a rayas.

Había hecho todo, según las instrucciones que tenía.

Sí... y no.

Fuera porque quisiera convencerse de que el hombre realmente era un saboteador disfrazado o para saber si al fin había sido puesto en libertad, Zotov telefoneó a la Central de la NKVD.

–El 1 de noviembre les envié a un detenido, Tveritinov. ¿Me podría decir cómo resultó el caso?

–¡Está bajo investigación! –respondió una voz fría en el teléfono–. ¿Pero qué ocurre con usted, Zotov? En sus informes relativos al cargamento incendiado en un ochenta por ciento, hay cierta vaguedad. Este es un asunto muy importante. Alguien puede estar llenándose los bolsillos.

Zotov trabajó en la comandancia de esa estación durante todo el invierno. Muchas veces estuvo tentado de llamar y preguntar sobre Tveritinov, pero aquello hubiera podido parecer sospechoso.

Un día un investigador de seguridad llegó de la Central para arreglar ciertos asuntos.

Zotov le preguntó, casualmente:

–¿Se acuerda usted de un cierto Tveritinov? Lo hice detener el otoño pasado.

–¿Por qué me lo pregunta? –el inspector frunció el entrecejo significativamente.

–Por curiosidad... Me interesaba saber... los resultados.

–Ya nos encargaremos de Tveritinov. Nosotros nunca cometemos errores.

Pero más tarde, y por el resto de su vida, Zotov nunca pudo olvidar a aquel hombre.